

Félix F. Palavicini

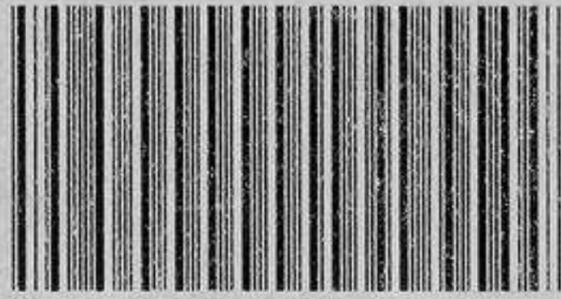
PROBLEMAS
DE EDUCACIÓN

C. V.

23

Biblioteca  Valenciana

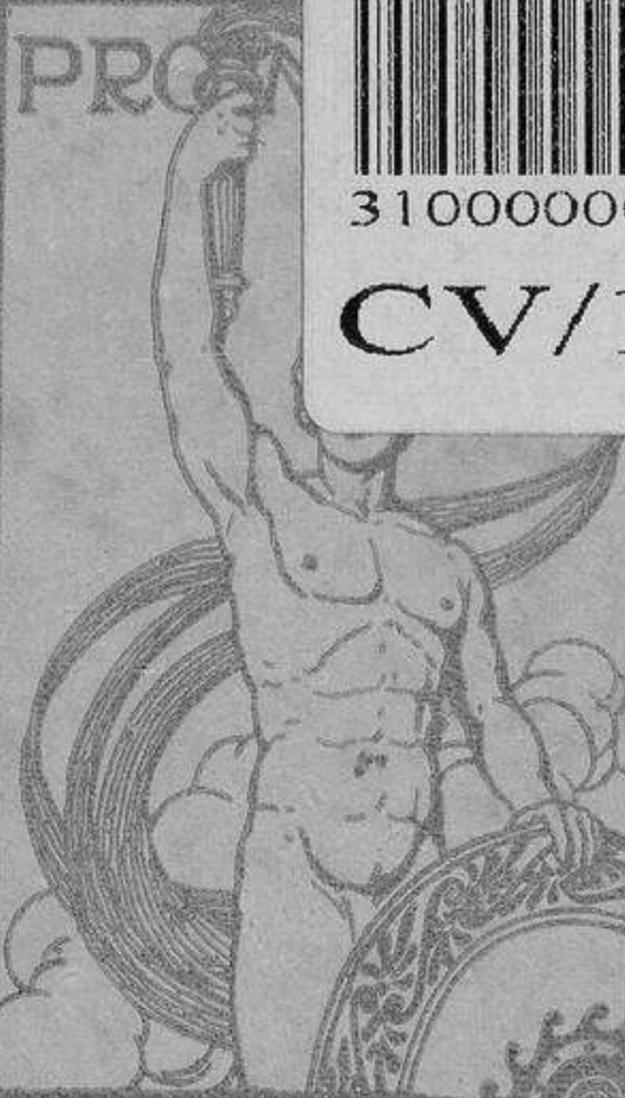
Problemas de educación



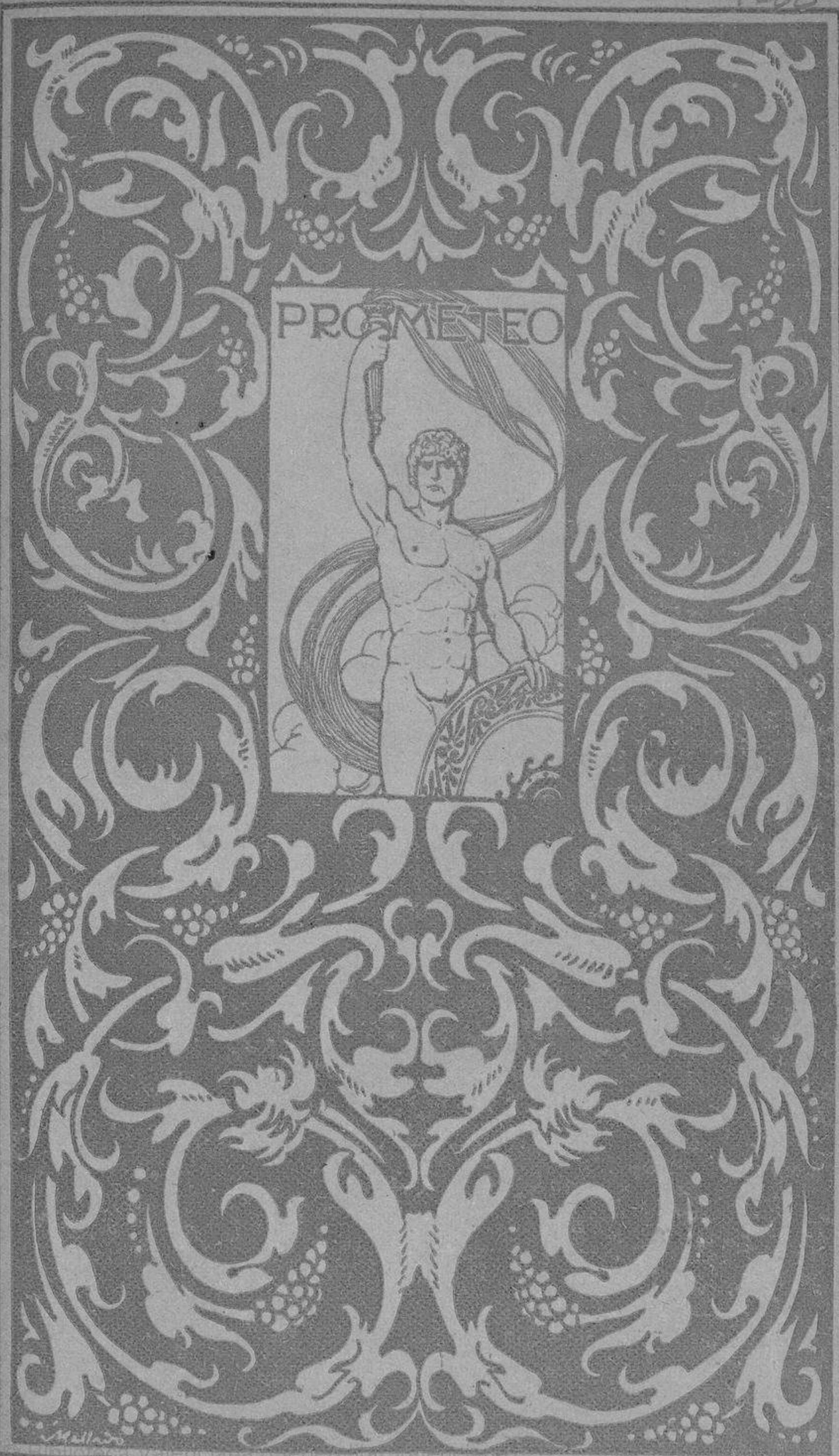
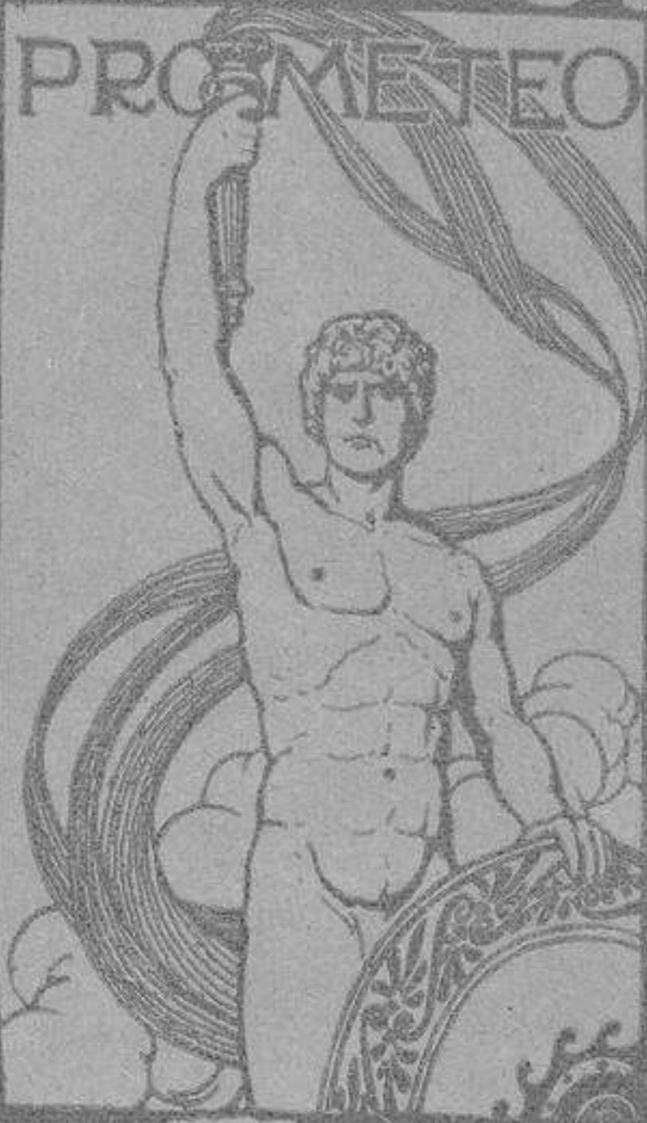
3 1000000868201

CV/1823

PRO



PROMETEO



CU

1823

PROBLEMAS DE EDUCACIÓN

PROBLEMAS DE EDUCACIÓN

POR

Félix F. Palavicini

Ingeniero; Director de la Escuela Industrial de Huérfanos de México; Diputado al Congreso de la Unión; Miembro de la Primera Comisión de Instrucción Pública de la Cámara de Diputados; Exmisionero pedagógico mexicano en los Estados Unidos y Europa; pertenece á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y al Comité Mexicano de la Asociación Internacional de Hombres de Ciencia.



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.^a—VALENCIA

PREFACIO

Los capítulos de este libro han sido escritos ó hablados aquí ó allá, sin relación de ambiente, de tiempo ni de lugar.

Cada vez que se ha suscitado una discusión ó que ha sido de oportunidad el desarrollo de un tema, hemos escrito el artículo ó pronunciado el discurso; no tiene, pues, esta serie de artículos una conexión previa, establecida por un plan definido de trabajo, y sin embargo, están íntimamente ligados, porque todos obedecen á una misma aspiración, á un mismo propósito, el único ideal que subsiste todavía fuerte y vivo en nuestro ánimo, el único ideal que en medio de las luchas azarosas de la política, en medio de las desagradables contiendas personales y en medio de todas las pequeñeces y todas las minucias que forman la banalidad de la vida humana, conservamos incorruptible y alto.

La Educación tiene este supremo privilegio: subyuga todos nuestros instintos, se sobrepone á todas nuestras ambiciones egoístas, esclaviza todas nuestras pasiones humanas, y flota en el cerebro y en el corazón, y con un alma doble de idea y sentimiento, mantiene vivo el fuego sagrado, aunque los albatros del buitre hayan destrozado ya el vientre de Prometeo.

Los enamorados de la Educación juzgamos que todas las punzantes zarzas del camino, que todos los obstáculos que encontramos en el progreso de los hombres, se deben á su atraso intelectual y moral; los enamorados de la Educación nos hacemos así benévolos con las flaquezas y desfallecimientos ajenos y atribuimos á la ignorancia y al atraso de los hom-

bres todas las pobrezaas que se reflejan en la pequeñez de sus ideas y lo vulgar de sus sentimientos y hacemos de la Educación la única bandera digna de ser mantenida en alto, luchamos por ella y á ella dedicamos todos nuestros afanes y nuestros anhelos; y en países como el nuestro, donde todavía los apetitos brutales de unos pocos tienden á destruir la felicidad de los más, el ideal de Educación se convierte en apostolado y no puede ya sujetarse á simples disquisiciones didácticas, sino que es preciso usar con frecuencia un lenguaje rudo, pero claro; un estilo descuidado, pero cortante; una retórica sin galanuras, pero con dentelladas; algo que hiera, que lastime, que rompa la espesa y dura capa de indiferentismo que conserva la mayoría hacia la tarea redentora de la Escuela.

Hemos aprovechado toda ocasión, todos los momentos oportunos, para desgarrar el velo hipócrita y hacer lucir una verdad luminosa.

Mas no esperamos que todos estos temas merezcan la aprobación general; al contrario, este libro es de lucha; van estas páginas combativas buscando que nuestras ideas se discutan, se mediten, se critiquen, y cada golpe que den á su autor hemos de recibirlo con el más grato aplauso á nuestra labor, puesto que lo que hemos pretendido es interesar al público en los asuntos escolares, y prueba de ese interés será que este modesto trabajo mereciera el flagelo de algunos y hasta el desagrado de muchos.

Confesamos que nuestras ideas son franca y resueltamente innovadoras, ó más claramente dicho, renovadoras; surgimos á la vida pública en el preciso instante de transición de una etapa tradicional á una progresista, de una conservadora á otra evolucionista.

En algunos países juzgarán quizá como temas viejos aquellos que para nosotros son novísimos, y muchos educadores se asombrarán también de que, en muchos casos, en lugar de la palabra serena del maestro de escuela, tengamos la enérgica vibración del escritor apasionado, pero es posible que eso demuestre á nuestros lectores la sinceridad de nuestra labor, la

honradez de opiniones que no han sido preparadas á gusto del consumidor, sino que á despecho de oyentes desconfiados ó francamente enemigos, cara á cara de poderosos enclaustrados en la superioridad de sus propias doctrinas, enfrente de los ungidos por la opinión como sabios indiscutibles, ó por el poder como señores absolutos, hemos abordado los temas que creíamos oportuno discutir y que hoy consagramos á las páginas de un libro, el que será para nosotros más amado que nuestras obras anteriores, porque son las páginas de cosas vividas, son las páginas hijas de una juventud generosa consagrando sus viriles impaciencias al triunfo de ideales redentores.

Más tarde, cuando la edad nos maniate ó el interés acomodaticio nos amolde á las banalidades de los términos medios, tal vez veremos con remordimientos, con desconfianza, la ruda verdad de estas páginas; pero confesamos que al lanzarlas hoy á la publicidad, lo hacemos con placer, casi con ternura.

Cerramos con la publicidad de los artículos de este libro una serie de esfuerzos libres, hechos en academias, sociedades, centros científicos y periódicos escolares, precisamente en el momento en que la Cámara de Diputados nos ha abierto sus puertas y el pueblo nos envía á la representación nacional, para que todos los votos formulados, todas las aspiraciones señaladas, todos los sueños perfilados, se precisen, se concreten, se condensen en leyes.

Esperamos consagrar todas nuestras energías en una voluntad firme y consciente dispuesta á cumplir con la misión que el educador debe llenar transformándose en legislador. Entretanto, vayan estas páginas por el mundo, perdiendo lo que de malo tengan y esperando á que las buenas esperanzas no cumplidas que llevan tengan su definitiva aceptación cuando sean impuestas por espíritus más fuertes ó por más prácticos seres, en el concepto, todavía no definitivo, que la sociedad tiene por la Educación.

F. F. P.

PROBLEMAS DE EDUCACIÓN

Los atractivos del Magisterio

¿Cuáles son los atractivos de la carrera del magisterio?

Esta es la pregunta que deben hacerse los jóvenes de ambos sexos cuando llaman á la puerta de la Escuela Normal.

La respuesta es una sola é invariable: Primero miseria, en seguida miseria y al fin más miseria.

Es claro que las excepciones—porque hay excepciones—no las consideramos sino para los grandes centros urbanos, donde los sueldos deben ser más decorosos, si bien sujetos á la inestabilidad política, sin escalafón ordenado, que fije tiempo para los ascensos, para la mejor calidad de las plazas ó para la jubilación.

Pero la gran mayoría de los maestros de escuela siguen siendo verdaderos parias por su condición pecuniaria, que se refleja en la social y que lo exhiben ante los curiosos ojos de sus alumnos sin la respetabilidad que por su misión deberían tener.

Solemos gastar en bellas artes, en lujos arquitectónicos, en esculturas célebres, en óperas italianas; solemos preocuparnos de la ropa, del calzado y de los juguetes de nuestros hijos, y antes de concurrir á un espectáculo nos informamos de la calidad de los actores y de las condiciones higiénicas del teatro, y al día siguiente enviamos á los niños á una escuela sin saber qué clase de mentor ha de educarlos, de qué salubridad goza el edificio escolar, y así resulta con frecuencia que sus maestros son ancianos, débiles, perezosos ó enfermos, y los mismos muros de las clases sucios, los techos hundiéndose y el piso húmedo y frío.

Todos nos hemos indignado contra el Consejo Superior de Salubridad cuando se nos enteró de que en la ciudad se vende carne mala ó leche adulterada y clamamos contra los consejeros, los inspectores y los médicos de servicio que ponen en peligro la vida de los consumidores.

En cambio, la mayor parte de nosotros permanece ignorante de los medios empleados para la educación de nuestros niños; no sabemos de qué capacidad goza el director de educación, á qué méritos pedagógicos debe su empleo; cómo se verifica la inspección escolar y cuáles son los conocimientos y la moral del magisterio, que tiene á su cargo la educación del ciudadano.

Y sin embargo, todos sabemos que el veneno de una mala educación se asimila con rapidez y sus resultados son fatales.

Deberíamos tener los ojos fijos y la atención despierta y la energía en guardia cuando se habla de maestros y de escuelas, que no sólo se juega la salud de nuestros hijos, sino la de toda la raza.

* * *

¿Cuántos jóvenes de talento han contramarchado al llegar al dintel de las Escuelas Normales?

Casi todos.

La preparación moderna para el magisterio es tan laboriosa como quizá la de otras muchas carreras profesionales más productivas y de menos ingrato ejercicio.

¿Y el resultado?

Ya lo hemos dicho: miseria, miseria y miseria.

Los que han nacido con la irresistible vocación de educadores salen, ya titulados, á la noble tarea, y en ella pierden todo el gusto por el sublime apostolado del magisterio.

Las grandes frases retóricas, las promesas espléndidas, el buen deseo, que siempre anima á los que mandan en favor de la instrucción pública y en beneficio del cuerpo docente, suelen quedarse en manifiestos y discursos, en circulares y brindis; porque para el presupuesto de egresos suelen haber atenciones perentorias que relegan á segunda fila las necesidades escolares.

Los jóvenes maestros encuentran defraudadas sus más bellas ilusiones y fracasados los más puros

ideales; contemplan un completo vacío á su derredor y la lucha les sorprende sin aliento, sin un estímulo y sin siquiera una esperanza.

Ascensos y altos puestos suelen obtenerse por bajezas ó por favoritismos, y el egoísmo y la envidia, agentes corruptores que dividen á los maestros, afirman el desdén oficial.

La falta de solidaridad entre los maestros es cómplice de la apatía con que los ven aquellos que pueden influir en su mejoría y bienestar.

Por eso hay tanto maestro inepto, por eso hay tanto maestro sucio, por eso hay tanto maestro vencido por la desesperación y torturado por el hambre. Viviendo en constante angustia, acaban los maestros por mirar la carrera sin amor y casi hasta con repulsión.

Y es así como se van quedando en las diezmas filas del magisterio los que no pueden aspirar á mejor vida, á más productiva labor ó trabajo mejor remunerado.

Se quedan los que no se sienten fuertes físicamente para cargar bultos en las estaciones ó conducir carros sobre las calzadas ó vender frutas en la vía pública.

En cualquier trabajo manual inferior el jornal es más alto, la vida más sana y las costumbres más libres.

* * *

Si todos estamos conformes en que es preciso

educar al pueblo, si todos sabemos que con la instrucción de nuestros millones de analfabetos la patria se regeneraría, salvándose de la constante amenaza de los vecinos más fuertes, ¿por qué no ocuparnos un poco más de los maestros de escuela?

¿Cómo mejorar sus perspectivas?

Mejorando sus sueldos.

Fijando los ascensos.

Estableciendo la jubilación fija y segura, sin ninguna intervención administrativa.

No tendremos buenos maestros de escuela sino cuando hayamos dignificado su carrera, pagándoles con largueza, rodeándolos de respeto y tratándolos con justicia.

Detengamos á esos jóvenes de talento que se regresan del dintel de las Escuelas Normales y que buscan, con ávidas miradas, caminos más limpios, senderos menos cubiertos de espinas, menos tupidos de maleza y que anhelan reposar á la sombra de un árbol frondoso, donde se halle un nido alegre, una flor que perfume, y como dosel un cielo azul grato á las añoranzas de la juventud.

El abandono infantil

Es cada día más imperiosa la necesidad de estimular el amor por los niños.

Ciegos por el apetito brutal del oro, enfermos del mal amarillo, nuestros propósitos tienden siempre al afán inmoderado del lucro; así, estamos endureciendo nuestra alma hasta templarla aceradamente, para que podamos resistir, acorazados, los golpes rudos ó darlos tajantes y mortíferos.

Y cuando, apartándonos de la adoración del dinero, alzamos los ojos hacia el campo luminoso del ideal, queremos ir pronto, lejos y alto, sin fijarnos en que hemos dejado en el olvido la base verdadera. La retoñante planta, sin abrigo, ni crecerá robusta, ni dará flores odorantes ni frutos bien logrados y maduros.

Los niños abandonados á la inmoralidad del arroyo, á la vida en común de la buhardilla inmundada, á las expoliaciones de las fábricas y á las tentaciones de los vicios, serán los hombres que formarán nuestra sociedad de mañana, serán los

ciudadanos de un pueblo que, según la ley, es «soberano».

Y si á ese soberano lo dejamos educarse en la escuela de la miseria, aprenderá allí todo lo que el hambre dicta al cerebro del ignorante, del haraposito, del que de todo carece; veremos que las pasiones se desarrollarán avasalladoras y temibles; sí, las malas pasiones, que se llaman envidia y odio.

Los utopistas, apóstoles de la anarquía y el comunismo, han hecho prosélitos entre los desamparados del mundo porque para los miserables cualquier halago es una esperanza. ¿Debemos esperar que la pasión volcánica de la envidia se desborde destructora, con la fuerza que da el número, sobre la sociedad modelo ambicionada para el futuro? No; impidamos que el orgullo enfríe los buenos sentimientos de los de arriba, y que la sociedad de los triunfantes, satisfecha de sus placeres, mire con desdén las olas crecientes del mar en que navega, que ese océano silencioso y tranquilo es capaz de violentas é irresistibles cóleras.

No invocamos la filantropía de los ricos. No pedimos al harto que se desprenda de una limosna y la arroje con gesto de conmiseración á la boca nunca saciada de la plebe. La caridad es una vergüenza y un oprobio. Mientras exista la dádiva, habrá un representante del orgullo y otro de la envidia. Dice el ilustre argentino José Ingenieros: «Si es afrentoso el espectáculo de hombres que

mendigan, no es consolador el de los que se divierten á expensas de tanta miseria moral y material.» No nos dirigimos, pues, á los que hacen festivales de caridad ni bailes de beneficencia, sino á aquellos que pueden educar los sentimientos y el espíritu de un pueblo; á los que hablan y son escuchados; á los que escriben y son leídos; á los que aconsejan y son seguidos; á los que mandan y son obedecidos; á todos los que piensan y enseñan y predicán; á los periodistas, á los oradores, á los maestros de escuela, á los sacerdotes cristianos y pastores protestantes, á los autores y legisladores y gobernantes. No pretendamos curar la anemia con inyecciones tardías, sino haciendo organismos robustos. Busquemos la justa medida y proporcionemos con buena voluntad lo que haga falta, para que en lugar de ofrecer el mendrugo sobrante de los festines demos habilidad para ganar el pan honrado y protección al trabajador humilde.

Hay en México talleres oscuros donde los niños trabajan más de doce horas al día, con una miserable retribución y sin la esperanza de aprender un oficio; son piezas auxiliares agregadas al mecanismo automático; son analfabetos y serán hombres ignorantes y malos obreros. Hay que ir hasta esos talleres en nombre de la salubridad pública y abrirles ventanas y secarles pisos. Hay que ir hasta la conciencia de esos patronos é iluminarlas, diciéndoles que con alguna instrucción tendrán mejores obreros, y con más luz y más aire

sus colaboradores serán más asiduos, más eficaces, porque serán más sanos; y cuando ni el raciocinio, ni la conciencia, ni el corazón se despierten en aquellos seres, absortos en la lujuriosa codicia del monstruo áureo, nos queda el Estado, hijo y padre de todos, para intervenir y lograr, para imponer y exigir.

Dos horas de escuela industrial, patrocinada por los patronos, bastarían, lo sabemos todos, para mejorar la aptitud del obrero, y con ésta su producción, es decir, su salario, su casa, su vestido, su alimento.

Esas pobres niñas que después de cambiar los dientes empiezan á sentirse mujeres entre la utilería tosca del taller y el regaño de la vieja patrona, cuando se colorean sus mejillas, se redondea el seno y los ojos empiezan á tener expresión y brillo, sólo tienen la perspectiva del estercolero y la promiscuidad en la zahurda del indigente, casada ó soltera, ó el pan suficiente, sí, pero amargo, en el infamante comercio de la prostitución.

Sin aptitudes para prosperar por su habilidad manual, no le queda sino la miseria ó la infamia; pero siempre y fatalmente el dolor, como la inapelable sentencia de un destino. Y son las esposas y las madres del pueblo; son las que darán el primer consejo; de sus labios pálidos saldrán las frases primeras que, grabadas en el cerebro de los niños desafortunados, perdurarán eternalmente, y esas frases ¡ay! serán la hiriente oración del odio.

Los hijos de la plebe crecerán con impulsos multiformes, incongruentes, sin ninguna disciplina, sin ninguna orientación, y ellos serán la masa enorme, la mayoría agobiadora que, en los países democráticos, está destinada á subyugar obstáculos y conquistar preseas tarde ó temprano. Mientras los discípulos de Max Stirner y de Nietzsche esperan el triunfo del superhombre, el dominio de los pocos fuertes, catapultando á los muchos débiles, puede llegar una fuerza superior, nacida de la unión de esas piaras de proletarios que se agrupan, se asocian, se sindicalizan, se confederan, y entrelazados sus brazos, se yerguen como un solo músculo fuerte, capaz de sostener la antorcha redentora que ilumina conciencias ó el hacha filosa que rompe cadenas. Si esa fuerza nos sorprende como adversarios antes que como aliados, seremos los vencidos.

México no hace nada aún en provecho de los niños obreros. En todos los países civilizados la protección infantil es una gran preocupación.

Alfredo L. Palacios ha hecho votar en el Parlamento argentino una ley protectora del trabajo de las mujeres y de los niños, después de exhibir leyes especiales, dedicadas á ese objeto, expedidas por Alemania, Bélgica, Austria, Inglaterra, Dinamarca, Noruega, Italia, Holanda, Suiza, España, Portugal, etc.

Este sociólogo combativo sudamericano comprobó la deficiencia de una generación hija de las

obreras que trabajan hasta la víspera del alumbramiento y reanudan sus labores unos días después, dando lugar al desarrollo excesivo de la mortinatalidad y de la mortalidad infantil. El Congreso Científico Internacional americano celebrado en Buenos Aires en este año de 1910, acordó, en sesión plena de su sección de Ciencias Jurídicas y Sociales, el siguiente voto: «Primero.—Debe prohibirse el trabajo de las mujeres obreras treinta días antes del alumbramiento, y hasta cuarenta días después del mismo, estableciéndose la indemnización compensadora del salario perdido durante ese descanso forzoso. Segundo.—En los establecimientos donde trabajan las mujeres habrá una ó más piezas en perfecto estado de higiene, á fin de que las madres obreras puedan amamantar á sus hijos durante quince minutos cada dos horas, sin computar ese tiempo en el destinado al descanso. Los patronos no podrán exigir erogación alguna por este servicio.»

Deseamos que pronto haya en nuestra Cámara legisladores capaces de iniciar la solución de problemas sociales de esta naturaleza; entretanto, toca á nosotros hablar y hablar, repetir muchas veces al sordo oído de la sociedad que un grave peligro la amenaza con esa crianza de una generación endeble y miserable.

Debe llegar el día en que se visiten los talleres para inspeccionarlos respecto á su higiene y organización interior, y entonces veremos salir de allí

á los pequeños obreros para el descanso humanitario y justo; á las madres embarazadas, para las casas de maternidad, y para los hospitales á los obreros tuberculosos que hoy mueren junto á las máquinas asesinando con su vecindad á los camaradas.

En una escuela de Vineland (E. U. A.), que dirige el profesor Johnston, existe un «Credo contra el trabajo de los niños»; debemos insertarlo. Dice así:

«Nosotros creemos en el derecho de cada niño á la salud y educación. Creemos que el trabajo del niño es, en sí mismo, cruel; que es mental, moral y físicamente dañoso para el niño y una clara amenaza para la nación.

»Creemos que ningún niño menor de catorce años debería trabajar en las fábricas, talleres, casas mercantiles, tienda ó almacén, hotel, casa de huéspedes, oficina, lugar de diversión pública, ni ser empleado en hacer, preparar ó distribuir artículos de venta ó comercio en las casas de familia ó cualquier lugar de la naturaleza de una fábrica, taller y establecimiento mercantil.

»Creemos que á ningún niño, entre los catorce y diez y seis años, se le debiera permitir trabajar en las condiciones especificadas, á menos que pudiese leer correctamente y escribir con claridad simples sentencias en la lengua nacional.

»Creemos que ningún niño menor de diez y seis años debiera ser empleado entre las 7 p. m. y las

7 a. m. ni por más de ocho horas diarias, ó más de cuarenta y ocho horas á la semana.

»Creemos que ningún niño menor de diez y seis años debiera ser empleado en ocupaciones peligrosas para su vida, miembros, salud ó moral.

»Creemos en el establecimiento de un permanente *Children Bureau* dirigido por el Gobierno nacional, encargado de investigar é informar sobre las condiciones generales directamente relacionadas con el bienestar de los niños especialmente sobre lo relativo á su trabajo ó empleo.

»Creemos que leyes uniformes contra el trabajo de los niños debieran ser sancionadas sin demora en cada Estado, territorio ó posesión colonial de los Estados Unidos.»

¿Cuándo oiremos hablar de legislación obrera en México?

Siento rubor al aprender en libros y periódicos las novedades cada día conquistadas por la razón social, á despecho del interés exclusivamente individual y utilitario en los países extranjeros. No puedo creer que estemos tan lejos de la Verdad y de la Virtud, que son las inspiradoras de la Justicia, y mientras impulsos organizados orientan por la fuerza nuestros destinos, pensemos en los que padecen y en los que sufren, y trabajemos por ellos, que será trabajar por la grandeza y el porvenir de la patria.

(*En el Comité Mexicano de la Alianza Científica Universal.*)

La Federación y la Escuela

¿Qué cosa es la Escuela Nacional?

La *Escuela Nacional* es un título que carece de significación determinada y que se emplea frecuentemente para hablar de las escuelas de la nación.

En una República federal no existe, no puede existir la Escuela Nacional, es decir, una institución de reglas fijas, de preceptos definidos y reglamentos uniformes. No queremos referirnos al obstáculo constitucional, pues juzgamos que las leyes no existen como obstáculo para las ideas, y que á nuevas ideas deben corresponder leyes nuevas.

Ya se declaró en la Cámara de la Unión que el término «nacional» nada significa ni tiene aplicación ninguna especial cuando se habla de nuestras escuelas desde el punto de vista del legislador; así en México, Guadalajara ó Chihuahua pueden existir establecimientos de instrucción con el nombre de Escuela Nacional de Ingenieros, Medicina, etcétera.

Quede, pues, para los legisladores la cuestión legal, la dificultad constitucional; allí habrá de discutirse si los constituyentes fueron previsores y clarividentes, asegurando la independencia interior de los Estados, ó si, más soñadores que gobernantes, se dejaron suggestionar por las elevadas ilusiones de una imposible autonomía local. Digamos, sí, de paso, que quien suscite esta discusión en la Cámara despertará energías dormidas y avivará la división entre los que son partidarios de un gobierno central y los que quieren que la República continúe como una federación.

Vendrá después el problema económico, que definirá si tiene el Gobierno federal derecho á tutorear á los Estados, tomando el dinero de los más ricos para instruir á los más pobres, pues ya ni entre las familias existe para el padre el derecho de disponer de los bienes del hijo más afortunado en favor del que, por pereza ó ineptitud, está sin recursos: ese socialismo de Estado en una República federal, ó mejor, en los Estados Unidos Mexicanos, es inaplicable.

Nosotros vamos á referirnos á otros puntos de vista, vamos á tratar de la cuestión pedagógica para que, separada de la política, pueda ser discutida con entera libertad de conciencia y sin el cuidado de intereses personales.

La centralización es antipedagógica

Hemos dicho que no puede existir la Escuela Nacional porque sabemos que en la enseñanza puede aspirarse á la «unidad» en cuanto á las reglas científicas, pero que es absurdo pretender la uniformidad. En la enseñanza, más que en otra tarea humana, la independencia de criterio y la libertad de acción individual son indispensables.

Todos los modernos pedagogos, y casi todos los antiguos, predicán el estímulo del esfuerzo personal en el alumno; se trata de hacer hombres pensantes capaces de bastarse con su juicio propio, de sacudir las viejas fórmulas, polvo de anticuarios; de crear algo nuevo, formas distintas y caminar por no trillados senderos que, siempre hacia adelante, conduzcan al hombre hasta las más altas dignidades en los múltiples fines de la civilización.

Al alumno se le ha levantado ya la espesa cortina, el muro infranqueable que á sus ojos cubrían los horizontes lejanos, antes sujetos á las máximas del *magister dixit*, complementaria de la dieta pitagórica que exigía, además de no comer carne ni beber vino, escuchar durante dos años, en absoluto silencio, las doctrinas filosóficas del maestro de Samos. Y si para el alumno tanta libertad se pide,

¿cuánto respeto merece entonces, en sus propios juicios, el maestro? ¿Quién podría obligar á un educador consciente de su deber, dueño de su criterio, á contrariar su propia vocación con esta ó aquella regla metodológica? Hoy la misión de un director está sujeta al orden interior, á la marcha económica, á la disciplina general, y no hay director instruído capaz de reglamentar el procedimiento de transmisión, el método personal de los profesores, que es el alma misma del maestro, buscando por instinto las almas de sus oyentes en una comunión de espíritus á través del temperamento del que quiere enseñar hacia el del que quiere aprender. Y si eso sucede forzosamente en las relaciones del personal de una escuela, es claro que las mismas causas deben normar las relaciones entre escuela y escuela y entre unos y otros elementos jerárquicos, que establecen la administración escolar. Estamos innovando; estamos persiguiendo un ideal de mejoramiento; buscamos la experiencia del extranjero y tratamos de adaptar á nuestras circunstancias y á nuestro medio ambiente nacional los procedimientos adaptados en países más viejos y más cultos.

Hemos podido observar que la enseñanza tiene mayor éxito, llena con más eficacia su objeto allí donde la vigilancia es más inmediata, al mismo tiempo que la independencia del personal es más completa y el trámite administrativo menos complicado y tardío.

Cuando después de visitar en la Confederación Helvética las escuelas de la República y cantón de Ginebra, pasamos en cuarenta minutos de ferrocarril á la República de Lausanna, de la misma Confederación, tuvimos que entendernos con nuevas autoridades escolares y que aprender, en cada escuela, algo distinto de lo que se veía en su vecina; una verdadera democracia educacional, cada escuela diversa, cada maestro diferente; allí toda iniciativa, toda aspiración, todo esfuerzo pueden desarrollarse libremente y son ayudados.

Y más cerca, del otro lado del Bravo, en ese grande y próspero país, no existe un gobierno central para la enseñanza.

El «Bureau of Education» de Wáshington es un departamento de información y de estadística; se ocupa de reunir los datos relativos al desarrollo y marcha de la instrucción en los Estados Unidos. Allí la política consiste en dividir el trabajo, limitar la autoridad y entregar la educación al mismo pueblo, que se encarga de hacerla prosperar, y no podrían existir reglas y moldes fijos, sistemas determinados y de uso obligatorio ó general, en donde las condiciones de vida son tan diferentes de un lugar á otro, tal y como sucede entre nosotros.

«Primeramente el interés por el buen estado de las escuelas es despertado y desarrollado en cada Estado, ciudad y pueblo, y al espíritu de propia perfección se une el de propia decisión. Secundariamente hay libre juego para las locales diferen-

cias ya entre los Estados, ya dentro de ellos. Si existieran las mismas provisiones educacionales para los negros del Sur y los yanquis de New England, para las regiones densamente pobladas del Este y las praderas del Oeste, esas disposiciones serían huecas palabras ó tenderían á rebajar la parte del país más altamente educadas, empujándolas hacia el nivel de los más bajos distritos.»

No es, por lo tanto, un secreto la eficiente causa de la cultura norteamericana, una cultura elemental, pero generalizada y una preparación técnica industrial más que elevada.

Todos sabemos que el adelanto de un país consiste en el común esfuerzo de los más y no en la sobresaliente competencia de unos pocos privilegiados.

Y las mismas circunstancias en que el problema se encuentra en los Estados Unidos del Norte, existen en nuestros Estados Unidos Mexicanos.

Contra la arbitrariedad y el favoritismo

Hemos citado á Suiza y á los Estados Unidos, que son federaciones como nuestra República, para demostrar que, sin necesidad de centralizar y quizá precisamente porque la administración central no existe en esos países, la instrucción popular ha

alcanzado una gran altura. Pero podemos, para mayor comprobación, afirmar que en el único país europeo—de los que ocupan puestos avanzados en instrucción—cuyo régimen de gobierno es central, Francia, el gobierno, dirección técnica y administración de las escuelas, obedecen á tal método, que el ministro de Instrucción no puede manejar á su arbitrio el personal, por existir una serie de cuerpos consultivos, de Consejos respetables, que son una garantía, tanto para los profesores como para la vigilancia inmediata de la enseñanza. Una destitución es tan difícil, cuando no media un proceso criminal, que cuando ha sido intentada llega hasta la Cámara y es tema de acalorados debates. El simple cambio de residencia de los maestros, antes resuelto libremente por los prefectos, ha sido motivo de constantes discusiones en los congresos pedagógicos, y cuando llegó el señor Aristides Briand al gabinete como ministro de Instrucción, una de sus primeras medidas fué la de restringir esa voluntad prefectoral. He aquí cómo se expresó él mismo en un brindis dirigido á los maestros:

«Creo haberos demostrado por un acto, desde mi llegada al poder, que yo sentía lo que os contrariaba sobre todo en vuestra situación actual. Comprendí que lo que deseabais, antes que nada, era seguridad, eran garantías contra la arbitrariedad y contra el favoritismo. He querido, por la primera circular que firmé, poner á los profesores y profesoras al abrigo de los traslados arbitrarios é in-

justos. Me he esforzado en arreglar las condiciones en las cuales maestros y maestras serán cambiados, de tal manera que no tengan queja alguna, y he podido ver, por las condiciones en las que se han hecho este año los cambios, que mi circular había ya producido sus efectos.»

Dos autoridades contra la centralización

Sobre las palabras del señor Briand, de cuyo alto vuelo juzgaréis fácilmente, podemos colocar unas líneas de Édouard Petit, inspector general de Instrucción Pública en Francia, en un artículo intitulado *descentralización*. Dice así:

«He gozado recientemente una viva satisfacción volviendo á ver escuelas situadas en los montes de la Mesa Central, que por dos veces he visitado.

»Llegué en la estación primavera, cuando Abril verdea los prados y los salpica de flores policromas. Comprobé entonces que si la jaula estaba en su puesto, los pájaros habían volado.

»¿Qué queréis? Las hermosas vacas de piel roja, los carneros de negro pelaje y las otras bestias, que el establo obscuro había retenido cautivas durante todo el tiempo de nieves, tienen necesidad de la

retoñante hierba sabrosa y fina, del aire libre, de la luz, de la sana libertad. Muchachas y muchachos esparcidos, gozosos, con sus buenos amigos los animales que orgullosamente cuidaban.

»Oponerse al éxodo diario hacia los potreros, no hay que soñarlo y sería una locura, tanto por la inutilidad de la prohibición como por sus inconvenientes, si habría de ser atendida, pues están de por medio los serios intereses de la gente del país. ¿Qué hacer? Acomodarse á los hábitos y á las necesidades, y eso es lo que se ha hecho, y hecho bien, en el departamento donde he renovado mis relaciones con escolares y maestros.

»He visto las clases casi totalmente llenas, lo que es un gran éxito, y la frecuentación escolar había ganado sobre el año anterior un tercio en todas las escuelas. ¿Cómo se había operado el milagro? ¡Oh! de una manera muy simple. Los maestros han tenido libertad para cambiar á su gusto las horas de clases. Así, por ejemplo, uno abre á las seis de la mañana y cierra á las nueve para permitir á los pequeños pastores venir cuando el rocío elimina de los campos á las bestias, y entonces acuden á la palabra del maestro. Trabajo intelectual, trabajo nutritivo, encuentran su armonía en este doble empleo de la mañana. Regresan á la una ó las dos, para salir cuando el ardor del sol ha decaído. La iniciativa dejada á maestros y maestras ha obtenido completo éxito.

»Allí, donde la ley es impotente, y es sobre tantos puntos del país, la adaptación á las costumbres, á las necesidades locales, se impone.»

Y el caso señalado por el inspector Petit es frecuente en nuestro país; sería insensato legislar y reglamentar de igual manera para escuelas de la fría Toluca y de la calurosa Veracruz y aplicar el mismo método y el mismo número de asignaturas en una gran ciudad urbana como México que en un poblado de la sierra oaxaqueña.

Podríamos multiplicar las citas de autorizadas opiniones, pero nos conformamos con cerrar esta investigación con las palabras del prestigiado profesor francés Max Souberraint: «La centralización administrativa (en Francia), necesaria como elemento de cohesión en los elementos nacionales, ha prestado ciertamente grandes servicios. Hoy que la unión está lograda, se ganaría, sin duda, haciéndola menos rigurosa. En ciertos engranes administrativos persiste como vestigio de un régimen cuyo tiempo ha pasado. Los buenos espíritus se levantan contra un sistema que conduce á secar la fuente misma de todo progreso, por supresión del esfuerzo libre, de la iniciativa individual no sujeta á reglas fijas. Una corriente de opinión se establece en favor del genio peculiar de cada región y trata de despertar toda actividad particular.

»Se habla de autonomía relativa para ciertos territorios en materia de industrias, artes y producciones literarias. La reconstrucción de varias

universidades es un signo evidente de *descentralización*. Ya era oportuno cultivar las cualidades características de nuestras antiguas provincias; con el régimen político central tendían á perder rápidamente lo mejor de su espíritu y de su originalidad. Se han apercibido ya de la acción deprimente que ejerce la unificación demasiado absoluta: es una feliz reacción. Cesemos de esperar todo del gobierno y de tomar las órdenes de la capital. París, con sus facultades, sus altas escuelas, sus poderosos medios de instrucción, sabrá mantener el nivel de los estudios superiores y perdurará, como en el pasado, el hogar intelectual por excelencia, mientras que la difusión de los procedimientos de instrucción y el espíritu emancipador que podrá animarlo, permitirán al país poner en obra esos tesoros de inteligencia cubiertos por las profundas masas, las reservas inagotables que constituyen la base de una gran sociedad.»

Los razonamientos anteriores son concluyentes y nos traen el convencimiento de que el espíritu dominante en Francia está por la *descentralización*, precisamente de la enseñanza. Trataremos ahora de exponer ejemplos nacionales que robustezcan nuestra tesis, la imposibilidad de confiar en México á una autoridad central la instrucción primaria de los Estados. Ya hemos dicho que toca á los legisladores analizar las dificultades de orden administrativo y económico que traería la discutida «federalización» ó «centralización» de la enseñanza y

que nos estamos concretando en estas líneas á las de orden moral y pedagógico, que siendo las sociales, forman justamente las bases á que las medidas políticas tendrán que ceñirse. Á los escollos difíciles de salvar, que presentan la diferencia de presupuestos de cada Estado, variedad que obedece á causas netamente locales, en unos por su topografía, en otros por la calidad de sus habitantes y por tantas y tantas divergencias que hay entre ellos y que habrá que estudiar con prudencia, á fin de no herir, con procedimientos igualitarios y uniformistas, serios y respetables intereses. Además, los habitantes de los Estados están orgullosos de su soberanía y son celosos guardianes del pacto federal.

Esperar á que los maestros de los Estados acepten como inapelable la ley, el reglamento ó el precepto que sirvan para regir en sus escuelas, es una ilusión vana, porque los Estados no han esperado, en el ramo de instrucción especialmente, la dirección central; antes, mucho antes que en el distrito federal, se ha iniciado en los Estados el movimiento modernizador. En Veracruz, en Puebla y en Oaxaca hubieron escuelas normales antes que en México.

En Puebla se estableció, en Mayo de 1873, la Escuela Normal de la Academia de Profesores, debida á esfuerzos particulares del profesor Gustavo P. Mhar. El 16 de Septiembre de 1879 se inauguró la escuela de profesores, y la de profesoras

el 29 de Enero de 1880, siendo director de estos planteles oficiales don Guillermo Prieto. En una conferencia del señor profesor don Federico Álvarez encontramos estos datos históricos: Por ley de 16 de Septiembre de 1877 se adoptó la clasificación de escuelas del modo siguiente: Dos «escuelas normales» para la formación de profesores y profesoras idóneas; en cuanto á escuelas primarias se adoptaron las «urbanas completas» para la capital y los grandes centros de población; las «rurales completas», para los centros agrícolas; las «rurales incompletas», para los poblados de menor importancia; las «dominicales», las «nocturnas para adultos» y las «presidiales»; se recomendó asimismo en el proyecto el establecimiento de un «gimnasio» público en la ciudad de Puebla.

Veracruz ha dado maestros prestigiados y fué ese Estado el que trajo al país primero á Laucher, notable educador, y después al célebre don Enrique Rébsamen. De Puebla vino á dirigir la normal de México don Miguel Serrano; de Veracruz importó el distrito federal al señor Rébsamen, y de Tabasco á don Alberto Correa.

Además de los Estados mencionados pueden contarse Jalisco, con escuelas magníficas y excelente personal; Chihuahua, que ha ido más allá de la instrucción primaria, fundando la primera escuela regional de agricultura, y está al instalar una escuela correccional campestre. Negar esos esfuerzos, que se repiten en otros muchos Esta-

dos, sería imposible ante la evidencia de los hechos.

Es justificada, pues, la susceptibilidad de los maestros foráneos, á la que con razón temía herir un distinguido profesor al inaugurarse la Asociación Nacional del Magisterio, expresándose así:

«Veis que el pensamiento es bello, pero al mismo tiempo no dejaréis de considerar, señores, que puede despertar muchos recelos y producir incontables y amenazadores peligros. *Pues estos recelos y peligros nacen del legítimo deseo de la propia independencia.* Á aquellos himnos y á aquellas estrofas dulcemente cantadas por los poetas, no faltarán los apóstrofes inquietantes y á veces violentos y altivos de algunos de los jefes de aquellos vivaques, diciendo: ¿Qué pretendéis? ¿La absorción? ¿El dominio? ¿El poder? ¿La supremacía? No estamos dispuestos á sacrificar nuestra libertad ni á someternos á ningún yugo extraño. Renunciad, pues, á vuestras locas pretensiones.»

Si para una simple asociación libre, particular, este profesor ve con tanta claridad el tono enérgico de protesta contra las aspiraciones absorbentes, pensad cuánto más difícil sería una sujeción oficial, un *control* forzoso.

¿Qué ha hecho el Centro por la enseñanza general?

Si el Centro tuviese algo que alegar en su favor con respecto á la enseñanza general, sería proclamado; pero desgraciadamente la escuela primaria en el distrito no ha progresado con la rapidez que todos deseamos, especialmente para el pobre, para el indio.

No sería fácil encontrar á un solo niño indígena en las escuelas de párvulos, donde la admisión de escolares requiere toda una serie de recomendaciones. Nos referimos á los «jardines de niños», verdaderas escuelas aristocráticas. Y aquí tenemos á millares de niños en las fábricas en plena edad escolar que, ó se escapan del empadronamiento, ó han sido premeditadamente sentenciados á la condición de parias.

¿Qué ley prohíbe admitir á los niños analfabetos en los talleres y fábricas? ¿Qué ley reglamenta el trabajo de los niños? ¿Cuáles son nuestras leyes protectoras de la infancia?

¿Cuándo tenemos el Código penal infantil para sustraer á los niños de las terribles garras del tribunal que los juzga como á mayores?

¿Cómo educa este distrito federal, que envía niños ¡ay! y también niñas á mudar los dientes á la colonia penitenciaria de las islas Mariás, entre perdularios y repugnantes hetairas? ¿Por qué no hay leyes obreras para los accidentes del trabajo y para el retiro por la vejez? Cuando se habla de protección á los obreros desde los banquetes, en que las copas rebosan de vino espumoso, nosotros pensamos en las sucias buhardillas y en las viudas y en los huérfanos, tristes, enfermos y desamparados.

Nuestro programa

Mientras otros estudian sobre ambientes distintos la evolución de pueblos lejanos, los indianistas estudiamos los medios para la redención de la mayoría de los habitantes del territorio nacional. Debemos conformarnos con temas generales, cuya aplicación debe dejarse, en cuanto á métodos, á la iniciativa individual, porque la diversidad de costumbres y estados sociales de los indios, con formar siempre una clase dentro del país, son, sin embargo, muy distintos.

Los indios chamulas de Chiapas, encerrados en sus montañas, han conservado mejor sus tradicio-

nes, costumbres, lengua y creencias, que los mayas peninsulares, los que de cara al mar han sido visitados con frecuencia por las brisas civilizadoras del Occidente. Al hacer nuestro programa tendremos presente que la ciencia no es por sí sola redentora, como tampoco lo es la ley. Nada haríamos con planes pedagógicos inaplicables ó con tratados líricos calcados sobre la ideal educación helvética, como tampoco hemos resuelto el problema expidiendo leyes que establecen la libertad y la igualdad de todos, porque en el terreno de lo irrealizable han subsistido, nulificándose sus beneficios libertarios, con las leyes civiles, que dan constantemente la razón al rico contra el pobre, al capitalista contra el obrero.

Nuestro problema es esencialmente pedagógico; consiste en una educación primaria gratuita, extensamente repartida y secundada por escuelas elementales de industria, en las que, junto con la instrucción, se educase la voluntad y se preparase el carácter para la vida laboriosa. Decimos que este problema es pedagógico y no político, porque teniendo leyes absolutamente democráticas, vemos al pueblo abdicar de sus derechos y resignarse, encontrando abierta á sus pies una sima pavorosa que separa el derecho escrito de la práctica aplicación de la ley.

La soberanía no es sino una ficción y un sueño, cuando para asegurar el derecho á la vida libre no hay voluntad consciente, hija de la personali-

dad ya creada. El indio obtendrá esa personalidad levantándolo por la escuela, es cierto, pero también proporcionándole en seguida elementos capaces de salvarlo de la esclavitud inmediata impuesta por el capital. Cuando al peón indígena, adeudado á su patrón, se le perdonase la carga de su cuenta y se le dijese: «Vete, eres libre», ¿que haría? Caer sin duda de nuevo en manos de otro patrono para abrirse cuenta nueva, porque la libertad así es una forma hipócrita: ni el indio ni el blanco gozan de libertad cuando sobre las soñadoras alas del espíritu pesa la torturante necesidad fisiológica, la más dura de las cadenas: ¡el hambre!

¿Qué es lo que falta, pues, para la emancipación del indio? Nos contesta Lamennais: «Lo que faltaba á los plebeyos de los primeros tiempos de Roma cuando habían conquistado los derechos personales: *la propiedad*, sin la cual la libertad se anula y *la participación real en el poder*, única garantía de la propiedad, y por consiguiente, de la libertad.»

La abyección del indio obedece á que lo hemos desposeído de su tierra, de la granja cultivada por sus antepasados, la que absorbida por los grandes terratenientes de antes y después de la Independencia, lo han sujetado á la servidumbre del campo por el salario, como se ha aprisionado al obrero en las fábricas por el jornal.

Para que la escuela sea emancipadora, debe dar no sólo el alfabeto, sino también la habilidad

manual, el oficio, que mejorando la producción, aumente el salario. Pero una escuela así sólo puede subsistir adaptándola á cada peculiar situación económica, política, social y hasta climatérica.

Tras la expansión de las ideas de nuestro programa, viene la solución de problemas locales, cada vez distintos, en los que debemos dejar su propia iniciativa é inspiración á cada Estado, á cada municipio, para que obren en relación con sus fuerzas y recursos. Así, la idea será única, pero los métodos variarán infinitamente. Tendremos la unidad del pensamiento, sin usurpaciones interesadas ó egoístas ni disciplinas deprimentes (1).

(1) Este estudio fué leído en el Primer Congreso Indianista de México y al celebrarse el Congreso Pedagógico de 1911, la comisión encargada de dictaminar sobre este punto se apoyó en este trabajo para desechar la federalización de la enseñanza.

La educación del indio

El problema nacional.—Origen de nuestra ley de instrucción rudimentaria

Todos los pueblos del universo tienen un gran problema cuya solución preocupa á los gobiernos y mantiene á sus estadistas y escritores en constante meditación.

El nuestro, el gran problema nacional de México, es civilizar á las dos terceras partes de su población nativa, que está fuera de la verdadera vida común, que está separada de la conciencia nacional, exclusivamente representada por la dirección inteligente y activa de una tercera parte de población.

Muchas voces aisladas, si bien cultas y patriotas, se habían dejado escuchar inútilmente clamando en favor de la cultura de los indios.

Fué debido á la iniciativa de uno de nuestros sabios etnólogos, el señor Lic. don Francisco Belmar, que dió cuerpo, organización y vida á la idea salvadora de regenerar á los indios. Se fundó

la Sociedad Indianista Mexicana, que desde luego conquistó generales simpatías, celebrando su primer congreso con la colaboración entusiasta de muchos intelectuales, de varios gobernadores de los Estados y del Gobierno federal.

De simple lamento, de queja aislada, de protesta muda, se pasó á la inmediata acción, pero desgraciadamente la tarea no pudo continuarse en seguida, por trastornos de momento que detuvieron un instante á los esfuerzos de la iniciativa privada.

Pero la idea, con el impulso dado, seguía abriéndose camino. Los votos se habían formulado y subsistían.

He aquí algunos:

«En la escuela está el secreto de la evolución india, y por consiguiente, en ella descansa el porvenir de la nación mexicana. Porque la nación la constituyen todos los elementos étnicos, y es verdaderamente desconsolador el considerar que las razas indias, relegadas casi á las mismas condiciones que en la época colonial, no han llegado hasta sus hogares las bendiciones del Progreso.» — Doctor Jesús Díaz de León.

«Sigue hoy la misma desigualdad social entre el blanco y el indio, los mismos vicios de parte de los primeros y la misma opresión para los segundos.»

«El indio sigue siendo considerado como un ser inferior; sigue siendo oprimido, vejado y despojado poco menos que en la época colonial.»

«La equidad y la justicia están en los precep-

tos, en las vagas fórmulas humanas, pero no en los hechos ni en los corazones.»

«Las leyes amparan al indio teóricamente, pero en los pueblos el encomendero no ha hecho más que cambiar de nombre.»—Lic. José L. Cosío.

Y los métodos, las proposiciones, las soluciones presentadas:

«Se procurará aplicar un sistema pedagógico y metodológico, de especiales circunstancias individuales y locales, siguiéndose un sistema «integral», ligero, ameno y cuidadosamente desarrollado.»—Señor Félix M. Alcérreca.

«¡Cómo dejar al indio sin unas cuantas nociones fundamentales de lo que es la patria en su suelo (Geografía), ó de lo que ha sido en sus hombres (Historia), ni cómo entregarlo á la vida social, civil y política sin que tenga nociones de moral y de instrucción cívica, ni cómo entrará francamente á la vida agrícola é industrial sin conocer someramente la naturaleza de las cosas que la agricultura y la industria utilizan y transforman!»—Prof. Marcos E. Becerra.

«El Congreso Indianista somete al estudio del señor presidente, así como del señor secretario de Instrucción Pública la conveniencia de que el erario federal coopere con algunos recursos para el sostenimiento de las escuelas rurales para indios en los Estados de la República en que carezcan de elementos bastantes para dicho sostenimiento.»—Prof. Alberto M. Carreño.

Un ministro de Instrucción, hostilizado por el clamoreo de la opinión pública, que pedía cambios inmediatos en la situación del país, inició ante la Cámara Federal, y obtuvo la expedición de una ley, la ley esperada, la ley salvadora, la primera ley que los criollos se veían obligados á expedir en favor de sus compatriotas los abatidos indios. Fué una ley de ocasión, ella que debió ser la consecuencia inmediata del Primer Congreso Indianista; debió ser el resultado de la experiencia y del estudio, debió ser la obra meditada, analizada, escrita por educadores y maestros, y resultó siendo el producto impaciente de una nerviosidad política.

Deseando la cultura de todos, esta ley ataca en su fondo á la ley de enseñanza obligatoria estableciendo en su art. 6.º *que la instrucción rudimentaria no será obligatoria.*

Otras muchas deficiencias tiene la ley, pues ese mismo art. 6.º abarca en su amplitud exagerada á los analfabetos de todas las edades y en su artículo 7.º dispone *que se den alimentos y vestidos á los educandos*, defectos de la falta completa de meditación en las dificultades inherentes á la aplicación de la ley, fáciles de suprimir con la simple nulificación de esos artículos, inútiles para el éxito final del propósito perseguido.

Igual fácil solución encontraríamos á la parte financiera, pues así como primero se decretaron \$ 300.000 y más tarde se redujeron á \$ 160.000, mañana la Cámara decretará la suma que sea pre-

cisa, aunque importe algunos millones; que bien vale la pena, en efecto, dedicar algunas sumas para beneficiar á las dos terceras partes de la población nacional, cuando se han derrochado millones en la construcción de suntuosas obras de arte, en erigir magníficos palacios de mármol y granito que contemplan azorados indios semidesnudos, descalzos y analfabetos. El presupuesto de la República debería ser repartido en tres grandes porciones: una tercera parte dedicada á la guerra, para mantener la paz, dedicada al sostenimiento de un ejército numeroso y competente que garantice la estabilidad del orden y la posibilidad de un trabajo continuado y fecundo; otra tercera parte debe dedicarse á la instrucción nacional, principalmente á la educación primaria, y con la otra tercera parte del presupuesto, el gobierno debe arreglarse para cubrir sus necesidades secundarias, que las primeras, las principales, las más ingentes necesidades son dos: *la paz pública y la instrucción nacional*.

La ley de instrucción rudimentaria que deberá expedirse no tomará de la actual sino su idea generatriz, será una ley nueva.

Entre otras cosas, porque suprimirá el requisito de *no obligación*, que es contrario al mismo fin que se persigue, puesto que es preciso hacer el bien aun contra la misma voluntad de los favorecidos, no se trata de complacencias ni galanterías, sino de medidas de profilaxis para la salud patria.

Suprimirá igualmente la institución de benefi-

cencia que establece, recomendando la distribución de alimentos y vestidos, porque la caridad moderna no consiste en crear hábitos de limosneros, sino en dar elementos para que cada cual se baste.

Á nuestro juicio son dos los puntos dignos de reposado estudio, ambos de orden pedagógico, y á ellos vamos á concretar estos ligeros apuntes: Programa de educación rudimentaria. Aplicación y desarrollo del programa en la República.

Programa

La discutida ley del 1.º de Junio de 1911 condensa todo su programa educativo en el artículo número 2, que dice: «Las escuelas de instrucción rudimentaria tendrán por objeto enseñar principalmente á los individuos de la raza indigena á hablar, leer y escribir el castellano y á ejecutar las operaciones fundamentales y más usuales de la Aritmética.»

Como hemos afirmado antes, se comprende que en la preparación de esta ley no intervino la opinión de alguna persona medianamente versada en asuntos pedagógicos ó conocedora de la historia de la enseñanza.

La discusión de los programas rudimentarios no es nueva; tanto en Europa como en América, el asunto ha sido tema de largos estudios y reñidas discusiones.

En los países de Europa, el interés de los sacerdotes de las religiones católica y evangélica, ha facilitado la reducción del analfabetismo, en muchas partes todavía, con un programa mínimo donde de hecho la enseñanza ha quedado reducida á la lengua nacional, los elementos de Aritmética y la Religión; pero en estos países la lucha por la vida es muy dura y todo esfuerzo para obtener el sustento cotidiano adquiere tal intensidad, que por su propio impulso, el pueblo completa su cultura, especialmente su aprendizaje manual en la Agricultura y la Industria.

La enorme desproporción que hay entre nuestra mínima clase culta y los diez millones de analfabetos, ha establecido profundas divisiones sociales, distanciamientos económicos y categorías para el ejercicio real de los derechos políticos. No ha habido, por consiguiente, igualdad; los privilegios políticos y civiles han subsistido y ha sido una monstruosa mentira la soberanía del pueblo, cuando de quince millones diez siguen siendo víctimas de la ignorancia y siervos de una minoría privilegiada que hace de la Libertad y de la Igualdad vanas palabras.

Dice Lamennais: «La libertad depende de dos condiciones legales inseparables: la propiedad y la

participación en el gobierno, en el poder legislativo y la administración de los negocios comunes.»

Privado de instrucción, el indio permanece en la esclavitud, pero continuará en la servilidad después de saber leer y escribir si su inteligencia no ha sido desarrollada y sus manos adiestradas en las industrias del campo ó del taller que le preparen independencia económica, que le den armas para defenderse del instinto acaparador y subyugante de los dueños del capital y de la tierra.

En América, el problema que hoy nos preocupa ha apasionado á otras naciones, y desde 1880 el señor don Jacobo Varela, pedagogo uruguayo, se expresaba así:

«Absurdo es pretender formar una nación culta y civilizada sin hombres civilizados y cultos; una democracia viable no se funda, no puede fundarse sino con una agregación de demócratas.

»Pretender que el saber y las aptitudes de unos pocos pueden reemplazar el criterio común y dirigir á una mayoría ignorante é inepta para la vida civilizada, es el error en que se basan todos los viejos despotismos y todas las anarquías republicanas, por más que esas organizaciones viciosas se pongan á menudo bajo la invocación de la libertad.

»Por otra parte, las aglomeraciones humanas como nación ó como pueblo no están excluidas de la lucha por la existencia, que anima todos los organismos, y la creación y la fuerza material no

bastan para mantenerse con decoro en el concierto de los pueblos libres; es preciso, en vez de amontonar los pertrechos de guerra de la paz armada, aglomerar potencia intelectual, almacenar ilustración y saber, formar *stock* de aptitudes vigorosas en la mayoría de los ciudadanos.

»Max Müller lo ha dicho con abrumadora propiedad: el país en el que haya menos educación será aplastado por los demás.

»La consecuencia que fluye es rigurosamente lógica: dentro de una nacionalidad que no quiere quedar rezagada, el primer deber de todos, representados por el Estado, es educar á todos.

»Allá en los prolegómenos de nuestra vida independiente, nuestros padres entrevieron y plantearon el magno problema; figura por eso en nuestra Constitución el artículo que niega el derecho de votar á los que no sepan leer y escribir.

»La idea embrionaria se comprende, el pensamiento se trasluce cuando sabemos que ese programa de estudios era considerado entonces bastante, lo mismo por nuestros constituyentes que por muchas naciones de la tierra.

»La civilización ha marchado, y el concepto en que hoy se tiene á la educación difiere fundamentalmente del de aquellos tiempos, sin que por ello haya desaparecido del todo el explicable error de nuestros padres.

»Saber leer y escribir es mejor, sin duda ninguna, que no saber nada, pero esas aptitudes no

modifican substancialmente la ignorancia del hombre si no se presupone el desarrollo de facultades que lo habiliten para utilizarlas.

»Se han visto por eso, y se ven todavía, pueblos que saben leer y escribir, incapaces sin embargo, para concurrir en la vida de los pueblos cultos.

»¿Qué importancia relativa tiene, en efecto, saber traducir en sonidos un orden determinado de caracteres, si no se ha contraído el hábito de asimilarse los pensamientos que en esa forma se transmiten entre sí? ¿Qué importancia relativa tiene saber trazar algunos signos sobre el papel, si no se tienen ideas que expresar? Son esas herramientas perfeccionadas en manos de un obrero inhábil, que no sabe qué hacer con ellas sino cortarse muy á menudo.

»Por eso la educación moderna enseña, sí, á leer y á escribir, como un medio auxiliar indispensable para adquirir conocimientos; pero en relación á la magnitud de la obra, puede decirse que ese es apenas un detalle.

»Yo no digo que espíritus superiores no hubiesen comprendido desde hace un siglo, como una de las más grandes cuestiones sociales, la de la educación moderna; pero la verdad es que el mundo civilizado sólo la aprecia como tal desde hace algunos años en el terreno de las legislaciones positivas.

»Casi puede decirse que nuestra generación ha visto modificarse substancialmente la legislación

escolar de todas las naciones, adaptándola con medios poderosos de acción á su fin trascendental.»

¡Tal se pensaba ya hace treinta años!

En nuestros días la cuestión parece definida, precisa y clara: no debe sólo pretenderse la mera instrucción elemental, sino la educación, y la educación para la vida, en la que no basta el alfabeto.

Las proporciones del programa rudimentario deben ser, pues, mayores; á la lengua castellana y la Aritmética, deben agregarse, como lo propone el señor subsecretario de Instrucción Pública, ingeniero don Alberto J. Pani, nociones elementales de Geografía, Dibujo y Trabajos Manuales.

La Geografía, sin textos, decimos nosotros, hecha en la clase misma por los propios alumnos, comenzando por algunas nociones de Cosmografía en forma concreta y únicamente destinada á llevar al alumno hacia el conocimiento de la forma de nuestro planeta, sus movimientos y las consecuencias de éstos. Hacer el estudio somero del clima, las producciones naturales, la industria local, las grandes vías de comunicación, los servicios telegráficos y postales y la situación económica de la región en que se viva. Así comprenderán cómo la marcha en la civilización de los pueblos está en relación con los fenómenos naturales y el progreso económico de un país está en correlación con su clima y de cómo el hombre no es sino el producto

lógico de las condiciones del ambiente en que nace y crece.

Es sabido que el Dibujo es para el hombre una nueva forma de expresar los pensamientos, y por lo mismo un poderoso elemento de cultura. Con el Dibujo se crea el hábito de concebir con prontitud y claridad lo que más tarde se ha de construir en el taller ó en la granja; sin el Dibujo, los trabajos manuales resultarían deficientes y poco provechosos por su imperfección.

Se ha observado que cuando nuestros nacionales aprenden nociones científicas y adquieren una elementalísima cultura, tienden á la burocracia como una carrera especialmente destinada á sus peculiares aptitudes; en las grandes poblaciones comienzan por meritorios de oficina y suelen no pasar de escribientes, pero en los pequeños poblados son el secretario municipal ó el tinterillo; esta casta forma legión en algunas capitales de Estado, y su vida precaria y vanidosa á la vez, hace de ellos un elemento difícil de clasificar entre las actividades humanas de un país civilizado; siendo inferiores para toda alta labor, están, sin embargo, descontentos de su suerte; acostumbrados á vivir con las apariencias del hombre culto y sin los elementos intelectuales bastantes para cubrir esas necesidades.

En cambio, ¡cuánto más provechosa sería la vida de estos hombres si estuviesen preparados para aplicarse á industrias ú oficios en las ciuda-

des ó los campos; si en las escuelas hubiesen tenido una enseñanza manual que los inclinase á más productiva tarea!

Gran parte del programa de enseñanza rudimentaria debe ser empleada en la enseñanza de trabajos manuales, y esos tales, como atinadamente quiere el señor subsecretario de Instrucción Pública, aplicados en cada región del país al desarrollo y perfeccionamiento de las industrias indígenas ó de otras nuevas derivadas de los productos naturales de cada lugar. Opinión que, por otra parte, fué sostenida por varios delegados en el Primer Congreso Indianista Mexicano.

El ingeniero Pani quiere también que en esa instrucción elementalísima se enseñe la Historia, porque dice que, según Emile Faguet, «la Patria es la historia de la Patria».

Estaría completo el programa que propone el subsecretario señor Pani si en vez de la enseñanza de la Historia indicara la de una enseñanza cívica, orientada hacia los grandes intereses de la patria.

Entendemos que el señor Pani se refiere á la Historia política, pues juzga que *inyecta patriotismo á los educandos por la enseñanza de nuestras tradiciones, lo que es de una trascendencia nacional indiscutible.*

Nuestra pobre Historia patria, tal como puede enseñarse en las escuelas elementales, está llena de monstruosas mentiras y es madre de aborreci-

bles ficciones que han completamente desorientado á varias generaciones, engañándolas sobre el verdadero valer de nuestra comunidad como potencia mundial.

Los deberes de ciudadanía, que el señor Pani quiere enseñar por medio de la Historia, deberían inculcarse por una adecuada educación cívica.

No una educación cívica de manuales, de pron- tuarios, que se repitan automáticamente, de textos que sólo aprovechan á sus editores, sino la experi- mental y práctica aplicada á la formación del ciu- dadano en un país que aspira al régimen democrá- tico. Antes que de la vida pasada, es preciso, es urgente dar á los hombres conciencia de la vida actual, noción del medio en que se agita, de la época en que vive, crece y se desarrolla.

Las nociones científicas libertarían al indio de la esclavitud que le impone la naturaleza de su ignorancia; pero el conocimiento de sus deberes y derechos como ciudadano, lo libertará de la escla- vitud que le imponen los otros hombres, sus com- patriotas hasta hoy privilegiados.

Es claro que saliendo de la esclavitud política, continuaría en la esclavitud económica, quizá la más dura de todas, porque se impone cruelmente por medio del hambre; ya no sería esclavo el hom- bre, pero lo que es más doloroso todavía, sería su voluntad la esclava, si no le damos oportunamente una preparación técnica bastante para que mejo- rando su aptitud aumente su salario.

Aplicación y desarrollo del programa en la República

Hay en el espíritu de la ley del 1.º de Junio de 1911 un atentado contra nuestro sistema federativo que el señor subsecretario de Instrucción Pública no considera al analizar y discutir la ley en su reciente proyecto intitulado «La instrucción rudimentaria en la República», y á cuyos conceptos nos hemos referido al hacer las anteriores citas.

Y sin embargo, una Cámara libre, respetuosa de nuestra Constitución y celosa defensora de la soberanía de los Estados, será el punto que discuta.

Deseosos de tratar la cuestión á debate únicamente desde el punto de vista pedagógico por el día, y reservando la discusión jurídica á las personas más bien preparadas por el conocimiento de nuestro derecho constitucional, nos limitamos hoy al aspecto pedagógico.

En nuestro discurso «La Federación y la Escuela», pronunciado en el Primer Congreso Indianista, sostuvimos que el espíritu centralizador es perjudicial para la enseñanza y contrario á todas las ideas modernas puestas en práctica en los países cultos.

Los más notables pedagogos franceses piden con acopio de buenos argumentos, allá que es un país de gobierno central, la *descentralización* del ramo de Instrucción Pública, esperando que así se progresará por el desarrollo de la iniciativa particular en cada escuela y en cada maestro.

Todos los que visitan la Unión Norteamericana, observan con admiración el progreso de su enseñanza elemental é industrial, debido principalmente á la asombrosa diferencia de sistemas y métodos que hay de uno á otro Estado y hasta de uno á otro ayuntamiento, pues que allí, no sólo cada Estado es absolutamente libre en su legislación escolar, sino que hasta cada ayuntamiento tiene sistema y métodos propios, lo que provoca la más poderosa emulación y su indiscutible resultante *el progreso*. Sin embargo, al constituirse la nación norteamericana, persiguió el alto fin de la unidad nacional provocando la cohesión de las antiguas dispersas colonias.

Nuestra ley constitucional, por el contrario, ha perseguido fomentar la independencia y soberanía de los Estados.

Una ley que contrarie el criterio fundamental de nuestra Constitución debería obedecer al resultado de una profunda convicción científica.

Y la verdad es que por hoy nadie se ha convencido de que cuando todos los países civilizados tienden á descentralizar la enseñanza, nosotros debamos retrogradar, y sin que una sólida razón cien-

tífica nos apoye, pasar por encima del alto nivel en que está colocado el pacto federal.

Esto no quiere decir que el Gobierno Federal deba abstenerse de iniciar y fomentar la enseñanza en la República, especialmente la indispensable para la supresión del vergonzoso analfabetismo nacional.

Lo que nosotros queremos es que se busque una forma práctica para que los fondos federales invertidos en instrucción vayan directamente á su objeto; se repartan equitativamente y obedezcan á un sistema de inspección escolar eficaz no expuesto á la inutilidad de una dirección central que—como pasa con la inspección escolar de los territorios—según el mismo señor Pani, sea insuficiente y costosa.

¿Cómo resolver este problema?

La solución que nosotros proponemos comprende: la sujeción legal al sistema federativo de nuestro gobierno y al moderno criterio pedagógico, que quiere la unidad y no la uniformidad.

Nosotros proponemos que el subsidio del tesoro federal destinado á la instrucción rudimentaria se ministre directamente á los gobiernos de cada entidad federativa en cantidad proporcional á su población analfabeta, y que el gobierno local aplique esos recursos bajo su responsabilidad y de acuerdo con el criterio de sus educadores propios, los que deberán tener completa libertad de iniciativa y de acción.

En el Primer Congreso Indianista de 1910 dijimos: «Para que la escuela sea emancipadora debe dar, no sólo el alfabeto, sino también la habilidad manual, el oficio, que mejorando la producción aumenta el salario.» Pero una escuela así sólo puede subsistir adaptándola á cada peculiar situación económica, social y hasta climatérica.

Tal es la faz que nosotros miramos en las proyectadas reformas á la ley de Instrucción rudimentaria promulgada el 1.º de Junio de 1911.

Ciertamente que es un atrevimiento de nuestra parte el opinar humildemente en un asunto de tal magnitud y trascendencia; válganos la sinceridad con que procedemos y el ardiente deseo que nos anima de colaborar en alguna forma y dentro de nuestra modesta esfera al éxito de la redentora idea.

*(Conferencia en la Sociedad Mexicana
de Geografía y Estadística.)*

El ideal femenino

en el mundo moderno

Se ha puesto de moda hablar de feminismo.

Un clamor universal levanta el estandarte de la mujer, y como soplado por un huracán de entusiasmo, ondea glorioso en las torres luminosas de las escuelas modernas.

No se trata ya de la mujer como el tipo delicado del sexo débil. Se trata del feminismo como partido reivindicador de la mitad del género humano, que ha vivido postergada, esclava del egoísmo, la brutalidad ó el orgullo del hombre.

La cuestión ha sido objeto de acaloradas discusiones en pro y en contra de lo que se llama el ideal femenino en el mundo moderno.

Las obras de polémica han surgido en uno y otro bando, y como sucede en todos los casos que la sociología debe tratar, cada filósofo encuentra premisas que le sirven maravillosamente bien para formular deducciones que favorezcan sus doctrinas.

Moebius, con su libro *La inferioridad mental de la mujer* (1), provocó una gran excitación entre los feministas, porque este escritor alemán se propuso demostrar que fisiológicamente la mujer es inferior a hombre.

Los adversarios de Moebius aducen, en defensa de la mujer, muchos ejemplos de notabilidades femeninas, y alegan que una de las causas de la degeneración cerebral de la mujer es debida á la postración intelectual en que ha vivido, transmitiéndose por herencia de generación en generación y que puede modificarse haciendo para el porvenir mujeres de libre aspiración y alto criterio.

Moebius, á su vez, afirma que, por el contrario, los hijos de las mujeres cerebrales resultan degenerados y agrega que en cuanto á la igualdad, si se basa en que los hombres son iguales resulta un absurdo, porque los hombres no son iguales, y mucho menos los sexos. Cree el pensador alemán que apartando á la mujer de la masculinización se le hace un gran bien; pero las mujeres intelectuales responden indignadas: «La mujer salvaje es más hombruna que la civilizada».

Los feministas suelen caer en confusiones extraordinarias.

Quieren, por ejemplo, que la altura intelectual de la mujer se eleve hasta el nivel de la del hombre, compita con éste y en su caso lo venza, y quie-

(1) Publicado por esta Casa Editorial.

ren que no por esto deje de ser madre robusta y mujer, muy mujer, por la belleza de sus atractivas seducciones.

Esto es lo que dice, en efecto, una escritora española, doña Concepción Jimeno de Flaquer: «Los hombres misoneístas se asustan de una fuerza que avanza cada día y ha de arrollar caducas instituciones; esa poderosa fuerza es la mujer intelectual. Calumniada ha sido por los que aseveran que tiende á la masculinización. Al pretender privilegios de que goza el varón, no quiere renunciar al prestigio que dan los encantos femeninos. No temáis que se convierta la mujer intelectual en marimacho, en ser híbrido: ella tiene el culto de su belleza.»

Pero á estas optimistas y valerosas frases de la señora Jimeno se opone la experiencia de la vida, que demuestra cuánto decaimiento físico produce el esfuerzo intelectual, al cual si se le agrega para la mujer la función reproductora, necesitaría gozar de una sorprendente resistencia física.

Á ese elevado programa que se han propuesto hacer triunfar los profetas de la supermujer se le denomina el ideal femenino.

Nosotros, que á cuestiones de educación nos dedicamos, no podemos volar tan alto, no podemos exaltar la misión de la mujer hasta el grado de creer que todas deben alcanzar la fama de una Carolina Herschel, descubridora de estrellas; de una matemática como la moscovita Sofia Krukou-

ki; de una filósofa como la alemana Ana María Schurman ó una profesora como la señora Curie, que descubrió el radio; no estamos conformes con la afirmación de Enfantin, que dice: «No habrá ciencia definitiva sino cuando la mujer haya hablado»; aunque pretendemos algo más que Rollin, que escribía: «Es bueno que las mujeres aprendan las cuatro reglas de la Aritmética»; el pensamiento más justo, más equitativo y más racional sobre este tema, es el de Leymoine: «La inteligencia *no tiene sexos.*»

*
* *
*

Escribimos para las maestras de escuela.

La mujer que ha despertado intelectualmente y tiene por profesión ilustrar la inteligencia y educar el corazón de las niñas ha merecido siempre nuestro respeto y nuestra veneración.

La maestra de escuela, con todos los alientos que da el libro y en frecuente contacto con la infancia, suele tener mayor penetración en esos conflictos surgidos entre las misiones distintas de los sexos opuestos.

Si hemos dicho á los hombres: «No perdáis lo mejor de la vida en hacer carreras literarias», ¿cómo no hemos de gritar á las mujeres muy alto y muy claro: «No seáis universitarias, no seáis académicas»?

Todo lo que es contrario para el profesional masculino, lo es igualmente para el femenino; más

las condiciones peculiares del sexo, más la doble fatiga física, más la deficiencia intelectual, que establece su inferioridad según Moebius, que aprovechando las observaciones fisiológicas de Birchhoff, afirma que el cerebro de la mujer pesa menos que el del hombre.

Hemos recomendado que los hombres se limiten al aprendizaje de una industria ú oficio cualquiera é igual recomendación hacemos á las mujeres.

Queremos que las escuelas superiores se reserven para las minorías seleccionadas, tanto en los hombres como en las mujeres, y pedimos que en la escuela primaria se dé á los individuos de ambos sexos una enseñanza menos teórica, menos lírica, menos insubstancial y más práctica, más concreta, más sólida; algo que les facilite ganarse pronto la vida de manera independiente.

Así como los hombres han caído en el horrible abismo del proletariado profesional, que aniquila y devora rápidamente todas las energías, destruye todas las ilusiones y concluye por hacer abúlicos y perezosos á los elementos antes enérgicos y activos, la mujer corre por una fuerte pendiente, que si no la lleva al pedantismo ridículo ó á una brillante miseria académica, acaba por hacerla madre de una prole enfermiza, débil y degenerada.

Con mayor derecho y con mayor razón que á los hombres decimos á las mujeres: «Cuidaos del intelectualismo.»

* * *

La base de la independencia femenil está en el aprendizaje de industrias y oficios.

Sería prolijo enumerar aquí los oficios decorosos que una mujer puede desempeñar para ganarse la vida, pues se comprende que nos estamos refiriendo á las que de esto han menester, que son la mayoría, clase media y pobre, únicas que por el momento deben preocupar á los educadores en un país demócrata.

Los ayuntamientos que se preocupan por el bienestar de sus vecinos, deberían catalogar en sus boletines las industrias y especialmente los trabajos libres que sean accesibles á la capacidad de la mujer.

Los gobiernos deben proteger antes que á las grandes empresas á las pequeñas industrias, y muy especialmente á las domésticas.

La escuela primaria industrial para niñas es el primer paso en el sentido indicado.

Visitamos en Ginebra (Suiza) una escuela gratuita para alumnas externas, cuyo programa es muy reducido á la vez y muy eficaz; las asignaturas que enseña son:

Francés y alemán (estas dos lenguas son de uso común en Suiza).

Contabilidad y cálculo.

Geografía comercial.

Economía doméstica.

Nociones de ciencia é higiene.

Dibujo y geometría.

Lencería.

Remendado.

Bordado.

Corte y confección de vestidos.

Cocina.

Lavado y planchado.

Con un programa parecido existe en Friburgo, de la misma culta Suiza, una escuela llamada *Ménagère*, pero que se propone dos fines diferentes:

1.º Formación de amas de casa.

2.º Educación profesional de sirvientes: cocineras, recamareras, cuidadoras de niños y «buenas para todo».

El primer curso es de seis meses, y las alumnas pasan, por turnos, un mes en la «Pouponière», sala de cunas, donde la escuela asiste á los niños de tres meses á dos años, y que tiene por objeto que las futuras señoras adquieran la experiencia necesaria para ser madres de familia.

Las alumnas que hacen la carrera de sirvientes estudian un año; en el primer semestre reciben enseñanza general, y durante el segundo se especializan.

No resistimos al deseo de insertar aquí el programa de cada una de esas especialidades, pues desgraciadamente son poco conocidos los establecimientos de este género:

COCINERAS

Instalación y cuidado de cocina.

Compra de provisiones.

Combinación de *menús*.

Cocina ordinaria y cocina burguesa.

Pastelería y conservas.

Higiene culinaria.

Contabilidad doméstica.

RECAMARERAS

Limpieza de las piezas de la casa.

Servicio de mesa.

Lavandería.

Planchado.

Remendado.

Lencería: corte y costura.

Corte y confección de vestidos de niños.

CUIDADORA DE NIÑOS

Cuidado de niños de corta edad.

Higiene y alimentación infantil.

Medicina práctica de la infancia.

Lavado y planchado de vestidos de niños.

Corte y confección de vestidos para niños y niñas.

El aprendizaje así comprendido es sin duda muy práctico; pero ¡esto no puede ser el ideal femenino! exclaman los feministas.

No, naturalmente; no es el exaltado ideal de los que pretenden hacer de las mujeres seres andróginos, pero sigue siendo la más justa de las aspiraciones pedagógicas.

Pestalozzi dijo: «¡Hogar doméstico, familia, tú eres la escuela de la humanidad!»

Basedow, con una exageración disculpable por lo noble de su intención, decía: «El inventor de la rueca tiene más valor que el poeta de la *Iliada*.»

Somos partidarios de la instrucción de las mujeres, pero no quisiéramos la multiplicación ilimitada de las *cerebrales*.

Condorcet, en su luminoso *Informe* á la Asamblea Legislativa, fundaba la conveniencia de instruir á la mujer en estos motivos:

- 1.º Para que puedan cuidar la de sus hijos.
- 2.º Porque la falta de instrucción de las mujeres llevaría á las familias una desigualdad contraria á su felicidad.
- 3.º Porque es un medio de hacer conservar á los hombres los conocimientos adquiridos en su juventud.
- 4.º Porque las mujeres tienen el mismo derecho que los hombres á la instrucción pública. Luego las mujeres no deben ser excluidas de la ciencia, porque podrán hacer observaciones útiles en ellas ó escribir libros elementales.

Pero el mismo filósofo no aceptaba que la instrucción científica de la mujer se equiparase á la del hombre, y el programa de Condorcet podría seguir siendo de actualidad en los tiempos que corren.

Nosotros formulamos, á este respecto, dos principios:

1.º Debe darse á la mujer instrucción elemental, y además el aprendizaje técnico de un oficio.

2.º Cualquiera que sea el grado de instrucción que se dé á la mujer, debe perseguir su educación para la vida del hogar.

*
* *

La preparación para la vida del hogar, es cierto, debe ser cuidadosamente estudiada, pero antes será preciso facilitar la creación de ese hogar. Y con frecuencia nos dedicamos afanosamente á congestionar los cerebros femeniles con doradas vulgaridades, con principios envejecidos y á poblar los sueños de las mujeres jóvenes con fantasmas ridículos de una moral acomodaticia y pueril.

Damos hoy día á las mujeres habilidad para muchas cosas inútiles, estériles é improductivas y las dejamos á obscuras en aquello que más urgentemente han menester.

Hemos visitado exposiciones de labores femeniles en las escuelas de niñas: allí, complicada labor de encaje en una colcha; allá, artístico y

paciente bordado en un cojín que luce polícromas flores de seda; finísimos calados y laboriosos tejidos de *bolillo*.

—Es admirable—me decía una distinguida dama—esta primorosa labor de aguja.

—En efecto—le respondí—, significa el entretenimiento de mucho tiempo, el cansancio de jóvenes pulmones, la fatiga de bellas pupilas, pero ¡ay! solamente que este trabajo ni es bien recompensado como industria ni desarrolla la inteligencia de las niñas. Para usted, distinguida señora, esta labor es meritoria: las blancas colchas y los finos bordados pueden ser adquiridos para engalanar su recámara suntuosa y alegrar los ojos de las elegantes visitas, pero nosotros pensamos en que estas niñas, que no serán ni amas de casa ni obreras asalariadas, en que estas niñas de la clase media habrían debido aprender á peinarse mejor, á componer artísticamente su tocado para realzar sus naturales atractivos, conquistando así el más bello ideal del sexo: la consagración divina del amor.

Hagamos que las jóvenes cultiven su propia belleza, hagamos que las niñas preparen su mentalidad para fraternizar intelectualmente y no para rivalizar con sus compañeros futuros; es necesario convenir en que ya no les basta el conocimiento perfecto de la doctrina cristiana y las labores de aguja, que con las cuentas del rosario y las artes del bordado ni se subyuga el corazón de los hombres ni se conquista el verdadero amor, que es

una atracción misteriosa en la que se asocian inteligencia y corazón.

Sí; preparemos á las mujeres para la vida del hogar, pero con programas modernos, con métodos nuevos, procurando que comprendan la verdadera misión de su sexo, que debe ambicionar como supremo fin hacer noble y buena á la vida.

¡Maestras de escuela, señoritas maestras y jóvenes futuras maestras, despertad el cerebro y el corazón de vuestras alumnas para la más pura de las religiones, para el sagrado culto del amor, ya que sin él la vida no vale la pena de vivirse!

La enseñanza industrial

**La ineficacia de las Escuelas Industriales.—
La Escuela en el taller.—Los maestros, los
obreros y los patronos.**

Como hemos repetido muchas veces, no cabe duda que el niño debe aprender, ante todo, á leer, á escribir, á contar, y hasta los diez años no se le puede enseñar otra cosa; pero durante los últimos años escolares la selección, la dirección de los ejercicios deben ser guiados por las exigencias de la vida real, pues si es bien necesario instruir al futuro obrero, es también indispensable no exponerlo á perder el gusto por el oficio. En realidad, la educación primaria actual se ocupa poco de la preparación á la vida, y cuando el estudiante deja sus libros y sus cuadernos por los instrumentos de trabajo, el cambio es completamente brusco. Sería preciso preparar la transición; pero desgraciadamente la acción de la escuela cesa demasiado pronto y demasiado completamente.

«Los medios de reemplazar el rutinario aprendizaje que aun tenemos, ó más exactamente, de dar al futuro obrero los conocimientos teóricos y prácticos indispensables hoy al ejercicio lucrativo de un oficio, son cada vez más el objeto de estudios y preocupaciones de todos aquellos que se interesan por el desarrollo de la industria de su país.»—René Leblanc.

El problema en pie es de palpitante actualidad; ahora será necesario estudiarlo desde otro punto de vista.

El antiguo sistema de aprender un oficio con los compañeros de trabajo, tal como se ha practicado hasta la fecha, no da sino pésimos obreros.

Desde el punto de vista económico-social sería, pues, un error hacer el ensayo de reaccionar contra la desaparición de un método que se muere, y del que el moderno furor de las máquinas hará violentar la agonía. Sea como fuere, el peligro real está allí y no se puede poner en duda; de día en día los medios de producción vienen siendo aplicaciones científicas, y mañana el trabajo de las máquinas reemplazará en la mayoría de las industrias al trabajo manual propiamente dicho.

«En tiempo no lejano—dice el estadista Eduard Atkinson—los obreros serán de más en más raros en los talleres, donde todo se hará más automáticamente, hasta que al fin estos talleres no sean más que grandes combinaciones mecánicas, en las que algunos hombres expertos vigilarán el aseo y

la buena marcha de las máquinas; ya no se encontrará más, ni en las mismas fábricas de tejidos, que un pequeño número de obreros de orden muy elevado. Así también, en las industrias colectivas, el individualismo, la capacidad y la aptitud personal reinarán del todo y aunque las fábricas de trabajo colectivo aumenten en número é importancia de productos, la proporción de obreros ordinarios entre los trabajadores decrecerá constantemente.»

Por esto un cambio se impone en el modo de preparación del futuro obrero: lo que tiene necesidad de aprender, desde el punto de vista profesional, es lo que el antiguo obrero ignora, es decir, las nociones científicas, teóricas y prácticas de las que el trabajo industrial no es más que una aplicación, ó en una palabra, *la técnica del oficio*. «Es por esta condición solamente por la que el futuro obrero dominará su obra en lugar de ser dominado por ella.»—René Leblanc.

En México, donde de aprendizaje industrial no hemos hecho nada, podemos escoger libremente y sin prejuicios uno de los sistemas existentes de enseñanza técnica, á saber: *el taller en la escuela ó la escuela en el taller*.

O formamos en las escuelas profesionales obreros selectos, y entonces tenemos que multiplicar el número de estas escuelas, ó bien llamamos á los cursos especiales nocturnos y dominicales un gran número de obreros ordinarios que, poseyendo un

oficio especial, se les haga adquirir los conocimientos técnicos necesarios á los buenos obreros. Mi opinión humildísima es que entre nosotros las dos soluciones deben darse simultáneamente, consagrandó mayor extensión á la segunda, que es menos onerosa y de mejores resultados. En efecto, parece que las escuelas industriales, cuya creación fué tan aplaudida en el extranjero, empiezan á ser desprestigiadas, no sólo por los fuertes gastos que imponen, sino hasta por la mala eficacia de sus métodos.

En la ciudad de París salen cada año de la escuela primaria quince ó diez y seis mil niños, de los cuales tres ó cuatrocientos son admitidos en las seis escuelas profesionales (Diderot, Boulle, etcétera), mil otros en las escuelas primarias superiores, y la enorme cantidad restante quedaría sin ninguna clase de conocimientos especiales si no se contase con los cursos técnicos nocturnos y dominicales: baratos, accesibles y expeditos.

«Desde el punto de vista técnico, los niños que salen de la escuela conociendo la teoría del oficio, ignoran la práctica efectiva, porque se les enseña á hacer bien, sin preocuparse del tiempo que emplean ni el material perdido; así, cuando dejan la escuela y entran al taller, los patronos se muestran poco satisfechos, reprochándoles no saber producir, no ser obreros. La enseñanza misma, cuando no son los programas, deja mucho que desear. Los profesores de cursos teóricos tienen una tendencia

natural á mantenerse en la abstracción. En cuanto á los maestros prácticos, son escogidos en general, por medio de concursos, entre los mejores obreros de su profesión, pero á causa de vivir alejados de los talleres particulares, acaban por quedar fuera del movimiento moderno, por ignorar los métodos, los procedimientos nuevos y por dar una enseñanza en cierto modo fósil.»—(Georges Alfassa.) No es, pues, ese el mejor modelo sobre el que pudiera ser organizada la enseñanza de nuestros obreros; lo que parece á todas luces mejor es conciliar el trabajo de taller con el curso complementario. Esta solución se impone, tanto más cuanto que no se puede exigir de los padres pobres que sostengan á sus hijos hasta la edad de diez y seis años sin que ganen nada; es necesario entonces que el niño trabaje, cuando menos durante una parte del día, en ganar el pequeño salario de los aprendices y que reciba, en los cursos especiales, organizados por los patronos, una enseñanza fundamental á la vez teórica y práctica. El gobierno debe decretar la obligación de esta enseñanza, crear y favorecer la creación de cursos técnicos por los patronos y las sociedades patronales y obreras, subvencionándolas si fuere preciso.

Ahora bien; una gran cuestión se presenta: ¿El tiempo para el curso se tomará de las horas diarias de trabajo ó fuera de ellas? Sin duda, á falta de otra cosa, los cursos nocturnos prestan buenos servicios, pero no son suficientes. Cuando los niños

han estado diez horas en el taller y deben regresar á cenar, no puede imponérsele la obligación de rehacer el camino, á veces largo, que es necesario para venir á la escuela, donde el curso se prolonga hasta ya tarde, á veces hasta las diez y media, y no puede estar acostado sino hasta las once y media ó doce de la noche, debiendo generalmente comenzar su día de trabajo á las seis de la mañana. Así no tendría las horas de reposo indispensables más aún en esta edad que en la del hombre adulto. Conviene, pues, absolutamente que las horas de curso sean tomadas del día de trabajo. Los que consideran las ventajas de una buena enseñanza especial para sus obreros, comprendiendo el interés de la iniciativa, deben enviarlos á estos cursos —aunque sólo sea dos veces por semana— de cuatro y media á seis de la tarde. Tal parece ser la verdadera fórmula encontrada en el extranjero para la propaganda de la enseñanza técnica en el pueblo.

Tratemos de ensayar esta feliz tentativa; no tenemos el derecho de mantenernos en actitud expectante y debemos esclarecer y fijar el criterio del personal de enseñanza, de los obreros y de los patronos.

«La cuestión principal de la instrucción no está quizá ni en los métodos ni en los programas, ni aun en la organización; está ante todo en el personal de la enseñanza. No haremos nada considerable, nada que responda á los deseos y necesi-

dades del país, si no tenemos hombres cuyo espíritu esté formado para los conocimientos que deban esparcir, y cuyo corazón sienta apasionadamente la importancia de la misión que están llamados á cumplir.»—Circular de M. Víctor Duruy á los prefectos.

«Cualquiera que sea la evolución social del porvenir—Georges Alfassa, en los *Anales de ciencias políticas*—y el estado económico de la producción, sus condiciones técnicas exigirán obreros instruidos y hábiles. La realización de las legítimas aspiraciones del obrero hacia una mejoría de su suerte, no puede ser sino la remuneración de una producción más grande y más perfecta, pues en la industria, donde todo es competencia, los salarios no están y no pueden estar más que en razón directa de la calidad y la importancia del trabajo efectuado. Las sociedades obreras serias deben pensar y dirigir sus esfuerzos en este sentido.

En cuanto á los patronos, deben darse cuenta de que ha llegado el momento en que la defensa de sus intereses, en lo que toca á la debatida cuestión obrera, no consiste simplemente en protestar contra las leyes naturales y humanas tratando de abatirlas, sino que deben tomar su partido en ese movimiento que se produce en todos los países, y que no hará sino aumentar y acelerarse cada día. La obra que primero debe solicitar la atención de los patronos es la preparación del aprendiz; esto es algo difícil, no lo discutimos, pero de eso depende

el porvenir de sus industrias. Que lo consideren como una necesidad absoluta del negocio, como una de las cargas naturales, aunque no inmediatamente productiva, que hagan entrar en «gastos generales» la retribución escolar propuesta, como una prima de seguro contra un peligro nuevo y grave; que reduzcan el aprendizaje á su duración necesaria; que pongan, en fin, todos sus esfuerzos, toda su voluntad en la creación de estos cursos. Todo México aplaudiría la actitud de los patronos, que beneficiándose, mejoraban la condición del operario y el desarrollo de la riqueza pública, escuchando los autorizados consejos de los especialistas de todos los países, ó exponiéndose á que la protección al trabajador libre termine de una buena vez con el régimen fabril.

Debemos formar técnicos

Se ha dicho con justicia que entre nosotros las carreras liberales son de larga, difícil y costosa adquisición para resultar de mezquino producto. Se afirma con razón que el objeto de proporcionar á un hijo el orgullo de adquirir un título, es para ponerlo en un nivel social digno de elevadas aspiraciones. El padre tiene terror á la vida modesta, y el hijo desprecia los trabajos manuales; la asociación de este terror y ese desprecio forma escuela, y los establecimientos científicos superiores se llenan de alumnos sentenciados en su mayoría—si llegan hasta el fin de la carrera—á vivir de los empleos burocráticos, para los cuales además no son aptos por falta de preparación especial y de hábitos de trabajo.

Esta situación es común á España, á Francia y á nosotros; de ahí que ciertos autores modernos, comparando la vida industrial de los pueblos latinos con la de los sajones, llegan á formular conclusiones despectivas para la raza. Esta confesión

de impotencia cobardemente pesimista no tiene fundamento y su único mérito es debilitar las energías y minar la confianza de los hombres en sí mismos.

La cuestión—trataré de demostrarlo—es puramente pedagógica, es un problema de método, de organización y de disciplina.

La superioridad de las carreras liberales, tal y como se entiende entre nosotros, es muy relativa; la vida social más que mediana en general; dolorosa casi siempre; imposible en algunos casos, ha convencido á muchos titulados de que sus mejores años, sus fuerzas juveniles y la más noble parte de su inteligencia han quedado en esos diez ó doce años de escuela que forman los estudios preparatorios y profesionales.

Asegurar que la escuela preparatoria es suficiente para triunfar en la lucha por la existencia, es aventurar demasiado una afirmación, en este tiempo en que para todos los ramos industriales y comerciales se necesita una preparación técnica especial y ciertos hábitos de trabajo que no da en manera alguna la escuela.

Una profesión lucrativa es el ideal de todos; si las escuelas superiores no llenan este objeto, dejan de tener su principal atractivo.

La Escuela Politécnica de París forma grandes teóricos, que no tienen, en su gran mayoría, más porvenir que profesar en los liceos y universidades ó servir en los empleos administrativos.

La Escuela Central de Artes y Manufacturas, gracias á que los alumnos se someten á la salida de la escuela á una práctica firme y consciente, produce jefes entendidos para grandes empresas industriales.

Las Escuelas Superiores de Artes y Oficios, como la de Chalons y la de Lille, más modestas, son á la vez de una condición tal, que los ingenieros allí formados, en mucho menos años que en las otras, pueden desempeñar puestos de gran importancia y reponsabilidad, generalmente muy productivos.

En seguida viene la Escuela para Maestros de Oficio, la Escuela para Obreros Selectos, y en fin, las escuelas comunes de *aprendizaje*.

¿Cuál sería—en vista de las necesidades de la industria—el tipo de establecimiento que fuera conveniente organizar para la enseñanza industrial superior?

Según los establecimientos franceses ya enumerados, diríamos que las Escuelas de Artes ú Oficios del tipo de Chalons; pero cuando hemos visto los similares de Suiza, quedamos partidarios del Technicum.

En varias ciudades importantes de la Suiza latina y en tres de las de lengua alemana existe un Technicum. Es un establecimiento de enseñanza profesional destinado á formar para la industria de la construcción y de la ingeniería civil, así como para las industrias mecánicas y electromecánicas,

empresarios, constructores é inspectores de trabajos públicos y de caminos, dibujantes, arquitectos, jefes de servicio, etc. Es la escuela intermediaria entre las destinadas á formar artesanos instruídos y las dispuestas para formar ingenieros de grado superior. Los fundadores del Technicum de Ginebra lo definen así:

«Como se ve, entre esas dos categorías, obreros é ingenieros, quedan los empresarios y constructores, cuya instrucción deberá ser tal, que puedan fácilmente utilizar los proyectos y los planos del ingeniero y dirigir con inteligencia la ejecución. Así preparados, esta clase de profesionales tendrán siempre abierto el camino del perfeccionamiento y los que cuentan con voluntad y aptitud podrán escalar á grados más elevados.

»El programa del Technicum está formado de manera que los alumnos adquieran los conocimientos teóricos y prácticos que les son indispensables para ocupar con una competencia real los numerosos puestos intermediarios entre el pensamiento que concibe y la mano que ejecuta.

»La enseñanza reviste un carácter esencialmente experimental y práctico. Sin abandonar las demostraciones teóricas necesarias, los profesores dirigen sin cesar la actividad intelectual de los alumnos sobre la realización de la teoría, en el dominio de la práctica, sobre la aplicación de la industria de las teorías científicas.

»Si el alumno debe aprender á conocer la fuente

originaria de las fórmulas y los procedimientos que ha de emplear, deberá, sobre todo, quedar listo en su manejo para aplicarlas siempre con claridad, prontitud y precisión.

»El Technicum no se concreta á dar las nociones científicas y el arte de utilizarlas. No; sino que forma también el carácter, desarrolla esas cualidades que son tan importantes al industrial: la observación, el juicio, el buen sentido, la claridad de las ideas, el espíritu de iniciativa, la decisión.»

El alumno entra en la escuela á la edad de quince años, es decir, cuando ha hecho ocho años de estudios primarios, y permanece cuatro años, de modo que á la edad de diez y nueve años sale provisto de los conocimientos necesarios para emprender en negocios positivos y con todas las fuerzas de la juventud.

En vista del éxito indiscutible de las escuelas así comprendidas, podremos refutar victoriosamente la acusación de «teóricos» que se hace á los establecimientos escolares latinos, pues que el Technicum ha nacido y progresado en un pueblo de raza latina. No se trata, pues, sino de un problema pedagógico ya resuelto por la Suiza, y cuya importación y adaptación entre nosotros no presenta ninguna dificultad.

Tenemos confianza en que el estímulo de la competencia que nos hacen ya los técnicos extranjeros, la experiencia y la labor de las misiones

pedagógicas, logrará solidificar una opinión que decida absolutamente el asunto.

Leyendo estas mismas ideas en nuestro libro *Las Escuelas Técnicas*, el ingeniero Oscar Bertoja, miembro consejero de la Sociedad de Explotaciones Geográficas de Milán (Italia), nos escribe:

«Y es que nosotros no tenemos nada de práctico en Italia respecto á escuelas industriales y de oficios, sobre todo para la edad de diez á doce años, edad en la cual no se puede distinguir la tendencia y las disposiciones de los niños que habiendo dejado las escuelas elementales no están por lo tanto bastante maduros para las escuelas técnicas. Entre nosotros, la primera escuela técnica no es más que una repetición de cuatro cursos de las escuelas elementales. Por otra parte, los hijos de los empleados que tienen la desgracia de perder á sus padres antes de terminar sus estudios, caen en la hoguera del proletariado intelectual y concluyen neurasténicos en cualquier administración con 80 ó 100 francos mensuales, cuando más. Eso no sucedería si hubiesen aprendido á hacer alguna cosa con sus manos.»

Como se ve, esta aspiración es ya universal; todos los pensadores prácticos son propagandistas del programa de industrializar á los hombres.

El profesionismo y la clase obrera

I

Las escuelas profesionales en la actualidad

SEÑORES:

Hay en los temas pedagógicos, en las aspiraciones educativas, verdaderos apostolados nobles por la idea que persiguen y útiles por sus prácticos fines; uno de ellos ha sido iniciado, mucho tiempo hace, por pensadores de genio, desde Juan Jacobo Rousseau hasta Otto Salomón, mas desgraciadamente, poco, muy poco han influido las observaciones teóricas para hacer prosperar un criterio sensato, que dé aplicación y vida á la más racional educación de los hombres.

Nuestras humildes fuerzas nosotros también las hemos dedicado todas por completo, desde hace diez años, á la propaganda de ideas regeneradoras en los sistemas de educación: en las sociedades científicas, por medio de discursos, conferencias y

libros didácticos; en la prensa, por artículos y crónicas y hasta en pequeñas novelas, hemos insistido en la urgente conveniencia de dedicar mayor atención á la enseñanza manual, á la enseñanza industrial, á la enseñanza técnica propiamente dicha, que no es sino la preparación rápida y práctica para la lucha por la vida.

Hemos sostenido y sostenemos que en las actuales circunstancias económicas, nuestra preocupación principal debe consistir en el aumento de producción y en su mejoramiento, pero no para enriquecer las nunca saciadas arcas de los poderosos, sino para facilitar la vida de todos los hombres.

La enseñanza en este país, cuya población cuenta un 85 por 100 de analfabetos, ha sufrido la desconsoladora influencia de lirismos irrealizables, como fantasías políticas, ó ha sido congestionado por erudiciones incoherentes, como manifestaciones neurasténicas, y es así como las leyes de instrucción vigentes han sido producto unas veces de la inexperiencia, otras de la farsa y en ambas de torcidas aplicaciones para fomentar impúdicos favoritismos.

Y es que las mismas clases cultas no tienen disciplinada su instrucción, ó son carentes de sentido moral.

Desafiando todas las iras y golpeando sobre el duro casco de los cretinismos, y desgarrando los venerables mantos rutinarios y soportando estoica-

mente el desdén de los unos y la cólera de los otros debemos continuar pacientemente la misión que nos hemos impuesto, que triunfará algún día, y entonces no faltará quien pintarrajee estas humildes plumas y se haga un traje propio: para él la gloria; entre tanto, nosotros estaremos satisfechos recibiendo de vuestros, si así creemos cumplir con nuestro deber.



La enseñanza universitaria, satisfaciendo las más altas aspiraciones del espíritu cultivado, suele perder de vista las más tangibles necesidades del individuo y de la sociedad.

Dice Gustavo Le Bon: «Se provocaría una risa de piedad entre la mayoría de los profesores asegurándoles que un trabajo manual cualquiera, por poco importante que sea, ejercita mucho más el razonamiento que la recitación de todos los tratados de lógica, y que es solamente por la experiencia como se crean las asociaciones, por medio de las cuales las nociones se fijan en el espíritu. Les causaría admiración, si ensayáramos de persuadirlos de que un hombre que conoce bien su oficio tiene por ese solo hecho más juicio, más lógica, más aptitud de reflexión que el más perfecto de los retóricos fabricados por la Universidad.

Hasta nuestros días, el Gobierno se ha dedicado á surtirnos, con asombrosa fecundidad, de profesionistas, y en casi todas las capitales de Estado

existen escuelas profesionales, pero en cambio las escuelas industriales escasean, y las pocas que hay suelen estar mal atendidas y peor orientadas, de donde resulta que el Estado prepara á los ciudadanos para todas las profesiones menos para la del obrero.

Nos dedicamos con entusiasmo á la fabricación de malos burócratas, de insufribles covachuelistas, de falsos burgueses y de empleados ignorantes, perezosos y apáticos, siempre descontentos de su situación y siempre, sin embargo, inferiores á su tarea.

Se ha venido formando una casta especial de limosneros universitarios, de mendigos de levita, de incurables rebeldes, constantes vociferadores contra la laboriosidad y la aptitud ajenas.

Es indudable que obtener una profesión lucrativa debe ser el ideal de todos, y si las altas escuelas no responden satisfactoriamente á ese propósito, dejan de ser eficaces y debieran quedar consagradas solamente á los que se dedican á la ciencia por amor; á amar la ciencia por la ciencia y no á la ciencia por la vida y para la vida.

Mientras las profesiones literarias significaron un encumbramiento social y una amplia ventaja económica, era lógico que la selección se hiciera en ellas y que las inteligencias superiores y aun las medianas aspirasen á obtener un título.

En el día la situación es muy distinta; ni el provecho individual ni la ventaja colectiva están

vinculados en el aumento de profesionales, cultivadores de un terreno cada vez más estéril, cada vez más difícil, todos los días menos remunerador.

En otra ocasión hemos dicho que los magníficos alumnos de la prestigiada Escuela Politécnica de París son buenos teóricos que no tienen en su mayoría más porvenir que profesar en los liceos y universidades ó servir en los empleos administrativos. En general, todas las más importantes escuelas superiores están en casos semejantes.

Es generoso y altruísta, pero muy especialmente benéfico para los intereses generales, hacer comprender á la juventud que la vanidad profesional es un abismo devorante y cruel; que en un país donde el favoritismo y las especulaciones oficiales se supriman, el mayor número de hombres titulados queda á la merced de un azaroso destino.

Dice Camille Mauclair: «Hemos llegado á un momento en el que todos presienten la general dislocación.

»El *arrivismo* va á sucumbir al mismo tiempo que el espíritu de casta, que es la primera noción social destinada á la muerte.

»Este fetiquismo caerá con sus ídolos. La juventud entera va á comprender una vez por todas *que no se sube* porque no hay nada más allá de la conciencia. *Que no se sube*, sino se vive, se realiza, se tiene la dirección de sí mismo, fuera de la cual no hay nada. La jerarquía es una convención usada que no convence á nadie. Una decoración sin sen-

tido. La autoridad de la obra y del carácter es todo.

»La idea, la grande, hermosa y urgente idea de que no se llega más que á lo que se es, será uno de los fundamentos de la moral inminente, de la que la época espera, de la que será tan necesaria como el pan y el sol. Y es necesario distinguir entre el *yo*, que está sobre la tierra, y el *soy*, que es el reflejo de la conciencia contemplándose en el infinito.»

¿Las escuelas universitarias preparan para la vida?

Las escuelas profesionales de nuestra Universidad no proporcionan los elementos indispensables para vencer no sólo á la más reñida competencia actual, sino á toda la indefinible serie de favoritismos que, enlazándose los unos á los otros, resuelven en las carreras profesionales el difícil problema de obtener posiciones ventajosas ó negocios lucrativos, expuestos, naturalmente, á los cambios de circunstancias y de ambiente, que esclavizan al individuo, sujetando la expansión intelectual al límite de las conveniencias y coartando por consiguiente la libertad de pensamiento y de acción.

Las escuelas universitarias no llenan, pues, esto es evidente, la necesidad actual de formar una sociedad fuerte y apta para su propio engrandecimiento.

El dinero del Estado invertido en la enseñanza de carreras universitarias no persigue ni el cum-

plimiento de un deber público ni la satisfacción de un alto ideal sociológico.

Es indudable que debe sujetarse el programa de estudios para las escuelas universitarias á un criterio menos lírico y de más eficacia práctica.

II

La acción oficial en la enseñanza técnica

El desarrollo económico de nuestro país, en el ansiado desenvolvimiento de sus recursos naturales, exige la inmediata aplicación de técnicos suficientemente preparados para especialidades y en los cuales concurren la pericia manual y la competencia científica.

Esta es la especie de profesionales técnicos que se forman en las *high schools* norteamericanas, los *technicums* suizos y las escuelas de artes y oficios francesas.

En los establecimientos citados, cuando los alumnos han terminado los cursos de la primaria superior, adquieren, en el término de tres ó cuatro años, conocimientos bastantes para ejercer las lucrativas profesiones de ajustador mecánico, forja-

dor, calderero, carpintero de modelos, fundidor, maquinista para todos los motores, decoradores de porcelana, dibujantes industriales, escultores industriales, cinceladores, grabadores, fotograbadores, tipógrafos, litógrafos, encuadernadores, rayadores, joyeros, orfebres, etc.

Salen de estas escuelas jóvenes completamente listos para obtener un inmediato producto de sus conocimientos, que redundan en beneficio público, puesto que las industrias se perfeccionan y aumentan en número y calidad.

Desde luego, la sociedad adquiere elementos productores, y los individuos, dotados de una enseñanza breve, pero suficiente, alcanzan bien pronto posiciones ventajosas en talleres y fábricas, donde son cada vez más solicitados y mejor pagados.

Desde el punto de vista social, la preparación de técnicos en la forma indicada es indiscutiblemente provechosa.

Ahora bien; desde el punto de vista individual nadie negará que en la mayoría de los casos los jóvenes necesitan obtener pronto el fruto de sus esfuerzos y que, no teniendo ligas con financieros ú hombres de influencia política, la probabilidad del éxito queda á la verdadera aptitud, lo que establece un principio de superioridad sobre las carreras literarias, superioridad que se acentúa y es definitiva en cuanto á la independencia para pensar y obrar y la facilidad para obtener empleo.

Debemos empezar á considerar ridículo el divorcio entre la ciencia y la industria.

Se citan los ejemplos de Linneo, que además de botánico era jardinero; de Galileo, que construyó con sus manos los telescopios de su invención; pero más tarde, esta costumbre de sabios obreros se ha modificado con la creación de sabios teóricos despreciadores del trabajo manual y que no sólo son incapaces de construir instrumentos con sus propias manos, sino que ni siquiera pueden dibujarlos, «dejando á los trabajadores manuales el cuidado de inventar los aparatos que necesitan, y de los cuales sólo pueden dar ideas superficiales».—Kropotkine.

Este es un punto que debería estar ya completamente resuelto: el teórico no llega fácilmente á los secretos técnicos del trabajo manual, mientras los obreros, científicamente preparados, logran distinguirse como inventores y perfeccionadores de las máquinas que manejan, así como de las industrias á las que esta maquinaria se aplica.

El profundo filósofo Kropotkine dice: «Á la división de la sociedad en trabajadores intelectuales y manuales, nosotros oponemos la combinación de ambas clases de actividades; y en vez de la *educación técnica* que impone el mantenimiento de la presente división entre las dos clases de trabajos referidos, proclamamos la *educación integral* ó completa, lo que significa la desaparición de esa distinción tan perniciosa.»

En realidad, lo que Kropotkine quiere es lo que actualmente se llama *enseñanza técnica*, que en todas las escuelas modernas comprende una parte de enseñanza general y otra industrial, las que ministradas simultáneamente forman al obrero completo.

En efecto, Kropotkine formulaba un voto, que ya está cumplido en las escuelas modernas de Europa y los Estados Unidos, esto es: «Dar una educación tal que al abandonar las aulas á la edad de diez y ocho ó veinte años, los jóvenes de ambos sexos se hallaran dotados de un capital de conocimientos científicos que les permitiera trabajar con provecho para la ciencia, dándoles al mismo tiempo un conocimiento general de lo que constituye la base de la enseñanza técnica y la habilidad necesaria, en cualquiera industria especial, para poder ocupar un puesto dignamente en el gran mundo de la producción manual de la riqueza.»

Ese es el problema desarrollado con éxito en el Technicum suizo, que tanto hemos recomendado nosotros para su adaptación en México, siendo acogidas nuestras ideas con verdadero entusiasmo en algunos puntos del extranjero, como Milán (Italia) y en Panamá, donde las han llamado la voz del Monte Sinaí.

Y es que esta aspiración va siendo universal. La acción del Estado en la enseñanza técnica puede, por lo tanto, contribuir extraordinariamente á la producción de la riqueza individual y colectiva.

En las luchas internacionales de esta época, la victoria no es para el soldado más heroico de fiero valor y arrojo temerario, sino para el que está mejor municionado y tiene armamento más costoso; la guerra contemporánea es la económica, y tiempos normales el gobierno debe preocuparse más por formar obreros competentes que por sostener ejércitos costosos, que cuando la guerra llega habiendo grandes reservas, hay más probabilidades de defensa y de victoria que en una heroica, pero estéril pobreza.

III

El mejoramiento del obrero por la intervención del Estado

Hemos sostenido, fuera de las disquisiciones pedagógicas y haciendo política, que el gobierno está en la posibilidad y tiene el deber de mejorar la condición del obrero. Lo que hemos sostenido en política es, afortunadamente, el resultado de una convicción basada en principios que juzgamos apoyados por la ciencia pedagógica, que es una de las ramas más interesantes de la sociología.

Entretanto los economistas, petrificados en mol-

des rutineros, en formas ya establecidas como axiomas por ellos mismos, exclaman: «La condición del obrero está sujeta á la ley de la oferta y la demanda y no puede haber fuerza alguna que contrarie á esa ley, de modo que el gobierno no puede intervenir ni en la disminución de horas de trabajo, ni el aumento de salarios, ni en la estabilidad de los contratos.

En la reducción de horas, porque disminuído el tiempo de labor el patrono, rebajaría el jornal y no estando ya éste en relación con las necesidades del obrero, la ley será desobedecida, pues el asalariado trabajará más tiempo para obtener mayor recompensa, aun cuando lo prohiban reglamentos y decretos.

En cuanto al asunto de salarios, éstos están sujetos al valor de la producción, y cuando ésta disminuye, el patrono no puede soportar erogaciones que igualen ó superen á sus entradas.

En cuanto á la estabilidad de los contratos, depende de las condiciones del mercado, y si los precios bajan conviene limitar la producción, y con ésta al agente productor: el obrero.

Tales son en síntesis los razonamientos de economistas distinguidos, y parece que en la producción de la riqueza no les ha preocupado otra misión que la de defender al capital, considerando al obrero como un simple instrumento, sin aspiraciones, sin ideales y hasta sin sufrimientos; el obrero es para ellos un simple agente productor sin otra fa-

cultad y sin otro derecho que el de una herramienta ó máquina cualquiera.

Son, sin embargo, á nuestro modo de ver, completamente erróneas tales doctrinas.

Tiene el gobierno, en un país democrático, la obligación de obedecer al mandato de sus electores, y si la mayoría de éstos son trabajadores y no capitalistas, es claro que debe preocuparse mucho más de los primeros que de los últimos.

Como en el seno de esta honorable sociedad no podemos tratar el tema sino únicamente desde el punto de vista pedagógico, nos abstendremos de entrar en otro terreno, concretándonos á la exposición breve y precisa de lo más importante que puede hacer un gobierno para mejorar á la clase obrera, intelectual y económicamente, por medio de la escuela.

Ante todo, debe dedicar preferente atención á la enseñanza elemental, á la enseñanza primaria industrial y á la enseñanza técnica. Éstos son los grados progresivos que racionalmente debe seguir la educación oficial: suprimir al analfabeto; crear obreros aptos, y por último, técnicos competentes.

Los grados superiores de cultura, los cursos universitarios y los altos estudios son lujos que sólo deben permitirse los países que ya han sabido cubrir sus más urgentes necesidades; de otro modo se cae en la ridícula situación de ostentar palacios de mármol y granito en una ciudad que paga maestros de \$ 50'00 mensuales, y tener calles asfalta-

das transitadas por indios semidesnudos, analfabetos y con frecuencia borrachos.

La preparación del obrero instruido trae consigo el mejoramiento de la producción; con ella la del precio y en proporción el alza del salario.

Trabajando mejor, puede hacerse la obra en menos tiempo y á mejor precio; así estarán en definitiva resueltos dos problemas: menos horas de trabajo y mejor salario.

¿Quién puede no sólo influir, sino decidir en esta cuestión?

El gobierno.

¿Y cómo?

Creando escuelas industriales, que cultivando la inteligencia y perfeccionando la habilidad manual, dé calidad superior al obrero.

Afirmamos, pues, que un gobierno democrático puede mejorar la condición de los obreros sin que se le acuse de demagogo y de disolvente y de soñador, prometededor de reivindicaciones imposibles y halagador de apetitos desenfrenados.

Y si en la jornada y en el salario, á pesar de estar íntimamente ligados en la producción, el gobierno puede tener decisiva influencia, es indispensable que todos los otros casos sean de la directa vigilancia del Estado.

Indemnizaciones por accidentes del trabajo, jubilaciones, estatutos que fijen la estabilidad del empleo, han sido motivo de leyes que existen en todos los países civilizados, donde las hay también

para proteger el trabajo de los niños y de las mujeres.

Es evidente que hasta nuestros días, así como la historia se ha escrito para halagar á los poderosos, la economía política se ha hecho para defender á los ricos; pero en México, la completa absorción de las fuerzas y de la vida nacional ha sido realizada por el rico, en la agricultura por el latifundista y en la industria por los dueños de fábricas.

No cabe duda que hemos legislado con la única mira de proteger al capital, abandonando á los obreros á la completa esclavitud, pues facilitando la creación de las grandes fábricas no hemos dado ninguna garantía al obrero asalariado.

Esa legislación nuestra, pensada y realizada por los hábiles economistas que hicieron el milagro del superávit, ha sido fatal para la clase obrera.

Las concesiones monopolizadoras han sacrificado á los trabajadores libres.

Á primera vista, el monopolio de la fuerza motriz, realizado en todas las ciudades de la República, por contratistas, no parece de gran trascendencia, pero si se descubre que el precio de la fuerza motriz puede ser la ruina completa de la pequeña industria ó la base de su desarrollo y prosperidad, no habrá quien dude de que, vigilando la expedición de concesiones y contratos oficiales, puede obtenerse por la libre concurrencia fuerza motriz á bajo precio para pequeños motores.

En todas las grandes capitales extranjeras hay

millares de industriales en pequeño, que logran una vida independiente, debido á la facilidad que hay para instalar en cada casa un motor económico, y es por eso por lo que los pequeños fabricantes pueden competir con los grandes, pues el trabajo resulta más inteligente y mejor dirigido, dando lugar á las manifestaciones del gusto artístico y á los inventos originales.

Y no sólo se logra así la independencia económica del obrero, sino que el trabajo del niño y de la mujer se escapa de la esclavitud aniquiladora y ultrajante de las grandes fábricas; no es ya la independencia del obrero, sino también la de la familia; no es ya el individuo, es la clase entera la que se salva, y no sólo es la clase, en fin, sino también la especie, puesto que el horrible sacrificio de la infancia se suprime y la salud de las madres se asegura.

Á esta libertad de trabajo le sigue, por medio de sociedades cooperativas, la autonomía comercial, asociándose los pequeños industriales tanto para comprar como para vender, pero manteniéndose productores libres.

Dando facilidades para el establecimiento de pequeños industriales, se solucionarán en lo futuro todos los problemas obreros.

Sería interesante calcular si con pequeños talleres se obtendría la misma producción de manta con mayor rendimiento para el obrero que bajo el régimen fabril.

Toda la cambaya que se consume en la plaza de México es producida por pequeños telares de nuestros barrios obreros.

La baratura de la fuerza motriz haría surgir á muchos pequeños industriales, y se haría evidente el talento creador de nuestro pueblo obrero.

En Tabasco, Campeche, Yucatán y Chiapas, donde todavía no existen grandes fábricas, los artesanos son trabajadores libres, y su posición económica suele llegar á ser envidiable, á pesar de su falta de conocimientos técnicos.

El Gobierno puede, pues, influir en el mejoramiento del obrero. Esto es lo que hemos afirmado como propagandistas políticos, y eso mismo es lo que hemos querido demostrar hoy como aficionados á los estudios sociológicos.

Naturalmente que la base de todo mejoramiento social es la instrucción del pueblo, y ésta debe ser la primera y más urgente atención del Gobierno en países como el nuestro.

El sostenimiento de la Escuela es la primera razón de ser de un Gobierno; los individuos que forman una gran sociedad, un Estado, buscan garantías de policía, de justicia, pero principalmente de enseñanza; sin la Escuela que instruye y educa, ni puede haber autoridad política sensata ni jueces incorruptibles.

Por eso pedimos que ocupe la instrucción pública el primer lugar, pero procurando que su orientación sea definida en ideales progresistas y no es-

clava de torpes rutinas, de empolvadas tradiciones, de métodos gastados.

Es ya tiempo de tratar en serio lo que con más seriedad atañe á la grandeza futura de la Patria.



La unión para la vida ⁽¹⁾

SEÑORES:

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, al nombrar su delegación para este IX Congreso Internacional de Geografía, me ha honrado designándome para formar parte de ella. Se debe sin duda este nombramiento á una extremada benevolencia de mis consocios para con el Benjamín de la Honorable Agrupación. Sin desconocer mi insuficiencia he aceptado gustoso, como siempre que se trata de servir á nuestra Sociedad, y he puesto, á falta de novedades técnicas, de descubrimientos originales, en que vosotros abundáis, todo mi entusiasmo juvenil, todo mi corazón de enamorado de la ciencia, toda mi fe de correligionario.

Al venir á la tierra de la libertad, á la Suiza de Guillermo Tell, los congresistas deben sentir la atmósfera depurada de todos los miasmas opreso-

(1) Voto presentado al IX Congreso Internacional de Geografía de Ginebra (Suiza).

res. En la singularmente bella é intelectual Ginebra, todo lo que rodea al hombre invita á gozar de supremas añoranzas: el azul obscuro de su lago Lemán en armonía con el claro azul de su despejado cielo, formando marco á las niveas abruptuosidades del Monte Blanco y al pie de la figura hecha bronce de Juan Jacobo Rousseau, que parece estar aún meditando sobre el cristianismo y sobre la educación de su Emilio, contemplar las prácticas de la más perfeccionada democracia.

Es hoy Suiza el nido donde el águila de la verdad empolla los hijos que serán sus mensajeros futuros; es en su pequeño territorio donde se aprende el verdadero patriotismo, que no se concibe sino cuando la patria existe, cuando el ciudadano es consciente de formar una molécula de ese cuerpo; es allí donde la Escuela, la madre del siglo, se robustece, se afina y se mejora hasta llegar á ser modelo en Europa; es hogar de sabios y de pedagogos y sobre todo la educadora, la modeladora de virtudes republicanas. Aquí se puede traer todo el espíritu y acariciar entero el ideal, pues por libre que sea no se sentirá encadenado por tradiciones de esclavitud, por costumbres de servilismo, por obsesiones de persecución. Aquí podemos traer los mexicanos la actitud soberbia de nuestros volcanes, la majestad de nuestros bosques tropicales, la independencia de nuestros ríos. Aquí podemos humildes y modestos venir como discípulos á escuchar la autorizada voz de los maestros entonando

el coro sapientísimo cuyos ecos deben ir de la milenaria Europa á la novel América. Si nos permitimos presentar un voto, es porque confiamos en que los sabios verdaderos son los más benevolentes y que el amor al bien debe nacer de la iniciativa de los pequeños como de la consagración de los poderosos. Es así como formulamos el deseo de que mientras los técnicos hacen adelantar á la ciencia y conquistan nuevos secretos y obtienen triunfos sublimes, se inicie una obra de propaganda para la ciencia ya existente, que llegue á todos los hombres y vivifique el alma de todos los pueblos: hacer más intensa la enseñanza de la Geografía en el mundo.



La enseñanza de la Historia y de la Geografía debe ser simultánea, pues la vida y la historia de los pueblos está estrechamente unida á la de su residencia. Al hablar de un punto geográfico no puede hacerse abstracción de su historia. Cuando se nombra á los Faraones tenemos en cuenta las pirámides de Egipto: cuando hablamos de Dante, Italia; de Napoleón, á Francia; de Guillermo Tell, á Suiza; de Bismarck, á Alemania; de Crómwell, á Inglaterra; de Wáshington, á los Estados Unidos; de Benito Juárez, á México. Esta unión natural de las dos ciencias proporciona un método lógico que debe formularse con escrupulosidad, á fin de que se

combinen armónicamente los fines que ambas persiguen. La Geografía física comienza racionalmente por nociones de Cosmografía, que tiene por objeto dar idea de la forma de nuestro planeta, de sus movimientos y del convencionalismo que fija y determina las zonas; de la longitud y la latitud, etcétera. Debe observarse cada continente en su forma general, sus costas, su orografía é hidrografía. Estudiando el clima, los productos naturales, la industria, las grandes vías de comunicación, las condiciones económicas de cada país, es como pueden explicarse los diversos acontecimientos históricos y como el hombre no es sino la consecuencia del ambiente que lo rodea. La configuración, el clima, la alimentación, producen distintos temperamentos, que determinan los rasgos distintivos de pueblos y naciones y que ilustran y completan los hechos que la historia nos señala. Los fenómenos naturales están en relación con los sociales, es decir, con la marcha hacia el progreso y la civilización de los hombres.

Es un error enseñar la historia empírica como se enseña el catecismo y como se enseñó durante mucho tiempo la moral.

No hay nada que despierte más el espíritu y el amor á la humanidad como la Geografía, ni otra ciencia que eduque la reflexión y estimule el patriotismo como la Historia.

Levantando la mirada hasta perderla en el horizonte y siguiendo á la imaginación que vuela,

todos los límites políticos desaparecen, la esfera terrestre á la que pertenecemos se antoja pequeña y buscamos ansiosos mundos nuevos más allá de las constelaciones. Vamos del cortijo al palacio, del poblacho á la ciudad, de la provincia á la nación, del continente á la Tierra y de este planeta al Sol, porque disfrutamos de la libertad de imaginación, única de que la humanidad puede gozar sin que tenga los obstáculos que encuentra Schopenhauer para sus tres célebres libertades: la física, la intelectual y la moral. La Geografía universal ha robustecido al socialismo, cuando se ha hecho abstracción, de las necesidades y de los elementos de cada pueblo, porque no se ha concretado definitivamente en la ilustración popular la idea de la existencia material, como seres de un mismo planeta, con la de nuestro origen y evoluciones á través del tempo. El poder ó la decadencia de las naciones depende de su situación geográfica, y esto lo venimos á descubrir por medio de la Historia, que nos muestra en cada página el papel de los agentes físicos en las condiciones económicas y en la política. El amor á la humanidad debe asociarse al amor de la patria y la noble idea de solidaridad internacional girar teniendo como eje el sentimiento justo y consciente del más depurado patriotismo. «El amor á la patria—ha dicho Roosevelt—es una virtud elemental, como el amor al hogar ó como la honradez y el valor.»

Mientras la competencia económica, esa lucha

por la preponderancia comercial é industrial que originan las guerras, no se resuelva en un equilibrio de recursos y de elementos vitales, existirá un patriotismo embrionario caracterizado por pequeñas regionalistas, por apasionamientos exclusivistas. Maret, diputado francés, ha escrito: «Una nación que ha perdido la fe en sí misma y ha renunciado á su ideal de gloria, es una nación muerta.» Los pueblos viejos, cuya experiencia ha servido de modelo á las generaciones nuevas, tienen para sostener su amor patrio el brillo de sus victorias, la memoria de sus antepasados, sus tradiciones de grandeza y de fuerza. Los pueblos nuevos tienen la confianza en su vigor, en su esperanza, en sus recursos inagotados, y es así como el amor á la humanidad puede subsistir junto al amor de la patria. Ahora bien; la escuela debe dosificar su moral patriótica al enseñar la Geografía en los pueblos grandes de la Tierra, abatiendo el optimismo, el exagerado orgullo por la propia superioridad, y en los pueblos pequeños estimulando el esfuerzo y combatiendo el escepticismo que la pobreza produce. La ciencia ha ido preparando estos medios en la escuela experimental de las sociedades modernas. ¿Qué sucedería si la rica y fuerte Inglaterra fuese belicosa y conquistadora? ¿Si la pequeña y débil Suiza no fuese culta, pacífica y laboriosa?

Del conocimiento de los otros y del de nosotros mismos depende el progreso general. En la vida de

los pueblos hay un encadenamiento racional, y al mismo tiempo que las ciencias se perfeccionan, las inteligencias se agrandan, las leyes se mejoran, las costumbres se pulen, la civilización avanza y el contacto de los pueblos, creando simpatías entre las distintas razas, eleva las ambiciones hacia más puros ideales.

Nuestro deseo es que la Geografía, además de ser una ciencia de gabinete, de especulación teórica, sea un agente de vulgarización científica. Si el sueño acariciado por tantos pensadores y por tantos mártires ha sido el bienestar universal, y éste sólo puede llegar cuando reine la armonía entre los hombres, es á formar de cada ciudadano un hombre honrado á lo que nuestras tendencias y nuestras ambiciones deben dirigirse. La poderosa y única razón de nuestros esfuerzos debe ser por el triunfo del Bien.

La historia de batallas y reyes se ha sustituido por la historia de los pueblos y de la civilización. Al despotismo se le ha desarmado con la democracia, á la esclavitud se le han opuesto los derechos del hombre, y la inconsciencia, degradante estado patológico de las multitudes, se ha modificado con el conocimiento de los deberes del ciudadano. Fomentar la convicción popular de que de la cultura y del carácter de los individuos depende la potencia de las naciones y que el carácter en los hombres crece y se desarrolla á medida que el maestro, hábil cultivador de los espíritus, vierte sobre las

inteligencias el manantial de una buena educación moral.

Conocer el territorio patrio, con la elevación de las montañas y el caudal de los ríos, con la riqueza de las minas y la abundancia de las cosechas, no es suficiente, precisa agregar, como indispensable complemento, la historia de las generaciones que han vivido en el ambiente de todo eso, lo que han aprovechado con razón y lo que han desdeñado con injusticia, para formular nuestro plan de conducta en el presente, sin perder de vista que seremos juzgados en el porvenir, que estamos haciendo la historia de nuestra propia época.

Cuando Darwin, el naturalista filósofo, estableció, como producto de sus observaciones, que la lucha por la vida era una ley fatal á la que el hombre vivía sujeto, la ciencia nos presentaba un doloroso aspecto pesimista que empequeñecía la misión del hombre sobre la tierra; pero esta ciencia primitiva se ha perfeccionado y los naturalistas de nuestro siglo demuestran que entre los seres vivos los miembros no subsisten ni se desarrollan sino por el concurso de todos los otros, y en este principio filósofos y economistas han basado doctrinas semejantes para las sociedades humanas. Nuestros enemigos ó competidores de antaño se convierten en colaboradores y aliados ahora. Todos los hombres se sienten ligados por los fenómenos naturales que son comunes, que establecen la suprema igualdad moral y por el mismo progreso de

las ciencias y de las artes que obliga nuestro reconocimiento y gratitud para los que nos han precedido y nuestro respeto y consideración á los que en el presente viven en idéntico trabajo. Esta doctrina, como nueva, tiene formidables adversarios, la pequeñez y el egoísmo, reduciéndose con el tiempo y la civilización, permanecen todavía escondidos entre las porosidades obscuras del cerebro humano; pero los que amamos á la ciencia por lo que tiene de positivo y á la verdad por lo que tiene de luminoso, proclamamos el evangelio de la solidaridad humana como la única redención posible para todos los espíritus y aceptamos como establecida esa benefactora moral social que á la lucha por la vida agonizante le opone la ciencia novísima de la unión para la vida. Y los pesimistas teóricos se opondrán con toda la fuerza de su metafísica á la evolución que se inicia, pero la frágil palanca de los sofismas no ha producido jamás impulsos duraderos ni establecido barreras resistentes á la vertiginosa ascensión de los nobles ideales, y como dice Popper, «Hasta hoy todavía no ha existido un pesimista práctico; no lo encontraremos hasta que lo descubramos comiendo hierba, de anacoreta en un desierto ó un bosque.» Los optimistas son los únicos obreros del progreso en todos los ramos del saber humano, son los que aman realmente á la humanidad y la alientan y la fortalecen formulando un amplio programa para el mejoramiento futuro. Condenar á los seres á la miseria y á la

pena, blandir sobre todas las cabezas la espada de la desesperación y estrangular los espíritus en la prensa agobiadora de la duda, sería renegar de la historia y sería destruir sus páginas más bellas, las que guardan con veneración los nombres de los optimistas que dieron vida real y comprobada á todas las ciencias, los grandes videntes, soñadores é inventores; suprimir de un solo rasgo de pluma envenenada la gloria del descubridor de continentes, del que sintió girar la tierra bajo sus plantas, del que encontró la gravitación universal, del que sorprendió el maravilloso fluido eléctrico, que ha enredado á la tierra en una red de nerviosas arterias, el que supo detener la figura del hombre que se perdía en la tumba, el que recogió su voz, que terminaba con su vida animal. No; cubrir con la negra pintura de desconfianzas establecidas *a priori* y de un solo audaz brochazo borrar todo ese seductor paisaje que estimula y fortalece, es inicuo. Se ha reconocido el derecho de los ciudadanos; reconózcase el derecho de los pueblos. No es suprimiendo á la patria como debe erigirse la religión de la humanidad; los intereses económicos de cada región y de cada país son los factores principales de toda evolución. Cuando los congresos pacifistas fracasan y las convenciones sociales son deleznable, sería ingenuo sostener una tesis de solidaridad entre las naciones, como no fuese convirtiéndose en profeta socialista que ofrezca para un lejano mañana la felicidad, el bienestar para todos, su-

primiendo gobiernos, propiedades y valores y estableciendo la bandera del comunismo en todos los ámbitos de la tierra. Pero mientras estas utopías se desarrollan y perfeccionan ó se desprestigian y perecen, tenemos el derecho de no encerrarnos en el estrecho campo de nuestro barrio y el de mirar aun más allá del barrio vecino. No es con timideces regionalistas como se fomenta el progreso; la ciencia tiene su peculiar tendencia universalista, y si se perfeccionan los explosivos nipones, los fusiles alemanes y los cañones franceses adquieren nuevos detalles, los acorazados ingleses se hacen más rápidos y los globos norteamericanos exploran majestuosos el Pacífico; la linfa de Pasteur beneficia á los amarillos y á los pielesrojas, á los negros de Abisinia y á los blancos de Finlandia; la luz eléctrica ilumina los salones elegantes y los talleres productores, la mecánica vulgariza sus novedades, la química sus descubrimientos, y á medida que los pueblos unifican sus conocimientos científicos, van también armonizando sus ideales morales y va consolidándose una base real de conexión, de solidaridad, de amor por la humanidad, de gigante ambición por el bien universal.

«Cuando el hombre muere—dice Schiller—, lo que viene de él con él perece, excepto la ciencia de la que se toma lo útil.» Es por eso por lo que la ciencia no tiene patria: Newton, Képler, Herschell, Galileo, apóstoles de las ciencias exactas, son universales é imperecederos aun cuando el territorio

donde nacieron desapareciese por una convulsión sísmica.

El provincialismo es más pronunciado cuando la ignorancia es más grande. El mal domina y prepondera allí donde la mentira es reina y señora. Hay quien estima más hermoso el campanario de su villorrio que la catedral de San Pedro en Roma. Así se explican ciertas celebridades locales de muy modesto grado, cuando no de estirpe menguada. Pedagogos de vidrio, como magos de feria, que predicán la virtud con frase galana y gesto doctoral y son tartufos que mal disfrazan sus vicios y sus ruindades de alma; redentores y protectores desde la tribuna, en el mitin ó en el Parlamento y que al escalar el poder son los más déspotas y arbitrarios. No son los gobiernos de ninguna especie los que harán triunfar la justicia, es la ciencia que establecerá nuevos sistemas y creará hábitos especiales, todo un conjunto de costumbres, todo un código de leyes que forman la moral social y el mutualismo, la confraternidad de todos los pueblos por encima de los límites políticos, de las leyes internacionales y de las aduanas.

El sistema planetario, ó en su más amplio concepto, el mundo cosmogónico en su conjunto, continúa su constante enseñanza, el sentido naturalista en poetas y filósofos va haciendo enormes esfuerzos de divulgación, y el sentimiento de la unidad, de la armonía fortaleciéndose en el cerebro de los hombres. Enseñemos por tanto la Naturaleza en

todas sus manifestaciones, hagamos el conocimiento de todos los países, naveguemos en todos los mares, exploremos las montañas de Asia, las minas de América, y mientras excursionamos por los mapas del viejo ó el nuevo continente vayamos conociendo la historia de cada pueblo, admirando las virtudes de sus hombres y aprendiendo en la experiencia de las generaciones pasadas el alfabeto de la vida presente.

Descubra el astrónomo nuevas estrellas, el geógrafo fije en los mapas la situación de ciudades, el hidrógrafo la marcha de las corrientes marinas; pero ante todo, hágase popular el conocimiento de la tierra; que ningún pueblo ignore la existencia de otros pueblos, que el conocimiento abra sus vías de comunicación iluminadas por los poderosos reflectores que la ciencia crea, y la simpatía y el amor humano existirán.

Lo que hace la fuerza de los pueblos sobre la tierra, no es ni sus riquezas, ni sus ejércitos disciplinados, ni sus poderosas escuadras, ni el valor de la educación, ni el contingente mismo de la instrucción; es ante todo y sobre todo la intensidad de su ideal moral. Á medida que se van perdiendo las religiones, desapareciendo tradiciones y dioses, la razón, buscando nuevos principios en que basar la sociedad, ha ido destruyendo tan aprisa, que no se ha tomado el tiempo necesario para edificar algo sólido y duradero; las quimeras deshechas por su frágil estructura, la humanidad busca con anhelos

titánicos algo muy puro, muy bello, muy alto en que poner sus ojos de vidente, y va tropezando con incertidumbres medrosas, con vanidades huecas, con legislaciones estrechas, con filosofías anémicas, con dioses ficticios, con puerilidades irritantes, hasta que animados por el mismo interés y sostenidos por idéntica fuerza, los pueblos de la tierra alimenten con savia rica y nueva el único amor que se sobrepone á las mezquindades, á los egotismos asfixiantes, el amor á la ciencia universal que es el amor por la humanidad.

La ciencia nueva

Los predicadores de la *ciencia nueva* han invadido nuestro templo. Rucio ha triunfado; su jinete contempla con bonachona sonrisa el confuso museo de un pasado legendario; las liras inacordes, las espadas rotas, los libros exhiben en históricos anaqueles sus exóticas figuras.

Ni seduce el brillo de los reflejos solares, ni enamoran los rizos de las trenzas doradas.

El coro sagrado de la humanidad se eleva hacia el perfecto símbolo de la nueva felicidad: el disco de oro.

Estamos en pleno reinado de la mediocridad: homogénea, compacta, universal.

No hay méritos rebeldes ni soberbias sublimes.

El corazón es sereno porque es insensible; el espíritu es sano porque es árido y el mal gusto general, que es el buen gusto, rige los destinos de la *zoocracia* triunfante.

La *ciencia nueva* ha fundado sólidamente sus premisas, y sus inducciones han controvertido el

proverbio francés y grabado en el pórtico de sus sinagogas un lema refulgente y audaz, desvergonzado y sugestivo: «El dinero vale más que el honor.»

Píndaros modernos, forjan las estrofas de un *réclame* cadencioso que anuncia la satisfacción voluptuosa de un par de zapatos de doble suela.

Los laureles gloriosos de los filósofos han sido pospuestos á los millones de los choriceros de Chicago.

Porque el dulce madrigal que arrulla con endecasílabos sonoros, porque el soneto de sátira punzante, porque la rima becqueriana, triste y quejumbrosa, han desaparecido.

Una nueva temperatura moral ha hecho el ambiente propicio para la fructificación de nuevos seres.

La *ciencia nueva*, conquistando para su prosaica religión á las legiones juveniles, les ha confiado el brillante estandarte del héroe triunfador en las cien campañas del dinero, en los mil combates del negocio, en los infinitos éxitos del mercantilismo avasallador y omnipotente.

Y más satisfechos que los dioses paganos, que los sabios de Atenas, que los atletas de Esparta, que los Césares romanos, que los caballeros medioevales, que los artistas del Renacimiento, que los investigadores científicos del siglo XIX, los vencedores de la nueva olimpiada, los *businessmen*, llegan envueltos, como con mantos imperiales, en

sus pieles de león y en sus manos de Hércules ostentando la maza formidable, dispuesta siempre al ataque, lista para triturar impiamente á los vencidos, á los menos fuertes, á los menos aptos.

Divinidades mundanas y orgullosas, sienten mayor satisfacción, goce más grande, á medida que el volumen de sus millones ha definido mejor el contraste con el vacío que las rodea.

La numerosa prole de ávidos mercenarios llevan la ofrenda de sus vidas y van á quemar el incienso de sus adulaciones triviales al pie de esos altares, y cuando poseedores de la vida, de los goces, de las honras de los demás hombres, nada pueden ambicionar, porque para ellos no existe ni el carmín de las rosas, ni el azul de los celajes, ni la dulzura de los ensueños, ni el sentimiento del ideal, puesto que son dueños y señores de la propiedad tangible, material y cotizabile, única digna de ser amada en la nueva era; puesto que son los magos del nuevo sortilegio; puesto que son los sabios de la *ciencia nueva*; puesto que no han nacido ni para soñar, ni para creer, ni para amar; entonces pueden y deben morir; su misión ha concluido, y el pueblo les grita con la misma convicción que lo hizo al griego Diágoras: «Muere, Diágoras, porque, en fin, no puedes convertirte en Dios.»

Pero este Diágoras no muere, sino que persiste en arrastrarse por el árido sendero de la vida trivial, y ni el amor, que disfruta, ni la gloria, que

no comprende, ni la ciencia, que no tiene, ni el poder, de que hace gala, pueden conformarle, «y la intemperancia, de sus deseos, irritada por la insuficiencia de sus conquistas y la nada de sus goces, le deja abatido sobre las ruinas de sí propio, sin que su imaginación sobrecargada, decaída, impotente, pueda representarle el más allá que ambiciona, y el *no sé qué* que no tiene...»

Tal es el estado á que se ha visto conducida la juventud moderna.

Ante todo es necesario vivir.

La necesidad de la defensa se impone; es preciso cruzar por el fango, y el plumaje no es de cisne.

Todos son de la escuela de Talión.

Ya no hay nazarenos ingenuos que aconsejen la caridad; hay que escuchar á los mercaderes que predicán el interés.

Dijo el cristiano Bossuet: «Los hombres han llegado al extremo de matarse entre sí sin odiarse.»

El hombre del día, cargado con el fardo de la incredulidad y la desesperanza, ha copiado á Diógenes, que pedía limosna á las estatuas para acostumbrarse á que le fuese infaliblemente negada.

Un solo consejo, una sola advertencia misericordiosa sale de todas las bocas y hace el fondo de la naciente moral: «Ayúdate, que nadie te ayudará.»

Y el abandono de todo lo improductivo se acen-
túa. Nuestros jóvenes, que no han tenido tiempo

de hacer libros, huyen espantados de los ya escritos; no hay academias que se sostengan con brillo ni agrupaciones científicas que estén en auge, y si viven es sólo por la constancia firme y resuelta de los que, apegados excesivamente al pasado, mantienen con su fe el fuego en los altares.

Ha llegado el desprestigio de los libros.

El ideal ha sufrido su calvario.

En un cementerio monstruoso de almas sólo se levantan mausoleos que son las habitaciones de los cuerpos vivos, y ciudades de bronce, cobre, plata, oro, mármol, de cincuenta mármoles distintos, donde los autómatas marchan con la vertiginosa carrera de los que, roídos por miles de impaciencias, por apetitos brutales, por afanes desesperados é insaciables, no son sino esclavos rendidos, siervos postergados ante la diosa Fortuna, educados en la escuela del fraude y sujetos á la concupiscencia del dinero.

Parece que el pueblo tiene prisa de sacudir sus viejos bellos harapos de ilusión para ataviarse con las nuevas incoloras galas de las necesidades costosas y torturantes.

Aceptada la teoría de la *ciencia nueva*, es forzoso renunciar á la antigua moral. ¡La virtud está en crisis, el patriotismo también!

Id á pedir honradez á un hombre que gasta más de lo que puede.

Id á pedir virtud á un hombre que ambiciona goces superfluos.

Id á pedir entereza de carácter y limpieza de conciencia á los que pueden vivir con poco y tienen que rodearse de lujo.

Id á pedir altruismo á los que están impenetrables con la coraza del egoísta.

Id á pedir delicadeza de sentimientos á los que han resuelto hacer dinero de todos modos, y que deben hacerlo más pronto y en mayor cantidad que los otros.

Id á pedir seriedad á los que usan una Aritmética en la que dos y dos no son siempre cuatro.

«El espíritu de la época—dice Smiles—no es de un comerciante, sino de un jugador. La marcha es excesivamente rápida para permitir á ninguno que se detenga á preguntar por aquellos que han caído en el camino.»

Y bien, señores; la *ciencia nueva* todo lo ha invadido. Los que sintamos el pudor rebelarse en el fondo de nuestras conciencias, estamos obligados á levantar una palabra sincera, aun cuando sintamos que, débil y aislada, se pierda en el ruido ensordecedor que nos aturde.

Tengamos el supremo consuelo de arrojar la verdad ardiendo sobre el océano de la indiferencia y el desprecio.

Gritemos á la juventud que basta para la vida material con lo que ésta exija estrictamente.

Conservemos la caricia del ideal en este desquiciamiento enfermizo y febril.

Alentemos todavía la esperanza en pleno des-

equilibrio psíquico, hijo de la cruel escuela del escepticismo.

Repitamos con Taine: «Las instituciones humanas, como los cuerpos vivos, se hacen y deshacen por su propia fuerza; y se va su salud ó se opera su cura por el solo efecto de su naturaleza y de su situación.»

Y las hermosas cosas abstractas deberán reconquistar su puesto sobre las cimas inaccesibles para los profanos.

Y la virtud y el honor y la dignidad, con el ideal y la gloria, serán repuestos en sus pedestales.

El credo de la verdad se yergue ya como un reproche.

Y de nuevo se escucha la voz de Shakespeare, que exclama: «Quien roba mi dinero, roba cosa de escasa cantidad ó valor, casi nada; era mío, es suyo, y ha sido esclavo de miles; mas aquel que me arrebató mi buen nombre, me roba lo que á él no le enriquece, y me hace, en realidad, pobre.»

Los hombres que se venden se imponen una dolorosa esclavitud, y sin libertad, la vida relativamente feliz es imposible.

Sólo la vida sencilla, modesta y ordenada, es escudo del decoro personal y del buen nombre.

Salvemos el precioso legado de la virtud en el rudo combate por sinecuras y por dinero.

La corrupción moral que mina las mejores instituciones, debe ser perseguida, y su funesta influencia alejada de los servicios públicos.

No importan ni la forma de gobierno, ni las leyes en vigor, sino los hombres que gobiernen, los que apliquen estas leyes.

Tenemos el ejemplo de grandes y fuertes países, orgullosos de republicanismo y democracia, donde el cohecho es de libre tráfico.

En la vida pública, como en la privada, sólo la honradez individual es una garantía.

Cuando Alejandro ofreció á Foción cuatro ciudades de Asia, honores y riquezas, el general ateniense respondió: «Si Alejandro me estima realmente, que me deje mi honradez.»

Sócrates y Epaminondas fueron dos de los hombres más pobres de Grecia, y nunca han sido *pobres hombres*.

Los honores y las riquezas suelen perecer; es, pues, urgente saber constituirse una vida interior, única que puede salvarnos de los desastres finales.

No se trata de *arribar*, porque fuera de la propia conciencia todo es oropel.

La jerarquía es un convencionalismo usado que á nadie sugestionan, porque no es sino una decoración pasajera del presente sujeta á las evoluciones naturales que harán mañana un general del recluta de hoy por las peculiares condiciones que no improvisan el favor y la dádiva, y que son energía, inteligencia, voluntad, capaces de imponer el éxito justo, del mismo modo que las humildes silvestres flores de la campiña lucen en los altares, como preciosa ofrenda de los dioses, por la belleza de los

pétalos y la delicadeza de sus perfumes. Y amemos los libros, volvamos los ojos á esos buenos y desinteresados consejeros, y los que puedan que hagan libros; nunca los harán en demasía. «Es por el libro y no por la espada—dice Zola—por el que la humanidad vencerá á la mentira y la injusticia; conquistará la paz duradera y la fraternidad entre los pueblos.»

Libros y más libros; cada día avaucemos con más ciencia, con más luz, si queremos vivir, ser sanos, buenos y fuertes.

Y en todo caso, si no podemos aspirar á un rango intelectual muy elevado, sepamos mantenernos en el terreno de la discreción y el buen sentido.

Despreciemos los dogmas de la *ciencia nueva*, que en fin, señores, lo que tiene de ciencia no es nuevo y lo que tiene de nuevo no es ciencia.

(Discurso en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística el 28 de Abril de 1909.)

Una escuela nueva

En mi pueblo natal, allá muy lejos del ensordecedor bullicio de esta gran ciudad, se abrirá una escuela nueva.

Mi pueblo es pequeño, pero alegre; todo canta á su derredor: la brisa fresca de la sierra, el murmullo del río sobre las piedras, los pájaros en la sombra de los verdes boscajes y el hombre sano y fuerte que come y duerme bien confiado á las delicias naturales que el destino le fijó en suerte.

Debí haber concurrido á la inauguración del Instituto de Teapa, pero la Cámara de Diputados inicia su 26 congreso, en el cual debuto como parlamentario, y esto el mismo día en que una pira civilizadora va á ser encendida en aquel lejano y querido pueblo de la Sierra, donde nacieron mis padres y nací yo también. En desagravio de mi obligada ausencia le envío este saludo cariñoso; que me perdone si un aire de dómine se desprende de mi carta, pero el amor á la Escuela, cuando se

hace pasión, es tan sutil que no perdona límites ni sujeciones y por encima de las conveniencias de la etiqueta se filtra y pasa.

Á LOS ALUMNOS

Es un cuento viejo, le habéis oído de la dulce voz de los abuelos en las noches estivales, á la pálida luz de las estrellas lejanas y mientras duermen las gallinas del corral, el ganado del potrero y el Sol, cansado de quemar este lado de la Tierra, alumbra á la otra mitad haciendo que germinen las plantas extranjeras y que en países desconocidos florezcan los árboles y maduren los frutos.

Es un viejo cuento de hadas; pero un maravilloso cuento que se repite todas las noches por los abuelos todos en el universo entero y que repetirán ustedes á sus nietos cuando lleguéis á abuelos.

En el país de la Ignorancia, el hombre sencillo y tranquilo miraba con asombro en el firmamento negro por las noches, después de haber sido azul durante el día, cómo parpadeaban unos ojos brillantes espiando las acciones de los hombres.

Miles de conjeturas formaba en su cabeza aquel

buen hombre que en su país no había podido aprender más que á cazar, á pescar y á comer lo que estas ocupaciones le proporcionaban; vivía en el error y todo era desconocido é inexplicable para él; pero un mago se presentó allí y explicó á las gentes todas esas maravillas; éstas, creyéndolo un charlatán, le obligaron á explicar cómo sabía tantas cosas, y el mago, temeroso de ser víctima de los ignorantes, les descubrió el secreto de su sabiduría: *La Escuela*. El mago escapó contento de haberse salvado; pero los habitantes del país de la Ignorancia estaban completamente perdidos; ya no podían conformarse con lo que acababan de aprender, querían más y más; pero á medida que más cosas sabían por los libros y la Escuela, eran menos felices, ya no vivían tranquilos, habían descubierto el camino para ir á otros países: el de las ciencias, el de las artes y otros que eran atrayentes, y se dedicaron á viajar, y para viajar les era menester mayor cantidad de dinero, que era preciso conseguir, y entonces hubo que trabajar más, y como los cultivos no rendían, fué preciso hacerlos mejor y en otra forma, y era tal el afanoso deseo de saber, que trabajaban por el día y estudiaban por las noches y no se conformaban ya con enterarse de lo que había sucedido antes en otras partes, sino que querían saber lo que sucedía el mismo día en el mundo; entonces el telégrafo y el cable comunicaron por vibraciones las noticias á través de los continentes y de los mares.

Aquella era una vida agitada, llena de dudas y preocupaciones; el gobierno decretó que el nombre de la ciudad dejaba de ser «Ignorancia» y se llamaría la «Civilización».

Era curioso ver cómo alguna vez, dejando sus chozas perdidas en los montes vecinos, solían bajar los ancianos lugareños que, sintiéndose extranjeros en su patria, pedían indignados volver hacia atrás y se lamentaban de no haber ahorcado al mago que trajo á la tranquila ciudad esta agitación agobiante de la vida moderna; pero en cambio los niños y las niñas cantaban coros y esparcían flores al pie de una estatua en el centro del Parque: era la de *el Progreso*, el mago misterioso que había transformado este pueblo, lo mismo que otros, muchos otros en el mundo.

El cuento, que se hace realidad diariamente, hoy se repite: el coro de los niños viene á cantar ante este nuevo monumento erigido al mago misterioso, *el Progreso*, y este mago, que ama á los niños, habla así:

«Dichosos los que buscan con afán la luz de la Civilización, porque esos serán redimidos.

»Dichosos los que trabajan afanosos en aprender, porque saldrán de la obscuridad de la ignorancia.

»¡Niño, debes trabajar para recompensar los esfuerzos, las privaciones y los sacrificios de tus padres!

»Debes trabajar para desenvolver tus facultades

y mañana ser hombre completo, útil á tu familia, á la sociedad, á la patria y á la humanidad.

»Trabajando podrás dar á las generaciones futuras un poco de lo que han hecho en tu favor las del pasado y la del presente.

»Niño, trabaja para crearte una posición respetable entre tus conciudadanos.

»Niño, trabajando serás más feliz, porque el trabajo es la vida—todo lo que vive trabaja—y es una alegría hacer la vida lo más intensa posible.

»Pero así como tienes el supremo derecho de hacer tu felicidad y crear tu bienestar, debes procurar que no sea con perjuicio de los otros; *debes ser bueno.*

»En la Escuela como en la sociedad, la vida colectiva no sería posible sin la bondad que crea la estimación y el mutuo respeto, fundamentos de la solidaridad.

»Niño, sé bueno, y tus padres y tus maestros recibirán como un consuelo la fuente de la alegría que tu corazón derrame.

»Vas á vivir al lado de tus maestros como al lado de tus padres, y en lugar de perder alejándote de unos, vas á ganar acercándote á los otros, porque se duplicarán en tu favor los afectos paternales.

»Sé franco, sencillo, recto, sincero, valeroso, y cuando tengas penas da cuenta de ellas á tus maestros, que sabrán buscar el remedio á las dificultades que pudieran impedir tu progreso.

»¡Ser bueno es á la vez tan simple y tan hermoso!»

* * *

El mago, dirigiéndose á los hombres, dice así:
«Teapa, la más salubre, la menos calurosa población tabasqueña, con su Instituto invita á todo el Estado para ese gran beneficio de la Escuela, en las alturas, en el campo, con buen aire y buen agua.

»El Instituto de Teapa tiene todas las condiciones propicias para ser una escuela moderna: estar en un clima admirable y grato; tener un director inteligente, instruído, de experiencia, de corazón, maestro de maestros; contar con un profesorado de competencia probada y con una población escolar tradicionalmente enérgica, pensadora y diligente.

»Tabasco ha sido conquistado por *el Progreso*. Es inútil que los pocos rezagados del antiguo país de la Ignorancia bajen de las montañas y protesten contra la vida nueva.

»¡Niños y hombres, escuchadlo convencidos: *el Progreso ha triunfado!*»

* * *

Permitidme, teapanecos, que á distancia envíe yo también un ramillete para que sea deshojado al pie del prestigioso y redentor mago.

Permitidme, teapanecos, que salude con el mismo regocijo que ustedes á la escuela nueva, á sus fundadores, á su director, á sus profesores, á sus educandos.

Permitidme, teapanecos, que separado por muchos kilómetros, me considere á vuestro lado; ¡es tan bello el amanecer!

¡Es tan hermosa la Aurora!

¡Mirad, la Escuela se abre, sale el sol!

¡Salve, Teapa!



Una prensa nueva

Va á inaugurarse una prensa tipográfica; este es un instante solemne, con la solemnidad de los momentos imperecederos.

El estreno de una prensa en la tierra, debe saludarse con el mismo respeto que la aparición de un sol en el espacio.

Es que de allí va á salir impreso el pensamiento para difundirse por el mundo.

Si los principales enemigos del hombre son el obscurantismo y la ignorancia, sus más grandes amigos deben ser la instrucción y la prensa.

La prensa ha derribado de su pedestal á las más hipócritas mentiras.

La prensa ha volado á las monarquías despóticas y destruído á los más sólidos tiranos.

La prensa ha demolido y reedificado, haciendo grandes ó miserables á los hombres.

La prensa ha sido la única defensora eficaz de la virtud y de la verdad, de la justicia y de la ley.

Contra la prensa mentirosa y falaz, cobarde y

mercenaria, no hay más que una defensa decisiva y fuerte: la buena prensa.

La prensa difunde las ideas, y las ideas salvan al mundo.

¡La prensa es la redención!

¡Salve á la prensa!

Pero si la prensa sola es la luz, es fuerza, es redención, la prensa es una escuela, es la palanca que no encontró Arquímedes, y con la cual hoy se mueve el mundo.

Hace algún tiempo se respiraba en las calles el aire pesado de la tiranía, y aquí dentro de la Escuela la lectura estaba proscrita.

He visto á los niños, hace algunos meses, esconder temerosos el libro ó el periódico, cuando en sus ratos de ocio solían ser sorprendidos en este entretenimiento por su director, profesores ó prefectos.

En esta Escuela estaba prohibido leer.

Cuando un huracán de libertad abrió rudamente las puertas y ventanas, dejando penetrar los rayos de un sol fertilizante y precursor, las letras impresas fueron reivindicadas, y los niños temerosos y asustadizos se enteraron con asombro de que el leer no era un delito.

La civilización había pasado muy lejos de esta Escuela, y su campanilleo alborotador no había logrado dejarse escuchar á través de los gruesos muros de esta residencia colonial.

Un día llegaron máquinas de acero que dieron

movimiento y vida á los talleres de carpintería y de herrería.

Un salón abrió sus puertas para destinarse á la «Lectura».

Hoy una gran prensa moderna va á recoger en sus entrañas fecundas la divina simiente que mañana se regará por calles y plazas, en periódicos, en folletos y libros.

La inaguración de una prensa moderna en esta Escuela es más trascendental que en ninguna otra parte, porque aquí, donde se había negado la luz, la luz se hace.

Los niños huérfanos, las almas infantiles sin el caliente abrigo del hogar, no sólo han encontrado aquí el abrigo y el sustento, la cultura intelectual y la competencia manual, sino que van á ser desde hoy, no sólo favorecidos del progreso, sino también propulsores del mismo progreso.

Ellos están recibiendo luz para ver y fuerza para resistir; desde hoy van á reunir luz y fuerza, para colaborar á la civilización humana, con el más perdurable de los contingentes: *la letra impresa*.

Niños que mañana seréis obreros en un país cuyas leyes á todos protejan por igual, escuchad: en todas las artes y en todos los oficios que aquí aprendéis y que mañana os servirán para ganaros fácilmente la subsistencia y sostener con decoro la honestidad de una familia, pensad que es la República la que os ha hecho hombres, y que sois mexi-

canos doblemente: por haber nacido en nuestro territorio y porque habéis crecido bajo la paternal protección de la República.

Pero si todos los obreros que aquí se preparan serán útiles á la familia y á la sociedad, los impresores tendrán una misión más grata, porque podrán colaborar en la más alta tarea de la humanidad, en el cultivo de la inteligencia por medio de la publicidad.

Tendréis en vuestras manos un poderoso instrumento de honor ó de oprobio; procurad usarlo en tal forma que lo que ha sido creado para dar laureles á la patria, no se convierta en puñal traidor que la hiera y avergüence.

Vais á ser obreros prensistas; la República esparcirá con ustedes en todo el territorio nacional un ejército disciplinado, diestro y consciente que sabrá sostener y defender su bandera, no en las guerras crueles que hieren y matan, sino en los combates selectivos, en las contiendas donde los más aptos triunfen sobre los menos preparados; en el campo donde los ciudadanos de un país libre conquisten sus títulos á la única nobleza de las democracias, la del talento y la instrucción.

Seréis los colaboradores de los que piensan y escriben, de los que meditan, saben y enseñan; aprovechad esta circunstancia para que estrechéis vuestro contacto con la obra del cerebro y comprenderéis que las manos, ejecutando labores honestas, no son sino la continuación del trabajo

cerebral, ó sea este mismo trabajo puesto en acción.

Saludemos la inauguración de la nueva y moderna prensa; que ella sea el símbolo de nuestra redención como ciudadanos y la esperanza en el triunfo de los más altos ideales patrios.

Una nueva prensa en la tierra es como un nuevo astro en el espacio.

(En la Escuela Industrial de Huérfanos.)



Cuadros nuevos en marcos viejos

La redención por el cepillo de dientes, los calcetines y el pañuelo

Dos turistas han estado visitando á México viejo: han querido conocer las antiguas mansiones señoriales y los vetustos edificios que en un tiempo se llamaban palacios de la capital de Nueva España.

Habían recorrido iglesias y capillas, casas particulares y residencias oficiales hasta llegar al histórico *Tecpam*.

Nada más atrayente para un curioso de las cosas antiguas. La fachada del palacio colonial hace suponer un interior de aspecto religioso; antes de penetrar por el amplio portalón de la calle, el visitante se imagina que allá adentro, por amplios corredores con pisos de ladrillo, circulan ancianos venerables envueltos en negras sotanas, con el rosario en una mano y el breviario en la otra, mientras delante de los crucifijos y las madonas arden amarillentas las lámparas de aceite.

Pero los turistas han entrado, y una vez dejando atrás al anciano conserje, no encuentran dentro del viejo edificio sino cosas nuevas.

La Escuela Industrial de Huérfanos ha logrado colocar en un marco antiguo un cuadro nuevo.

Cuando apenas amanece, cornetas y tambores tocan diana, mientras los alumnos de la escuela hacen evoluciones militares á las órdenes de un instructor joven.

El jefe de la banda es un joven alumno de la misma escuela.

En las clases, jóvenes profesores, titulados en las Escuelas Normales, dan clases de enseñanza general con programas modernos. Ya no son tomadores de lecciones; no hay un solo texto, la enseñanza es objetiva, los métodos directos.

Los talleres, movidos por fuerza eléctrica, cuentan con máquinas nuevas.

La sala de lectura, con un alumno de bibliotecario, cuenta con muchos volúmenes.

Los alumnos de la Escuela son del más humilde origen, y al perder á sus padres han sido recogidos por la Beneficencia pública, que se impone la misión de educarlos.

Muchos llegan descalzos y sucios, ignoran el uso del jabón, de la ropa interior y de los cubiertos. La Escuela les pone regaderas y tanque, lavabos esmaltados, mesas de mármol con platos y cubiertos, sábanas limpias, ropa interior con calcetines y pañuelos.

Cuando los turistas hubieron recorrido el edificio, visitando enfermería, dormitorios, clases y talleres, quisieron saber si los resultados correspondían á los esfuerzos.

El director les dijo: «Este es un asilo de caridad pública; el niño vagabundo, desvalido y callejero, era internado aquí con el propósito de que subsistiese mientras aprendía á leer y llegaba á la edad de salir á sostenerse por su cuenta; recibía la ropa necesaria para no andar desnudo, la comida suficiente para no morir de hambre, la instrucción bastante para descifrar trabajosamente las letras impresas; ningún reglamento, ningún programa, ningún método orientaba y disciplinaba el establecimiento.

»Hace tres meses el gobierno quiso iniciar en esta Escuela una era de redención.

»Los niños huérfanos buscaban con escrutadoras miradas algo nuevo más allá de las grises montañas, en el solemne instante del tramonto, cuando los últimos reflejos vespérales se quiebran como regueros opalinos sobre las cúspides lejanas, y dormíanse esperando que la redención llegaría con la próxima aurora.

»Y como los cuentos de hadas, al conjuro del mago, la diosa de la Civilización envuelta en un manto deslumbrante, se presentó en el viejo case-rón colonial, llevando en la diestra una antorcha luminosa. Desde entonces la Escuela ha cambiado, es nueva.»

Los visitantes sonreían con escepticismo y preguntaban:

—¿Suponéis, señor director, que estas buenas costumbres perdurarán en los niños? ¿No teméis que á la salida de la Escuela vuelvan al hogar sucio y á olvidarse del agua limpia, del jabón, del cepillo de dientes, de los calcetines, y continúen sonándose las narices con los dedos y comiendo sin el empleo de los cubiertos?

¿No sería mejor limitar sus necesidades al humilde calzón blanco, los *huaraches*, los trastos de barro, y en lugar de solfeo y canto y dibujo y ciencias inculcarles la humildad cristiana, la bella religión católica, la fe salvadora y el santo temor de Dios?

—No—repuso el director—; no, distinguidos señores visitantes; la Escuela se propone crear, al mismo tiempo que las necesidades elevadas, la aptitud bastante para satisfacerlas. La Escuela es laica; la libertad de conciencia y el respeto á todas las creencias, sirve de base á una educación sólida en la que nada se fía al azar, enseñando á los jóvenes á no contar sino con sus propias capacidades, á no esperar ayuda ultraterrena, á penetrarlos de la grande y serena idea de que fuera de la propia aptitud no hay nada.

«En cuanto á la educación doméstica de nuestros niños pobres, tengo fe, señores, en que cuando se acostumbren á usar el pañuelo, á llevar calcetines y á tener limpias manos y boca, sabrán hacer

esfuerzos suficientes para obtener los recursos que sean necesarios á fin de satisfacer ampliamente estas necesidades de cultura y buena educación. El gran educador de negros Booker Wáshington ha dicho que cuando los negros se acostumbren al uso del cepillo de dientes, serán tipos ejemplares de la civilización moderna, y yo agrego que cuando nuestra población indígena, compuesta de varios millones de habitantes, tenga necesidad de usar pantalones, calcetines, pañuelos y cubiertos, la patria se habrá salvado.

»La tranquila energía del indio y el ardiente impulsivismo del español dando vida á hombres civilizados, crearán un país nuevo, cuyos grandes destinos son imposibles de presagiar.

»Desarrollada la inteligencia de estos jóvenes con conocimientos científicos, educados sus gustos artísticos por el dibujo, el canto, la música y adiestradas sus manos para la ejecución de artes y oficios productivos, las futuras generaciones mexicanas estarán listas para todas las competencias en el orden económico, social y político.

»El empleo de la regadera y el jabón, el lavado y el cubierto, del cepillo de dientes, del pañuelo y los calcetines, serán la redención de este país.»

Los visitantes sonreían desconfiados y burlones.

El disco vermejo del sol iba á ocultarse tras un horizonte lejano.

E ruido de las máquinas había cesado.

Los focos eléctricos iluminaban corredores y salones.

Un dulce coro se escuchaba armonizando con el acorde melodioso del piano: es un himno al trabajo que eleva los sentimientos, que exalta los corazones, que despeja el florido camino del porvenir, mientras la esperanza, luminosa y grande, emerge, como la estrella de los reyes magos, de las negras nubes que ensombrecen el cielo de la patria para señalar á los mexicanos el derrotero que precisa seguir para llegar hasta la redención.

La Geografía de los textos

SEÑORES CONSOCIOS:

El tema de esta disertación es sugestivo y atractivo en grado sumo: «La Geografía de los textos». Porque aunque parezca raro, no es la misma la ciencia real y verdadera, que la convencional de las obras de especulación escolar, denominadas textos.

Hay cosas que estando en la conciencia de todos, sólo necesitan un traductor del pensamiento general que codificando ideas y principios hijos de la observación personal, los presente al debate.

Tal es el tema de hoy.

La Geografía es una ciencia esencialmente objetiva.

El naturalista busca sobre la superficie del pequeño planeta en que vivimos la enorme extensión de sus campos de estudio en la Zoología, en la Geología y en la Botánica.

El sociólogo ha menester de esta ciencia para realizar, con provecho, el estudio de la situación política de los pueblos.

Cito los casos más altos, aquellos en que se estudia no uno, sino muchos libros, y encuentro que el naturalista viaja exponiendo no pocas veces su vida, para explorar los más peligrosos lugares, ya entre los salvajes negros africanos, ya entre las abruptas montañas de nevadas cimas, ó ya, en fin, sobre la seca y ardiente arena de los desiertos; va y mira, recoge, observa, apunta, para decir después timidamente: «Creo que sé.»

El sociólogo, hartado de Historia y de datos geográficos, nada puede escribir con firmeza sin ir hasta el alma de los pueblos y cubrir así los vacíos de su instrucción teórica con la experiencia personal, oyendo y viendo.

Si la Historia es una ciencia de hechos por los cuales sociólogos y psicólogos inducen y comparan, la Geografía es una ciencia de cosas, que es necesario palpar para conocer y juzgar.

Por eso afirmamos que la Geografía sólo puede enseñarse á los niños en la misma Naturaleza, y que su única metodología consiste en llevar al estudiante fuera de los muros de la Escuela para decirle: «Mira, ese es el mundo.

» Allí, á tus plantas, se desliza suavemente un río, su cauce es pedregoso y esas ramas que arrastra las lleva al mar. ¿El mar? El mar es esa gran extensión de agua que se agita con ronco murmullo, y que allá lejos acaricia las rocas con sus espumosas olas. En el horizonte, esa mole azulada que se desprende del fondo gris es una *montaña*, su

cima es la blanca cúspide que polícromos rayos del sol vespertino visten con fantásticos reflejos, y su *base* es esa raya negra que la une á las vecinas eminencias, que por más pequeñas se denominan *colinas*. Y más cerca, donde pace tranquilo el ganado, es la *llanura* verdegueante.»

¡Cuántas verdades aprendidas, pero aprendidas ya, para no ser nunca olvidadas: río, mar, montaña, colina, llanura, rocas. La clase habrá sido más provechosa que con los ojos fijos en un pequeño mapa coloreado, donde los niños llegan con un gran esfuerzo mental á saber que Chihuahua está de verde y Veracruz de amarillo.

No pretendo pedir la supresión absoluta de los libros en la escuela; no soy enemigo apasionado de lo que se llama instrucción libresca, aunque tampoco puedo ser su partidario. Trato de huir de los extremos y por eso no hago alusión, en esta vez, á texto determinado ni á *craft* alguno. Me conformo con señalar enérgicamente la conveniencia de una apreciación juiciosa de los libros de texto y la supresión de los inútiles y perjudiciales, seguro de que es preferible ningún texto á uno malo.

Es preciso llegar á un acuerdo de las condiciones esenciales que un libro de texto debe tener para ir á las manos de los niños.

Se comprende que no debe sino consignar verdades ya comprobadas. Sin embargo, hemos visto texto de Geografía en el que se afirma que la Tierra es parte de la nebulosa de que se formaron el Sol

y los demás planetas, asegurando también la existencia de un fuego central. Es claro que un libro así pone en conflicto al maestro instruido, incapaz de exigir á sus alumnos la ciega aceptación de tal hipótesis, á un maestro que sepa que, contra la hipótesis de Laplace, han venido posteriores estudios que, como el análisis espectral, encuentran al Sol diferente de los mismos planetas de su sistema, porque no contiene sílice, plata, oro, estaño, plomo ni mercurio; y que los cometas de órbita determinada y el movimiento retrógrado de Urano contrarían también la brillante hipótesis de Laplace. En cuanto al fuego central, para un maestro instruido la afirmación de su existencia sería perfectamente audaz, cuando hasta hoy éste se ha determinado por una fantástica proporción basada en la temperatura de las capas superficiales, y cuando las excavaciones más profundas no pasan de un kilómetro, ó sea de una sietemilésima parte del radio terrestre.

Aparte de estos escollos, los libros de texto de Geografía, en las escuelas primarias, suelen ser un primor editorial, con sus bellos grabados y sus mapas á colores, pero... de una vulgaridad ó inutilidad edificantes. Hay libros donde se ve una planta de magüey y la figura de un *tlachiquero*, como si éstos no pudiesen verse con sólo acercarse á los cristales de la ventana.

Hemos visto, visitando escuelas, grandes cuadros murales; al decir grandes queremos decir

igualmente costosos: unos eran de medidas métricas, lineales, superficiales y de capacidad; otros de Historia Natural, con plantas, flores, frutos y aves de corral. ¿Se puede imaginar mayor absurdo, siendo tan fácil adquirir, á menor costo, las medidas reales y las propias plantas, con sus tallos y raíces, y sus hojas y sus flores y sus frutos, donde se ven el color natural de sus pétalos y la forma exacta de estambres y pistilos? Y para hablar del gato, de la gallina y de la vaca, visibles al natural en todas partes, los cuadros murales están sobrados.

En cambio los mapas murales de Geografía son deficientes y escasos.

Rousseau decía: «La mejor escuela es la sombra de un árbol.» Y comentándolo el señor Cossío, director del Museo Pedagógico de Madrid, aconseja en una conferencia á los bilbainos con estas palabras: «Rompeamos, pues, los muros de la clase. Llevemos al niño al campo, al taller, al museo, como tanto y tan sanamente se ha predicado ya; enseñémosle la realidad en la realidad antes que en los libros, y entre en la clase sólo para reflexionar y para escribir lo que en su espíritu permanezca ó en él haya brotado, tratando así, espontánea y naturalmente, el único libro de texto que ha de estar á su alcance.»

La guerra á los textos de la escuela elemental es ruda y unánime entre los pensadores desinteresados. Concretándonos á los de Geografía, insisti-

mos en que no pueden ser útiles al niño, que en ellos es imposible aprender con exactitud la verdad de lo que la Naturaleza es. Entre los papeles ilustrados de la clase no pueden obtenerse el conocimiento del relieve de las montañas, la figura de los valles, de las llanuras, de las mesetas, el conocimiento del mar, del río, del lago, de la isla, de las arenas y de las rocas.

¿Para qué sujetar á los niños á las figuras convencionales y ficticias del texto, habiendo sobre el propio terreno la figura real?

Estudiemos directamente á la Tierra, ese «grano de polvo» entre las nebulosas del universo. «Este globito—dice Reclús—es lo mismo que un cielo, un verdadero cosmos, por la admirable armonía de sus partes y de su conjunto. Este planeta imperceptible es, desde cierto punto de vista, tan grande como el universo, porque es expresión en las mismas leyes. Por la formación de su órbita, por sus diversos movimientos de traslación y rotación, por la sucesión de días y estaciones y por cuantos fenómenos gobierna la gran ley de la atracción, la Tierra es representante de los mundos; en ella estudiamos todos los astros.»

¿Por qué tratamos, pues, de sustituir al mismo planeta con sus caricaturas?

Es precisamente porque los maestros ó están mal preparados para una enseñanza eficaz, ó son perezosos y el libro significa el pretexto para cubrir la ignorancia ó la apatía.

Es necesario extirpar de la enseñanza primaria al maestro memorista, como de la superior al retórico; ambos dan falsas nociones: el primero, por la pereza, unida á la complicidad del comerciante en libros, y el otro, por la oropelesca vanidad de las frases vacías y líricas.

Es urgente penetrarse del verdadero sentido de la educación y no enseñar más que lo que positivamente aprenden los niños con provecho. La primera condición del maestro digno de tal título, es la sinceridad; no se trata de cubrir el horario y concluir las veinte lecciones de un alambicado panfleto escolar, sino de llenar la más alta misión humana, la de despertar cerebros conscientes, nutrirlos de verdades y devolverlos á la sociedad, que confiada espera de sus escuelas ciudadanos útiles.

La escuela primaria está congestionada de palabras y carente de ideas; los textos rellenan la memoria de datos imprecisos ó falsos sin lograr despertar la imaginación ni provocar el ejercicio reflexivo, único que educa al cerebro. Los niños aprenden sin comprender, y olvidan sin pena los formularios triviales del prontuario, pudiendo aprender con claridad y precisión aquello que entrase por los sentidos, como resultado de su propia observación, encauzada por la discreta sugestión del maestro.

La labor del buen maestro de escuela empieza á ser superior á la del simple tomador de lecciones, y los que no se apresuren á conquistar su puesto en

la vanguardia, corren el peligro de ser clasificados entre los «retardados», parientes próximos de los inútiles. Se acerca la época en que la aptitud se mida en el torneo de los capaces, quedando vencidos los que sólo pueden trepar serpenteando. Vemos aproximarse la inevitable derrota de los genios estériles, triunfantes unas veces por la adulación servil á los de arriba, y muchas otras por su propia incapacidad—que los hace instrumentos ciegos ó colaboradores inofensivos—: esas notabilidades quedarán para el decorado barato de las recauderías, como los artículos de barro. Empieza á necesitarse algo más que el aspecto; en la lucha por la supremacía de los más aptos, será indispensable ser y no únicamente parecer, porque como en la vieja fábula, bajo la más bella piel de lobo, el ingenuo cordero enseña la oreja... y ya hemos oído al asno nietzscheano responder con su simbólico *ia*.

Excitemos al moderno educador á darse cuenta de la altura de su misión, á buscar en sí mismo el secreto del éxito, hijo de una justa ambición, que tarde ó temprano llegará para el digno de merecerlo. La dignidad del maestro debe estar por encima del especulador en libros y de la pequeña política de compadrazgo, frágil y deleznable al primer soplo de justicia, ó al más leve cambio de circunstancias. Suele ser más feliz y es más sólida una carrera lenta, pero recta, de observación y de estudio, que un rápido *arrivismo* por el tortuoso sendero de la adulación personal.

Nútranse los maestros de conocimientos; estudien sin cesar, para gozar el inefable placer del deber cumplido y la satisfacción, jamás igualada, de trabajar por el progreso verdadero de la Escuela.

*(En la Sociedad Mexicana de
Geografía y Estadística.)*



El culto por la Historia y la vida actual

La literatura contemporánea busca nuevas orientaciones y con extraordinaria multiplicidad de formas tiende, sin ningún género de duda, al verismo, al realismo ó al naturalismo, es decir, á la copia lo más exactamente posible de la vida.

Las ciencias físicas y naturales, renovándose y transformándose todos los días, obedecen á necesidades continuamente distintas.

La sociedad, no basada ya en lirismos doctrinales, en especulaciones vacuas ó en estériles empirismos, buscan con incansable y firme tenacidad sólidas bases en la Biología y en la Psicología experimental.

Todos sabemos que las evoluciones han sido ya sugestivamente señaladas en forma gráfica como una línea recta, porque partiendo de su punto de origen asciende gradualmente; en seguida en forma circular, porque se supone que periódicamente vuelve sobre sí misma, ó ya, en fin, como una espiral indefinida que tiene el mismo eje, pero de curvaturas cada vez más amplias.

Estas ingeniosas demostraciones gráficas de evolución social son producto de estudios profundos y originadas por tesis contradictorias, cada una sostenida por varias celebridades científicas.

Entonces podemos afirmar que aun no existe en la sociología moderna un criterio definitivo para fijar la marcha evolutiva de los pueblos.

La rebelde teoría que hoy sustentamos es hija tal vez de la impaciencia que agita nuestro espíritu optimista, anhelando el mejoramiento de la vida, pero pronto y eficazmente, y consiste en afirmar *para el adelanto social de los pueblos, el estudio de la historia política tan reconocida en épocas anteriores suele ser inútil cuando no es cruelmente perjudicial.*

Precisamente, porque todavía no existen deducciones exactas en los hechos históricos.

Y así como no puede definirse lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, no es posible tampoco resolver, basándose en la enseñanza de la Historia, cuál es la conducta conveniente para la política de los pueblos en el presente y el porvenir.

Pero ¿está escrita la Historia? Los pensadores de todos los pueblos afirman que la historia de su propio país aun no se escribe, y sin embargo, los pueblos civilizados cuentan con innumerables historiadores.

Cuando la Historia se escriba será muy útil, tal es el apotegma ingenuo de los que creen ciegamente en los pensamientos consagrados por los fe-

tiches de lo viejo, por los que adoran prosternados los ruinosos museos cargados de basura y las tradiciones alambicadas, los educados en el platónico amor por la obra de nuestros mayores.

Hemos encontrado yanquis flemáticos adquiriendo con peculiar aire de snobs reliquias históricas entre las ruinas del Foro romano, del mismo modo que otros viajeros guardan en relicarios de oro el sucio polvo de las catacumbas, y todos tienen el mismo aire de simples, como los turistas que adquieren en México ídolos de barro como joyas arqueológicas, para decorar su sala de antigüedades mexicanas en las trastiendas de las salchicherías de Chicago.

Las escuelas nuevas abren sus amplios ventanales á torrentes de luz generadora de ideas cada vez distintas, mientras huyen con timidez los seminaristas los que se han petrificado allá en lo que podrá llamarse «edad de la Historia».

Carlos del Río escribe en *El Liberal*, periódico de la tradicionalista España, bajo el rubro de «La ciencia vieja», lo siguiente:

«Recuerdo vivamente la mayoría de mis cursos en el Instituto y en la Universidad, y los recuerdo con el propósito de no utilizarlos jamás. Recuerdo la Psicología puramente fantástica, con su alma y sus facultades inmateriales, todavía en vigor en algunas cátedras, á pesar de que la Psicología y los trabajos histológicos de Cajal la han localizado en la biología del cerebro, convirtiéndola de espi-

ritual en casi palpable, casi visible. Recuerdo la Historia nacional, ajena á las teorías evolucionistas como sigue siéndolo en algunos centros docentes; recuerdo las historias, la particular y la general, historias de batallas, listas de reyes y emperadores, lo mismo en el bachillerato que en la Facultad, sin una línea de prehistoria ni de antropología; recuerdo todo el Derecho natural, fundamental de la escolástica más estrecha; la Economía Política, ocupándose del Socialismo como de una utopía curiosa, las teorías penales de la Escuela italiana, combatidas en clase de Derecho Penal por medio de chistes; el Derecho Civil y el Político y la Historia del Derecho, sin haber sentido aún la influencia de la Sociología.»

Los historiadores adoptan ese oficio literario como los novelistas el suyo, y suelen ser más ó menos agradables para gastar ratos de ocio.

Existe en primer lugar el compilador de documentos históricos, sabandija sufrida de bibliotecas que se dedica con heroica perseverancia al reclutamiento de viejos pergaminos y de enmohecidos códices.

Sigue el narrador de hechos, que con el trabajo de compilador, llena páginas y páginas con las minucias y los banales detalles de la vida de los hombres que fueron, y á quienes llama Fenelón *feseur d'annals*.

Y en fin, aquel que despreciando este ó el otro detalle hace consideraciones personales, pretendi-

dos juicios críticos y formula sorprendentes deducciones, y éste es el poeta de la Historia.

Los compiladores y narradores suelen tener indiscutibles méritos, que consisten en el orden, en el método, en la buena distribución, no hacen panegíricos, ni juzgan, ni condenan; esclavos de la cronología, sólo exhiben hechos.

El más perjudicial, sin duda alguna, es el historiador de genio que ve las cosas pasadas al través de su poderosa imaginación creadora, que erige sobre la simplicidad de los hechos un complicado palacio, con tan intrincados vericuetos, que hemos menester la ayuda de Ariadna para salir libres de sus artificiosos argumentos.

Aventuramos la idea de que en no lejano tiempo la Historia se leerá como la novela excátedra, y no ocupará espacio en los programas de la Universidad.

Las escuelas primarias darán nociones de Historia. Las escuelas de altos estudios tendrán también sus cursos para los especialistas y los que se dediquen á estudios filosóficos.

Podemos afirmar que la Historia política no produce ninguna enseñanza útil á la humanidad, y que es falso, absolutamente falso, el estereotipado principio de que el conocimiento de los hechos pasados sirve para prever los futuros ó que sean ejemplos para huir de las cosas malas y copiar las cosas buenas, como si el ambiente y las circunstancias pudiesen ser los mismos, hoy que los biólogos

nos demuestran que hay seres semejantes pero no dos idénticos y cuando todos sabemos que ni la Tierra ocupa siempre el mismo lugar en el espacio, y que los sucesos presenciados por nosotros mismos son narrados ocho días después de mil diversos modos.

Cada pueblo crea diariamente su historia, y ésta se renueva con el progreso en las ciencias, que producen un día el vapor, abreviando las distancias terrestres con Stéphenon, empequeñeciendo los mares con Fulton; y otro día la maravillosa electricidad con Morse, Édison y Marconi, el novísimo radio de Curie y las novedades que hoy y mañana surgen del cerebro del hombre.

Cada héroe ó cada genio ha transformado por sí solo la existencia de un pueblo, y ninguno ha copiado á los otros: Alejandro fué original, César no copió á Alejandro, Bonaparte no copió á César; cada uno hizo la historia de su pueblo, y hoy día Alejandro, César y Bonaparte serían minúsculos competidores del más modesto técnico dinamitero.

Nos hemos convencido de que los adoradores del pasado, cuando no son fanáticos vulgares, son ridículos hombres de *pose*, y el fin que perseguimos al sustentar esta tesis ante tan respetable y culto auditorio, en que las ideas ligeramente apuntadas sirven de estímulo á una inteligencia completa, á un cerebro más bien dotado, para desarrollarlas, fortalecerlas y presentarlas dignamente á los hombres de ciencia.

Aspiramos á contemplar en los impulsos de la juventud ondas renovadoras que hagan vibrar todas las capas sociales hacia el verdadero ideal, que debe ser el bienestar de los hombres.

La ciencia positiva está destruyendo rápidamente los prejuicios religiosos, y los hombres empiezan á no conformarse con las promesas de un bienestar ultraterreno; los hombres empiezan á sentir la necesidad de resignarse con el plebeyo placer de vivir, y es justo que procuren hacer amable y buena á la vida.

Tal sería la propaganda digna de ser recomendada á nuestra juventud; debemos decirle: Deja de contemplar extática al dios Huishilopostti; deja de admirar las inútiles ruinas de Teotihuacán; huye de los museos que tienen la frialdad de la piedra y el polvo de los años, y dirige tus ojos, tus ávidos ojos, á la redentora justicia, protestando de la vieja ciencia claustral, que sólo preconizaba el poema de las lágrimas para el débil, esclavizándolo al carro victorioso de los fuertes.

«Es preciso conocer que la Historia nos vive engañando», dice Antonio Zozaya (1) y que ninguna generación pasada ha sido más noble, ni más fuerte, ni más sabia que la presente, porque ésta es la primera que de cara á todas las mentiras, á todas las fábulas religiosas, á todos los tratados de

(1) *El Huerto de Epicteto*, publicada por esta Casa Editorial.

moral, pregunta enérgicamente: ¿cuál debe ser la justicia humana? y que nos contesta: la que á todos proteja, la que persiga el bien de todos.

Y la hermosa sugestiva literatura de ayer, sin preocuparnos de la forma, debe transformarse hoy, con respecto únicamente al fondo, diciendo las cosas útiles é interesantes de modo que todos las entiendan, porque atañen á todos.

Hagamos brillar nuestra verdad como una suprema conquista del siglo; dice Max Stirner: «Fueron los antiguos mismos los que acabaron por hacer de su verdad una mentira.»

Amemos á las ciencias por lo que á la vida aprovechen y desechemos las que no sean de inmediata utilidad para los hombres.

Ferri quiere que á lo que se llama «la ciencia por la ciencia» los jóvenes la sustituyan por «la ciencia por la vida», único concepto admisible en la sociología racional, y exclama en la Universidad nueva de Bruselas: «Tengo fe en el ideal común por la vida y por la ciencia. La ciencia para la mejor vida de la humanidad.»

Dediquemos nuestras energías, antes candorosamente puestas al servicio de las cosas muertas ó pasadas, á más prácticos, á más nobles, á más humanitarios fines.

Y el dinero del pueblo, de los hombres y las mujeres y los niños que viven, desperdiciado en tejer divinas mortajas sobre sepulcros de héroes ó dioses caídos, invirtámoslo más cautamente en

llevar agua, aire y sol á las húmedas viviendas de los pobres, en abaratar la vida á los que han menester el cotidiano pan.

Levantemos la más pesada de las cargas y rompamos la más dura de las cadenas, *el hambre*, que amarra los brazos, lía las piernas y seca el corazón, para que fecundemos un nuevo campo, aquel en el que ha de germinar fresca y lozana una juventud, no cruelmente expuesta á todos los servilismos, á todas las postraciones, al renunciamiento completo y total de todas las fuerzas físicas y psíquicas, en aras de dioses supuestos, de burlescos arlequines disfrazados de héroes, que quieren satisfacer con cada uno de los múltiples jirones de su funambulesca vestidura á las gentes sencillas, humildes, ecuánimes y conformes, que no son sino el manso rebaño paciendo en el verde aprisco, preparado para el esquimo de los fuertes por esos mismos farsantes ó por esos bienaventurados hombres de letras que solemos llamar conspicuos historiógrafos.

Dediquemos las fuerzas jóvenes á la renovación, olvidemos, si no podemos derribar, las viejas ruinas, y cada día nuevo polen, de nuevos estambres, vuele á fecundar pistilos nuevos.

(Conferencia en el Comité Mexicano de la Alianza Científica Universal.)

El Alfabeto y la Filosofía

Fué en el campo, hace de esto algunos años.

Ejecutábamos un trabajo profesional en una hermosa propiedad rústica.

Después de las fatigas del día nos sentábamos á reposar, teniendo á un lado la inmensa llanura verdegueante y al otro el exúberero bosque de altos y copudos árboles.

Don Macario, el dueño de la granja, nos escuchaba.

Le afirmábamos que la Tierra en que habitábamos es un fragmento del Sol, y don Macario reía con una risa montaraz y primitiva.

Le afirmábamos que la costra terrestre está compuesta de diversas zonas geológicas, y don Macario reía.

Le hablábamos de que las estrellas lejanas deben ser también mundos habitados, y don Macario reía.

Todo lo extraordinario que la ciencia nos ha descubierto y nos enseña era motivo de duda, de

desconfianza y de incredulidad en don Macario, provocando su sonora carcajada montaraz y primitiva.

Don Macario sabe leer y escribir, conoce las cuatro primeras reglas aritméticas, y antes de dejarlo nos suplicó que al llegar á la ciudad le enviáramos unos libros donde se aprendiesen esos maravillosos cuentos de fenómenos extraordinarios y prodigiosos en los que se afirmaba que la Tierra es redonda á pesar de que don Macario contemplaba las llanuras interminables de su hacienda.

Agradecidos del queso tierno y de la leche fresca que en la granja saboreamos, al llegar á la ciudad enviamos á don Macario un tratado sobre *El moderno cuidado de las vacas* y *La cría y engorda de los cerdos*. Habíamos comprendido que sería un delito distraer á aquel hombre sencillo y bueno de sus ocupaciones habituales con teorías científicas que jamás serían bien comprendidas.

Dentro de las orientaciones de la ciencia moderna hemos deseado encontrar un rayo de luz que penetre por las altas claraboyas iluminando las aulas, todavía claustrales, de nuestra Universidad.

Una fresca racha de aire nuevo que sacuda el polvo de las bibliotecas, hostilice á la polilla y oxigene los pulmones de la juventud, cruelmente encerrada en una asfixiante atmósfera de viejas doctrinas, de añejas preocupaciones y de métodos retardados y enmohecidos.

Y timidamente hemos apuntado brechas que empiezan á abrirse, caminos recientes, algo que rompa la muralla granítica de los fanatismos científicos, de los preceptos sagrados, de las idolatrias legendarias.

Esperábamos y esperamos la voz de los maestros.

Insinuábamos que el fanatismo por la Historia política es perjudicial y retardatario, es nocivo y obstruccionista.

Que la Historia política no puede servir para mejorar la condición presente en los pueblos ni para prever sus destinos futuros.

Que la Biología, la Fisiología, la Antropología, la Psicología experimental, demuestran la constante evolución.

Que la Geología nos enseña el cambio constante de la costra terrestre.

Que la Etnología y la Antropología, sirviendo de base á los estudios evolutivos de las razas, han mantenido en constante vacilación á los sabios, los que no están acordes sobre las formas de la evolución social, sobre si ésta se realiza en línea recta, en forma circular ó en forma de espiral.

Que los pueblos hacen diariamente su historia y que su renovación es incesante.

Que Alejandro, César y Bonaparte fueron originales é hicieron su propia historia, como todos los genios, sin copiar nada del pasado.

Que la Historia política no se escribe nunca con

espíritu neutro y que su parcialidad es la base de su desprestigio.

Que los llamados filósofos de la Historia son los grandes falseadores de la Verdad, porque la Verdad para que sea tal debe ser una sola é indiscutida.

Que el concepto de la moral política, como el del honor político, no está todavía definido, y que mientras no sepamos qué es lo bueno y qué es lo malo, qué es lo justo y qué es lo injusto, el criterio político va de los unos á los otros, sin hogar propio; hoy es la legendaria razón del débil que implora, mañana la tonante imposición del fuerte que ordena.

Y las condiciones accesorias, variables en cada instante político; el estado económico, que exige la paz y fomenta la guerra, según las necesidades del momento.

Todo mudándose, todo cambiando, todo transformándose en incesante vertiginoso anhelo.

Y que la juventud espera, no prosternarse ya ante falsos y arcaicos dioses, sino que rompiendo airada los velos rutineros, prende su antorcha en la ciencia positiva y mirando hacia adelante: ¡Va!

Busca la ciencia por la vida, la ciencia para la mejor vida.

Y esto señalado, esperábamos y esperamos inútilmente hasta hoy voces autorizadas, palabras de sabio, conceptos pensados, ideas brillantes, verdades luminosas y convincentes, algo sugestivo y

dominador, algo capaz de enseñarnos, capaz de corregirnos, capaz de mejorarnos, algo en fin que calmara nuestra torturante sed de bienestar común, que conservase nuestra vacilante fe en el supremo ideal: el bien de todos.

Y en vez de todo eso hemos escuchado la sonora carcajada de don Macario, montaraz y primitiva.

Se nos dice: «Esa manera de raciocinar sería, señores, cosa de reír á carcajadas si no estuviéramos en estos momentos históricos ante un abismo.»

Y agregan: «Es una donosísima ocurrencia equiparar la verdad científica con la verdad histórica.» Y dicen: «Estamos conformes con que esa clase de verdades son relativas. Pero aplicar tales razonamientos á la verdad histórica es una demencia.» Y siguen diciendo: «También es verdad que de la época actual no tenemos una obra sin omisiones y sin mentiras y sin falsas deducciones.» Este pensamiento lo completan afirmando que «la Historia no tiene la culpa» y que á pesar de todo eso «la Historia no pierde su importancia» (aunque con omisiones y mentiras y falsas deducciones, ¿verdad?). Es lamentable que por encima de toda la ciencia moderna quieran extinguir la pira indecisa con tan débil aliento; quieran acallar el clamoreo entusiasta y novísimo con voces cansadas.

Así son los covachuelistas, que por miedo al aire libre y al sol quemante han puesto su tienda á la sombra de los viejos portalones y están dis-

puestos á perecer sin convencerse, cubiertos con la polvosa capa de los siglos.

Creemos que todos los momentos son históricos; creemos que la verdad científica es una: que lo que no es verdad científica no es verdad y creemos que no es una demencia aplicar los razonamientos lógicos, científicos á la Historia, porque para nosotros la Historia no es una religión y su estudio no es cuestión de fe.

Es doloroso que cuando hablamos de Historia política se nos opongan como argumentos las hermosas tradiciones, los antiguos astrónomos y la suma de experiencia de sabios y filósofos, porque la Historia política es muy otra en todos «los momentos históricos».

Nuestro impugnador cita—suponemos que todos los conoce—á los siguientes autores de Historia: Macaulay, Bryce, Gibbon, Guizot, Michelet, Thiers, Taine, Mommsen, Meyer, Ranke, Bancroft, Prescott, Irving, Herodoto, Jenofonte, Tucídides, Cantú, Ferrero, Lafuente.

Y después de todo este fragmento de catálogo bibliográfico, que presume ser de un erudito, su autor afirma, con acento sentencioso y gedeónico, que «el hombre de hoy no es más que una copia del de ayer, y el de mañana no será sino una copia del de hoy».

De modo que para reirse de todo se ríe también de la evolución, y se ríe de los etnólogos y antropólogos; que lo que hizo el mono, nuestro padre

ancestral, bajo las selvas milenarias, nos servirá de ejemplo hoy bajo los arcos de luz incandescente; que la edad de piedra es la buena y sabia escuela, hoy que nos comunicamos los pensamientos por ondas aereanas.

Es preciso reirse de las ciencias; los adoradores de la Historia así lo quieren, porque para ellos la Historia (¿qué Historia será esa?) es una que todo lo sintetiza, «es la irresistible fuerza propulsora de los hechos pasados, porque sin la Historia no habría detrás de nosotros sino un inmenso vacío que dejaría nuestra vida como aislada en la eternidad del tiempo».

Es inútil que la Química y la Física hagan diariamente nuevos descubrimientos.

Es inútil que los biólogos y plasmogénicos descubran maravillas, ¡es inútil! Ni la Biología ni ninguna otra ciencia puede demostrar á los fanáticos por la Historia política que la Historia política no es provechosa porque se rien de la Filosofía basada en la ciencia moderna, y si todavía nos queda alguna vacilación, una pequeña sombra, algún breve rastro de duda, nos anonadarán, nos citarán á Galileo, con su frase consagrada, y en latín: *Et pur si muove*.

Y Lombroso, Birchof, Ferri, Ingegneros, Stirner, Nietzsche deben callarse, deben enmudecer; nadie investigue, nadie interrogue, ya nos lo han repetido: «Quitad la Historia y habréis roto la conciencia del género humano.»

Si todavía balbucimos algunas palabras de protesta, se nos dirá blasfemos, pues la divina voz sacerdotal nos amenaza, exclamando: «Suprimid la Historia y habréis dado vía libre á la más espantosa inmoralidad, porque habréis quitado á los malvados el temor de que sean malditos por los pósteros.»

He ahí las fanáticas palabras de los religiosos; no interrumpamos su éxtasis ante la muda esfinge del pasado; la juventud se descubre respetuosa, pero pasa de largo.

Hemos querido protestar contra los engaños de la Historia política escrita para halagar á los tiranos ó á los fuertes; hemos querido protestar en nombre de una generación nueva, que á despecho de todo lo viejo, quiere establecer la justicia entre los hombres.

Pero resultamos una juventud inexperta é ingenua, porque toda la filosofía moderna debe quemarse como absurda y nociva, sacrificándola en los altares de esa diosa que se llama la Historia política; porque contra todos los argumentos, todos los razonamientos, los descubrimientos todos van á citarnos, y en latín, la frase de Galileo: *E pur si muove*. En otra parte estudiamos el problema más trascendental de la enseñanza rudimentaria en nuestro país. Allí analizamos los peligros que tiene la instrucción concretada al alfabeto y á las cuatro primeras reglas aritméticas si no es acompañada de una educación manual que sujete á los iniciados

á las fecundas verduras de la campiña ó al productivo esfuerzo del taller.

Soltar á los pastores en las ciudades, en estas grandes ciudades modernas llenas de sorpresas, donde hay luces como astros, calles que espejean, coches que marchan solos, arterias donde circulan á paso veloz los seres humanos, es una aventura peligrosa.

Colocar á los hombres que han aprendido el Alfabeto en el camino del aprendizaje científico por medio de los periódicos ó de las revistas ilustradas, es un atentado contra la tranquilidad de tales conciencias.

Para penetrarse de la ciencia moderna se necesita preparación disciplinada y metódica, y del Alfabeto á la Filosofía hay una pequeña distancia difícil de salvar.

Nosotros esperamos en nuestra humildísima esfera la voz respetable de los hombres de ciencia; estamos ahitos de principios consagrados, frases hechas, estereotipias bulliciosas y mentiras convencionales; nos aturde la sonora carcajada de don Macario, montaraz y primitiva.

La educación por la leyenda

Fuimos invitados para concurrir á los reconocimientos de Historia en una escuela primaria.

El salón, decorosamente amueblado, recibía torrentes de luz por amplias ventanas abiertas al Oriente; á través de los limpios cristales se contemplaban los jirones de un cielo azul, con vermejadas salpicaduras solares.

Los ramajes temblones de laureles y rosales se estremecían acariciados por la brisa, que subía con el perfume de las flores hasta la aula escolar, trayendo soplos de vida á los jóvenes pulmones. Los muros decorados con limpieza, casi con elegancia, ostentaban hermosos cromos con las figuras de los héroes; el mobiliario moderno, barnizado, el piso encerado y brillante. Esta es una de las escuelas nuevas, de los edificios escolares sujetos á las novísimas prescripciones pedagógicas.

El maestro es también de lo más joven en la moderna generación de educadores que traen todos los alientos, todos los entusiasmos, todas las

vibraciones de una juventud dispuesta á conquistar en el campo de nuestras plebeyas luchas un poco de sano ideal para repartirlo, siquiera sea en dosis homeopáticas, entre sus alumnos y compañeros de esperanza. Tiene los ojos grandes y claros, con la dulce mirada de los apóstoles, espesa la melena, amplia la frente, el gesto viril y la decisión y la franqueza en todos sus movimientos, en todas sus acciones y aun en sus mismas prédicas escolares.

Los alumnos muestran la multiplicidad de aspectos propios de diversos orígenes, la mezcolanza inherente á nuestra sociedad híbrida, donde criollos, mestizos é indios forman una sola clase, un mismo pueblo. El promedio de las edades es de doce años, visten ropa dominguera, tienen las manos y cara limpias, guardan compostura, repartiendo sus miradas curiosas y asustadizas entre el maestro que está enfrente y el sol lejano, entre lo que está cerca y es tangible y entre aquello que por lo distante no se puede apreciar bien ni es asequible.

Es un reconocimiento general de Historia patria.

Los niños van á ser examinados desde el origen del hombre prehistórico hasta el último presidente de la República.

El joven profesor está contento; enemigo de la educación libresca, en su clase la palabra ha dominado al texto, su elocuencia de convencido se

ha sobrepuesto á las estereotipias impresas y caducas, pero sin que haya podido apartarse de la tradición.

«Con estos áureos rayos del sol—dice—entran también por las ventanas de la Escuela ideas innovadoras y todo lo que viene de fuera no pasa sin dejar en las cabezas infantiles algo de su abejuno rumor civilizante y fecundo.»

Pero el examen comienza.

Un joven rubio, de mirada inquieta y de manos finas, responde y no como quien recita, sino con la convicción de un penetrado, algo sobre Netzahualcoyotl, el más inteligente, el más noble y el más generoso de nuestros reyes chichimecas; el rey indio que no creyó en los ídolos, que no amó el derramamiento de la sangre humana, que protegió la Astronomía, las bellas artes, las industrias, que además de guerrero fué filósofo, que además de ingeniero fué poeta y que además de juez fué legislador. Era admirable el orgullo con que aquel niño blanco hablaba, como si algo suyo, algo propio estuviera vinculado entre su espíritu mexicano y su físico europeo.

Hablaron después sucesivamente de Moctezuma Xocoyotzin, el pobre emperador enamorado de todas las grandezas y víctima de todas las supersticiones; de Xicotencatl, héroe tlaxcalteca; de Cuitlahuac y del gran Cuautemoc, del héroe legendario que había de simbolizar á toda la raza; Cuautemoc, un indio bello y fuerte, inteligente y sereno, estoi-

co en el sacrificio, rudo en la pelea, tranquilo y resignado en la derrota, y á su lado Tzicalatzin matando en tres golpes de piedra á otros tantos hombres blancos y barbudos, á Tlapanecatl desarmando en Tlaltelolco al abanderado de Sandoval.

Después, como si toda la época colonial hubiese sido un pesado sueño, un cataléptico letargo inconsciente en el que apenas si se rememoró algo de don Carlos de Sigüenza, de don Francisco Javier Clavijero, de don Juan Ruiz de Alarcón y de Sor Juana Inés de la Cruz, llegamos á los precursores de la libertad mexicana y al primer héroe, Francisco Primo de Verdad.

Después la insurrección libertadora, la conspiración, el belicoso y libertario grito de Dolores, el cura Hidalgo á la cabeza, con Allende, Aldama, Domínguez, Arias y Abasolo.

En seguida sangre, luego sangre, con Rayón, con Morelos, con Galeana, con Bravo, con Matamoros, y sangre, después mucha sangre, con Mina, con Guerrero, con Negrete, con Itúrbide, un manto purpurino, una onda roja que lo invade todo y destacándose con gestos vengadores de divinos ejecutores, de dioses olímpicos, nuestros grandes hombres todos aureoleados, todos perfectos, deidades todos.

Ya había patria desde el rojo altar de Huitzilopochtli, donde se abrían pechos vomitando corazones palpitantes que rebotaban de escalón en escalón, hasta rodear, como en un lago de sangre, la

venerada piedra de los sacrificios, hasta ese primer día de libertad que alboró el 21 de Septiembre de 1821, mientras se izaba con todos los honores el pabellón nacional, la tricolor bandera mexicana.

Los grandes heroísmos no habían acabado; sin embargo, todavía apareció su Alteza Serenísima el Excmo. Sr. General D. Antonio López de Santa Anna Pérez de Lebrón, presidente de la República, Comendador de la Orden de Guadalupe y Gran Cruz de Carlos III, y la Guerra de los Pasteles, la separación de Texas, su anexión á los Estados Unidos, la invasión americana, con mucha vergüenza, con muchas cobardías, con muchas flaquezas y también con muchas glorias, con muchas abnegaciones, con muchos heroísmos, para dejarnos al fin con menos de la mitad del territorio nacional.

Después sangre, con la reforma, y una Constitución que se escribe, y el surgimiento de un Juárez, y más héroes y más sangre, y Miramón, y Zuloaga, y Márquez, y Mejía por un lado, y Santos Degollado, González Ortega, Zaragoza y Leandro Valle por otro.

La intervención francesa con el segundo imperio; la batalla gloriosa del 5 de Mayo y las fastuosidades ridículas de la corte imperial con el epílogo de Querétaro y el Cerro de las Campanas y cinco nuevos héroes con Escobedo, Régules, Corona, Riva Palacio y Treviño.

Después los liberales triunfantes, la República libre; pero todavía héroes, y todavía sangre. ¡La

Escuela ardía! Los muros rojos, el plafón rojo, el pavimento rojo...

Los niños habían concluido, sus pequeños brazos se estremecían nerviosamente como si apuntasen certeros la afilada flecha de Cuautemoc; como si pesara sobre sus débiles espaldas la invulnerable losa de «Pipila» ó el fusil de los muertos en Chapultepec el 12 de Septiembre del 47, ó estuvieran en las faldas del Cerro de Guadalupe en Mayo de 1862, resistiendo el embate iracundo del ejército napoleónico.

El sol de mediodía penetraba dando gruesos brochazos á los muros, á los muebles y á los niños; un vaho caliente subía del jardín y cruzaba por los ámbitos de la clase como un soplo heroico, y los niños de pie, los ojos húmedos por la emoción, los pechos palpitantes, entonaron el canto triunfal, el coro bélico, el himno *¡Piensa, oh patria querida, que el cielo un soldado en cada hijo te dió!*

Y todos, contaminados por aquel fuego, cantamos; pero cantamos á la guerra brutal del hombre contra el hombre; cantamos á la guerra en el monte y en el llano; cantamos para derribar templos, palacios y torres; cantamos para que, empapadas con olas de sangre las montañas y los valles, se levantaran los patrios pendones, rugiese el cañón y la tierra en su centro retemblara.

*
* *

Después de un examen de Historia patria, lo mismo que después de una fiesta de aniversario nacional, quedamos poseídos de una intensa satisfacción, de una embriaguez de gloria, y con aires de epopeya marchamos satisfechos paseando nuestra borrachera de optimismo por calles y por plazas.

Una generación tras otra ha crecido engañada; frente á todos los peligros que nos rodean jamás hemos puesto ante nuestros ojos una interrogación, una duda, sino que nos han cegado las páginas escritas de nuestras glorias pasadas; nos hemos ofuscado de optimismo.

Sin duda alguna nuestro primer deber de educadores debe ser inculcar en el corazón de los niños, de los adolescentes y de los adultos, el sentimiento de la patria por encima de todos los otros sentimientos; exaltar el amor por nuestra bandera, por nuestro territorio y por nuestro honor nacional, es misión que no censuramos, sino aplaudimos; es firme labor que nos hemos impuesto cuando con nuestros alumnos alternamos, con el nombre de la patria por motivo.

Pero es preciso convenir en que estamos enfermos de mentiras, en que somos víctimas de una dolorosa epidemia de ficciones, que es aborrecible porque es mortal.

Enseñar en nuestras escuelas las grandezas de algunos triunfos mezquinos, la limpieza de algunos turbios héroes, la genialidad de nuestras media-

nias, es correr el riesgo de que las generaciones venideras sigan tan engañadas como las de ayer y tan desorientadas como la de hoy.

Nosotros pediríamos la sustitución de los ridículos manuales de Historia patria, puestos en manos de los niños para el alevoso y seguro envenenamiento de sus espíritus, por un plan nuevo, una lección constante de ecuanimidad, de sencillez y de certidumbre.

Á la encrespada y ascendente ola de sangre nacional con que las aulas se inundan, nosotros opondríamos un manto blanco, terso, sin colinas, sin volcanes, sin héroes, sin dioses.

Delante de los ojos juveniles, codiciosos de mirar por las ventanas abiertas calle abajo, calle arriba, cielo azul y jardín verde, no debemos construir un escenario artificial, un foro de papel pintado, un altar fingido, un dios de carnaval, una espada de madera, un revólver de hoja de lata y un espejo veneciano de papel plateado.

Á pesar del enorme espacio que en nuestras escuelas ocupa la enseñanza de la Historia, todavía no se ha definido cuál es el método que más conviene para transmitir esa asignatura.

¿No será que después de haber esperado tanto, confiado tanto en la bondad de esta enseñanza hemos llegado á la conclusión de que es insuficiente, insignificante, inútil y frecuentemente perjudicial?

Si es indispensable en la escuela primaria la

enseñanza de la Historia política, hagámosla por métodos racionales.

En Francia se han preguntado pedagogos eminentes:

¿Qué bagaje histórico obtiene de la escuela un francés de nuestro tiempo? ¿Cuál provecho material, intelectual ó moral puede obtener de este estudio?

Las respuestas han sido desconsoladoras: el aprendizaje sobre los reyes, las cortes, las batallas, los tratados, serie de noticias excepcionales y extraordinarias que no tienen contacto con la realidad viviente.

Menos mal cuando en los países cultos se han podido escribir textos con el nombre de *Historia de la civilización*.

La paz es la creadora de todas las civilizaciones, y nuestra generación sólo debe aspirar á vivir del trabajo productivo dentro del respeto debido á los intereses y las vidas de los hombres entre sí.

Si enseñamos á los niños solamente á estimar, respetar y amar á los héroes de la guerra, aumentamos las filas de los que no comprenden la abnegación y el sacrificio, de aquellos que renuncian á todas las vanidades, á las satisfacciones del mando y dedican su existencia á la obscura misión del trabajo fecundo, á las investigaciones del laboratorio, á las faenas agobiantes y redentoras de la cátedra.

Para que hubiese héroes, los griegos exigían que reuniesen tres condiciones armónicamente

combinadas: *el pensamiento*, que Prometeo robó al cielo para los hombres; *la fuerza*, que Hércules puso al servicio de sus compatriotas librándolos de los monstruos, y *la armonía*, con que Orfeo deleitó sus oídos.

Para la defensa moral de los individuos en sus luchas personales, como para la defensa de los pueblos en sus luchas de colectividad, es necesario tener una convicción, y es preciso crear esa convicción en la Escuela, en la cátedra, en la tribuna, en el periódico.

Ya desterramos de las escuelas la religión, y en muchos casos se ha pretendido suplirla con la veneración á los héroes; pero así como para divinizar y crear santos era preciso inventarles extraordinarios milagros que los rodeasen de una aureola de divinidad, así para deificar á los héroes suele artificiosamente creárseles un disfraz de superhombres.

En la Escuela actual se enseña la moral laica, que ni ataca á la religión ni se apoya en ella; es una moral simplemente arreligiosa.

En las escuelas secundarias, sobre la doctrina de la simple fe aparecen las teorías filosóficas, ya metafísicas ó ya materialistas, el fatalismo ó el determinismo, y del mismo modo que el profesor no puede ni debe confirmar la fe ó negarla ni admitir una ú otra hipótesis filosófica, necesita enseñar una moral independiente. Los maestros estamos obligados en las escuelas públicas de instrucción obliga-

toria y laica á enseñar moral sin basarnos ni en las creencias religiosas ni en los sistemas filosóficos; tenemos que apoyarla en los hechos, y por eso nuestro primer deber es verificar aquellos que acreditemos en la inteligencia de nuestros alumnos durante nuestra labor accidental de instruir, tanto como en la permanente de educar; de donde se deduce que la moral de la Escuela sólo debe apoyarse en la razón, es decir, ser racional y no ultraterrestre ni divina, que no sea la de superhombres ó dioses, sino la aplicable á los hombres comunes y corrientes que viven á nuestro lado, que ríen, sufren, luchan y triunfan ó perecen; pero entre nosotros mismos, ni muy arriba ni muy abajo, en las mismas casas, por las mismas avenidas, en las mismas ciudades.

El vigor y la grandeza racional está en que es la de todos, sin ninguna preferencia, sin ninguna distinción, sin privilegio ninguno.

Con tal criterio debe hacerse en la Escuela primaria la enseñanza de la Historia; la mentira, por brillante que sea, no favorece, sino que falsea y pervierte el buen sentido y no puede enseñar lógicamente principios morales de derechos y de justicia basándolos en mentiras que rebajan la dignidad humana.

Al inculcar á nuestros alumnos el amor á la patria, no es preciso que lo hagamos por amor á nuestros mayores, por respeto á nuestro pasado, por sujeción á gloriosas tradiciones: hemos querido

copiar este detalle á los pueblos viejos, y como nuestra actitud es fingida resulta ridícula.

Nosotros, pueblos jóvenes, con nueva savia y nuevos ideales, no necesitamos fingirnos lauros de ayer para ser fuertes hoy y grandes mañana.

Podemos comenzar nuestra educación en seguida, hoy mismo, creando fuerzas propias y originales; no tenemos la obligación de respetar moldes casilleros ó tramas usadas; á la idea nueva podemos darle forma nueva, y basta con que ambicionemos ser poderosos para que logremos serlo, sin que nuestros antecesores hubiesen concurrido á las cruzadas ni sitiado á Jerusalén.

Así como enseñamos á los alumnos á poseer dignidad personal, podemos educarlos en el respeto á la dignidad colectiva, en la solidaridad social y nacional, que crea la fuerza defensiva de los pueblos débiles ó fuertes en la concurrencia universal.

Y á juicio nuestro, la obra educadora es más grande, más decisiva y más precisa cuando se basa en el esfuerzo propio, tangible, mensurable, que en fantasías hiperbólicas.

Se ha dicho que el triunfo de los japoneses en su última gran guerra con Rusia fué debido á que su religión les hace creer que el que muere por la patria es feliz en la existencia ultraterrena; pero todos sabemos que el triunfo del Japón se debió á que tiene muchas escuelas, gran comercio, próspera industria, que contaba con bastante dinero,

numerosos habitantes y un espíritu de solidaridad basada en el interés de la propia conservación.

El Japón habría sido derrotado, á pesar de su fe en las delicias del otro mundo, si no hubiese contado con elementos más positivos para obtener la victoria; «que Dios protege á los malos cuando son más que los buenos».

Nosotros llevaríamos á nuestros niños al mundo, los pondríamos en contacto con los otros hombres y de cara á todos los problemas, les advertiríamos los peligros del camino: aquí un desfiladero de rompientes aristas, allá un abismo con sus fauces glotonamente abiertas.

Enseñaríamos á nuestros alumnos la lista de nuestras derrotas, la cobardía de nuestras vergüenzas colectivas, la duplicidad de algunos de nuestros héroes, el justo límite de nuestras glorias, la medida exacta de nuestros pocos triunfos verídicos, y haríamos que aprovecharan las lecciones profundas de una verdad desnuda que, como las estatuas de mármol, deben exhibirse sin timideces ni vacilaciones.

Les haríamos ver cómo el arado de aspas afiladas rotura la tierra donde la simiente brota, preparando la ópima cosecha; la mina inexplorada de cobre, de hierro, de carbón, de oro ó de petróleo; la industria sin brazos fuertes y manos diestras; la enorme suma de energía viril desperdiciada estúpidamente en comadrerías provincianas, litigios caseros, banderías domésticas, en hacer la política

estrecha del empleo público con la propensión inextinguible de derribarnos unos á los otros sin cesar.

Estamos esperando ansiosos que en las escuelas se fomente el gusto artístico; deseamos contemplar en la juventud impulsos civilizadores, un fresco aliento de vida que entone cantos armónicos á la Ciencia, á la Virtud, á la Belleza; esperamos que la patria nueva de metal puro, la patria limpia de toda escoria, empiece á simbolizar con Ciencia, con Virtud y con Belleza; que tengamos sabios á quienes glorificar, virtudes á quienes bendecir, bellezas á quienes amar; que honremos amplia y debidamente al hombre del laboratorio y de la biblioteca; al que traiga una nueva semilla aclimatando un cultivo nuevo; al que pulse una lira bien templada, arrullando con dulces cantos nuestros inacostumbrados oídos; al que fije en el lienzo con pinceladas hermosas paisajes sentidos; al que arranque á golpes de cincel de los toscos bloques de mármol gestos divinos de soñadas diosas.

Amemos en la patria á lo que pueda hacer grande y noble y buena á una madre.

La sangre suele lavar las manchas del honor ó marcar indeleblemente el manto de la virtud republicana.

La educación por la leyenda que nos ha hecho habitar intelectualmente un tablado provisional con decoraciones cambiantes y figuras arlequinescas; la educación por la leyenda que nos ha ocul-

tado mañosamente con glorias inflamadas y triunfos supuestos la verdad descarnada y sin brillo de nuestras pobreza, de nuestras debilidades, de nuestra pequeñez, en suma; la educación por la leyenda es la culpable de que nuestra actual generación camine vacilante con los ojos ofuscados por visiones de gloria, mientras van sangrando los pies y sangrando las manos entre las asperezas del sendero; la educación por la leyenda es la culpable de que cuando esta generación ha abierto los ojos se haya encontrado soles por todas partes y en ninguna: el cielo mudo, el horizonte sin límites; la educación por la leyenda es la culpable de que rodeados de tanta luz, estemos á obscuras, se nos hicieron ojos de nictálope y de tanto querer ver, nada hemos visto.

Tenemos derecho á pedir una evolución inmediata en el fondo y en la forma de nuestra educación nacional.

Sabemos que todo lo viejo se defiende heroicamente con lo viejo mismo; pero la idea es flama que incendia fácilmente á los arcaicos castillos legendarios; sólo que al desmoronarse, todas las sabandijas, los avisperos todos, guarecidos en los torreones, en los aleros, en las arqueras, en los muros, surgen en desbandada febricitante y loca, hieren implacables á la mano que lleva la mecha; pero el fuego habrá de cumplir su misión; la Verdad ardiendo va á incinerar, va á consumir, va á pulverizar los viejos métodos, las viejas formas,

las viejas preocupaciones, los fetichismos irritantes, que á nombre de una patria artificial se han erigido en obstáculos á la firme marcha de una juventud avasalladora.

Las mentiras crueles que se han incrustado en el alma de la juventud, están sintiendo ya el ardor cauterizante de los criterios inflexibles y serenos.

Á la educación por la leyenda oponemos nosotros la educación por la verdad, menos halagadora al principio, pero á la postre más provechosa y fecunda.

Dulce arrullo de la ficción rosada, maravillosa lámpara de Aladino que todo lo vence, que todo lo conquista, fuiste el placer de nuestros abuelos; hoy ya sabemos las fábulas de memoria, es preciso conocer cuándo somos oveja y cuándo lobo; es preciso saber que en todos los repartos hay un león, y que aunque nos vistamos con pieles de gigantes, nuestros cuerpos enanos harán mala figura.

Hagámonos trajes propios, vestiduras nuestras, la coraza y el acero á nuestra medida, que no sintamos que pesa demasiado la armadura, y que nos vence aquello mismo que tiene la misión de defendernos.

Á la educación por la leyenda mecida dulcemente en las nubes, opongamos la educación por la verdad que vive á ras de la Tierra, pero es más provechosa y más fecunda.

Nosotros, como el poeta sudamericano, creemos que

Como la Tierra, el Tiempo necesita las hoces que abran nuevos caminos y nuevos derroteros y preparen los frutos buenos y verdaderos.



Los cuentos en la educación infantil

Negar la influencia de los cuentos en la educación infantil, sería lo mismo que negar la influencia de la literatura en la cultura general.

El consumo cada vez mayor de la novela en el mercado universal nos convence de una manera evidente de que la humanidad continúa aprovechando, y cada vez con mayor intensidad, este recreo instructivo, que á veces cultiva los sentimientos, otras el gusto artístico, pero que siempre da el perfeccionamiento de la inteligencia.

Nosotros creemos que no hay ningún libro malo, jamás hemos admitido como formal y seria la obsesión de algunos educadores prohibiendo lecturas que á juicio de los mismos son perjudiciales.

Uno de los grandes errores de la Iglesia ha sido sin duda la interdicción que ha puesto para la lectura de libros que se han juzgado nocivos para la moral cristiana ó contrarios al dogma católico.

Es conocida la psicología popular, que precisa-

mente tiene ambición por aquello que le es menos asequible, la tentación de la fruta prohibida.

Los libros deben corregirse con los libros, la influencia de la letra impresa sólo puede contrarrestarse con la influencia de otra fuerza de igual intensidad.

Es claro que si acostumbremos á los hombres á la literatura de banalidades de forma vulgar y de fondo perverso, su gusto extraviado los dejaría en un nivel inferior; no así si se hubiese cultivado su inteligencia con libros de mejor estilo y de más elevadas ideas.

Nosotros sólo hacemos una clasificación para dividir los libros en buenos y malos, creyendo que son buenos los que se leen y que son malos aquellos que no pueden leerse.

Para que un libro sea bueno, necesita tener presentación atractiva y estilo ameno; pero lo que es ameno para unos, suele ser fatigante y tedioso para otros, precisamente porque no existe una educación literaria simultánea hecha en los bancos de la Escuela.

Cuando se habla de periódicos para el pueblo, de libros para obreros, comprendemos que se quiere decir estilo sencillo, formas claras, lenguaje común y corriente; pero las ideas, que son el alma de los libros, pueden ser tan grandes, tan elevadas, tan profundas en los periódicos para el pueblo como en los libros para obreros.

Sería, pues, una clasificación nueva la estable-

cida por esa diferencia de instrucción, ese distinto nivel intelectual que naturalmente hay entre unos y otros hombres.

Elevar el nivel intelectual del pueblo es, por consiguiente, conquistar un mercado más extenso para las buenas ideas que los libros llevan consigo.

Se nos dice que hay libros con malas ideas, libros que corrompen las costumbres, que falsean la verdad, que desvían el criterio de los hombres, etcétera.

Pero esa es tesis de sectarios, el verdadero hombre libre no debe temer, si confía en la bondad de la instrucción literaria, que haya libros y libros, sosteniendo unos el pro y otros el contra; ese es el eterno combate de los pensamientos, la eterna lucha de los ideales, el torneo interminable de las creencias, y son estas luchas las que hacen fecunda la vida intelectual.

Ya no puede decirse á los hombres: «Cree»; ya no puede decirse á los hombres: «Para creer es preciso que ignores todo aquello que á lo que crees es contrario; es indispensable que conserves la ignorancia de todo lo que esté fuera de estos indiscutibles dogmas que te impongo.»

Pero en los bancos de la Escuela las ideas que se han hecho penetrar en el cerebro de una colectividad infantil, las ideas que han sido inculcadas, forman una base firme, y así como hay terrenos adecuados para el cultivo de zanahorias, que no pueden servir para sembrar patatas, cuando se ha

formado la cultura de los niños sobre la base intransigente del dogma que no busca, ni piensa, ni analiza, ni investiga, sino que simplemente cree, ese hombre ha sido preparado para el más perfecto atraso en todas las ciencias, y por eso los predicadores de las religiones todas saben muy bien que no es el púlpito, que no es el templo, sino únicamente la escuela la que forma generaciones de creyentes, rebaño de ovejas, y es por esto por lo que en los países civilizados se ha establecido la escuela laica, porque no impone dogmas invisibles, porque ésta no tiene por misión cerrar, sino abrir, no persigue limitar, sino ampliar horizontes, no aspira á obscurecer, sino á iluminar.

Queremos cimentar la tesis de este artículo en las ideas expuestas formulando el pensamiento de que en la escuela se prepara la inteligencia de las colectividades y que la educación del niño de hoy será el criterio del hombre de mañana, ó lo que es lo mismo, que las sociedades infantiles son la preparación de las futuras sociedades de hombres.

Á este respecto, nos proponemos, antes que razonar y hacer investigaciones críticas, concretarnos á una simple descripción de la literatura escolar y los educadores harán personalmente las deducciones convenientes; partidarios de la enseñanza objetiva, nada más natural que nosotros respetemos en esto como en todo nuestras teorías pedagógicas.

Los cuentos de hadas.—La narración de sucesos

milagrosos, de extraordinarias maravillas ha estado durante mucho tiempo de moda.

Los prodigios de la maravillosa lámpara de Aladino: ver surgir instantáneamente palacios de mármol con columnas de granito, cornisas de ónice y rejas de oro, salones iluminados por candiles de preciosas pedrerías; aquellos comedores suntuosos donde los manjares más exquisitos eran servidos por invisibles camareras; aquellos palanquines de plata conduciendo reinas vestidas de seda purpurina, calzando sus diminutos pies con sandalias hechas de pluma de canario, y conducidas por gigantes musculosos capaces de derribar de un solo manazo árboles vetustos y de ahogar entre sus manos á enormes y rabiosos leones. La varita maravillosa que hace desaparecer una ciudad antigua y crear una nueva; el pájaro que habla, el árbol que canta y el agua de oro. ¡Qué sencillo y qué fácil todo! Los malos vencidos sencillamente por los buenos con sólo intentarlo; todo al alcance de nuestras necesidades y de nuestras ambiciones por el simple gesto protector de un amable mago de cuerpo enano y de luenga barba; nuestros amores protegidos por la pálida y delicada mano de una hada divina cuyo cuerpo se esfuma entre blancas gasas de seda y de la cual sólo distinguimos el claro brillo de sus grandes ojos y el contorno de sus manos de nieve.

En las bancas del jardín, en el momento misterioso del tramonto, cuando ya no podemos leer y

cerramos el libro para contemplar con profunda tristeza cómo la roja esfera del sol es devorada por las negras fauces de las distantes montañas y comparamos la policromía de las mentiras contadas á la tediosa é isócrona historia de las cosas vividas.

Bella es la ilusión que jamás se realiza, como hermoso el azul del cielo, *que ni es cielo ni es azul*.

Cuentos de espantos.—Los que escribieron para niños cuentos de hadas divinas y de magos protectores, tienen la disculpa de haber pretendido el embellecimiento de la vida, de haber intentado arrancar la imaginación infantil de la monótona melancolía para hacerla crecer en una vida de ensueño, de milagros, fantasías siempre ambicionadas, aunque nunca cumplidas; pero los que han escrito cuentos de espantos, con el travieso propósito y la cruel intención de levantar sobre las conciencias infantiles una espada vengadora que se oculta entre los ramajes de los árboles del paseo, á la vuelta de las esquinas, en la soledad del parque, y muchas veces bajo los suaves cojines en los ajuares tapizados de seda de damasco.

Los que han sembrado en derredor de los niños pavorosas habitaciones de feroces monstruos invisibles que parecen estar espiando los gestos, las carreras, las risas, los gritos, los placeres todos de que el niño disfruta, diz que para mejorar su conducta, para corregir sus defectos, para intimidarlo, en fin, y tenerlo constantemente sujeto á una

meticulosa observación de las buenas maneras y de los juiciosos manejos; los que escribieron cuentos de espantos son discípulos aventajados de los que inventaron el infierno y su horrible conjunto de penas, de torturas, de sacrificios; pero más crueles que aquéllos, porque ellos inventaron tales sufrimientos para personas mayores, para hombres y mujeres formales que pecaban; pero éstos han creado una corte malvada de perseguidores infantiles envueltos en sombras, seres impalpables que matan sin explicación, que sentencian sin escuchar, que castigan sin posibilidad de alegatos y defensas, y que parecen haber sido creados únicamente para entristecer la vida de los niños.

De alegres mentiras á mentiras tristes ¡oh padres y maestros! no he dudado que tenéis un partido que tomar.

Fábulas de animales.—Es delicioso suponer que los animales piensan como los hombres, y como éstos tengan alegrías y sufrimientos, y los moralistas que han escrito fábulas persiguieron, sin duda, el propósito de educar por el ejemplo sin que éste se encarnase en hombres que pudieran servirnos para torcidas interpretaciones; las fábulas serían un eficaz medio de educación si fuesen inspiradas en más razonables ideas.

En la mayoría de las fábulas que circulan por las escuelas, se habla de los débiles destrozados por los fuertes, de los inocentes engañados por los malignos, del león tomando su parte mayor por el

derecho de ser león, de la zorra aguzando su ingenio y triunfando muchas veces por la hipocresía y la mentira. Casi siempre en las fábulas la moral consiste en aconsejar que se obre bien por un provecho determinado ó que no se haga el mal por miedo al castigo; criterio moral muy común en nuestro sistema contemporáneo y que no otro puede aplicarse poniéndolo en el cerebro y en las reducidas concepciones de seres inferiores; los animales no podrán nunca explicarse las satisfacciones de obrar bien por el bien mismo, y la única moral digna de ser inculcada á los niños es la de que el hombre no debe subalternar la amplia libertad de su conciencia á los temores del castigo ó las egoístas ventajas del premio. El hombre que obra bien debe tener en sí mismo la fuente productora de sus goces interiores, de sus placeres psíquicos, que no pueden existir cuando nos acosa la conciencia por malas pasiones ó fríos egoísmos. Y en esta elevación de sentimientos nos distinguimos de los animales inferiores.

Que hablen las golondrinas viajeras, diciendo que en todos los países de la tierra que visitan con sus temblorosas alas hay seres que ríen ó que lloran, que viven la vida presente ansiando siempre para mañana una vida mejor.

Que hablen las abejas del placer que el trabajo constante proporciona con su fecundo producto.

Que hable el ruiseñor de su desinteresado amor por las estrellas en sus cantos nocturnos, y la alon-

dra de su intensa y natural alegría al cantarle á nuevas auroras.

Pero que no luzca el asno la resignación de ser bruto, ni el caballo el orgullo de ser brioso y esbelto, ni la zorra su perversa inteligencia, ni el león su fuerza avasalladora; que la fábula sea vida y verdad; pero de buena vida y de verdad justa, y que sigan en buena hora los animales, aves ó cuadrúpedos conversando con los niños, esto tiene desde luego una ventaja inmediata: fomentar el amor por los animales.

Los cuentos bélicos.—La Escuela, que debería ser de una atmósfera tranquila, suave, afable y bondadosa, está, sin embargo, convertida en un gran centro sembrador de odiosas pasiones, de ira, de rencores, y sobre todo de instintos sanguinarios.

Ya hemos señalado muchas veces los graves perjuicios realizados por nuestros manuales de Historia patria en la Escuela, la historia de batallas y de héroes de la guerra; pero además de estos nocivos textos, existe en el mercado variado surtido de cuentos bélicos, y esto es debido á la influencia del espíritu francés en nuestra literatura nacional y no menos de la tradición caballeresca española, «desfacedora de entuertos y vengadora de agravios».

Todos hemos leído, y vemos todavía en las manos de nuestros niños, cuentos terribles, de adolescentes heroicos, de pequeños paladines que caen

envueltos en su bandera, que tocan hasta morir de fatiga sus tambores, que hacen estallar sus pulmones con la vibración viril de sus clarines, en los campos de batalla, en esos instantes feroces en que los hombres matan á los hombres, en que el género humano desaparece, quedando sobre la tierra solamente las bestias salvajes y carniceras.

En una colección de cuentos de Georges D'Esparbes, la visión sanguinaria desfila por 270 páginas de nutrido texto: en uno habla de un combate en Aquisgrán en el 1793. Entre los soldados franceses, el tambor mayor, Luisón, tenía un pequeño hijo, también tambor, llamado Luisín, á quien su padre ordenó llamar la atención de los austriacos durante una noche, mientras vigilara que estuvieran encendidas las hogueras en la cumbre de una colina, y sin de dejar de batir la resistente piel de su tambor guerrero, que era de piel de loba, para que pudiese el enemigo ser batido por la espalda.

«Así, pues, con sumo cuidado, el pillete apretó el nudo de cuero que ponía tensas las cuerdas. Sopló después los palillos porque hacía frío, y vuelto así á las estrellitas de los fuegos austriacos, muy tieso, casi más alto que su tambor, se puso á redoblar la marcha de la media brigada. ¡Qué campamento! Cada golpe de palillos se multiplicaba en la noche en haces de redobles. Después de la marcha batió á «flanco izquierdo», giró de talones, cruzó los vivaques desiertos por entre las llamas rojas y atravesó la meseta marchando á paso de ejército.

Por el camino, si un fuego se moría echaba en él unas ramas. Para redoblar mejor acababa de dar con un medio. Luisín se imaginó que seguía á su tambor mayor. El enorme fantasma terrible de su padre se deslizaba ante él, cruzando el bastón sobre la espalda gigantesca. Y era la «retreta», y Luisín tocaba la retreta. El enorme fantasma dirigía el bastón hacia adelante; y era el «paso acelerado», y Luisín batía el paso acelerado. El enorme fantasma cogía su bastón por los cordones, extendiendo el brazo á la altura del hombro; y era el «rompan filas», y Luisín redoblaba á rompan filas. Lentas iban pasando las horas. Los tres asnos y la triste mula seguían al niño con una oreja tiesa y otra caída, y como él, metían ruido. Corria el sudor por la frente del tamborcillo. Aquello era duro. Entonces, sin soltar la caja, Luisín se montó en un asno y le hizo galopar hasta un extremo del campamento. Allí volvió á sus redobles. Otro galope, otra marcha, otras aún. Y el batiburrillo cada vez volvía á empezar: bramidos y rebuznos de asnos se unían á los golpes sordos del pesado tambor rabioso. La sombra entera resonaba. Entre redoble y redoble Luisín atizaba los fuegos con sus palillos y desaparecía en medio de una algarabía. No se le hubiera podido seguir, estaba en todas partes. Parecía uno de esos duendecillos abigarrados que vuelan por las llamas de los cuentos de Nochebuena, dejando tras de sí el eco de una canción y un olor de humo. Á fuerza de fatiga, el chiquillo no sentía

cansancio. Era todo nervios, todo ruido, todo coraje, y tenazmente, «consecutivamente», como decía su padre, sin pararse, sin soltar rienda, sin dejar nada, sin distraerse un momento, con un redoblar siempre igual y sostenido, persistente, tenaz, encadenando los toques entre sí, pegando firme, desde el primero hasta el último, estuvo paseando una tempestad por la meseta hasta que fué de día.

»Entonces, jadeante, se detuvo.

»Le habían mandado que redoblase hasta el día; y el día se levantaba: un esplendor que hacía brillar los cobres de la caja.

»Sentado sobre el tambor miró á la llanura, que iba desgarrando sus nieblas, salir lentamente de su lecho obscuro. Y por mucho que miraba nada veía; y por mucho que escuchaba, nada oía. Pero la campiña ocultaba algo...

»Lusín, entonces, sintió que el corazón le palpitaba. Pero no duró mucho tiempo su inquietud. De repente, en el alto silencio, frío como llamada de trompa, alzóse un rumor en el bosque lejano: *La Marsellesa*...

»—¡Uf! —murmuró el chiquillo—. Ahora le toca á mi papá.»

Y termina diciendo que después del combate fueron á libertar á Luisín, que dormía sobre la hierba envuelto en su capote, mientras la mula le lamía mansamente las manos; la buena mula que, más tierna que su padre, le daba su calor.

Hay quien cree que esta preparación belicosa

es conveniente para templar el alma de los niños y veteranizarlos en las faenas guerreras, á fin de que sean capaces defensores de su patria cuando ésta se vea amenazada por invasores extranjeros; pero nosotros creemos que para aprender á odiar tiempo tiene bastante el hombre cuando deja de ser niño, y que en la primera edad debe rodearse á los niños, más que del filo de los sables, y del retumbar de los cañones, y del grito de los clarines, y del batir de los tambores, con flores que perfumen, besos que acaricien, manos afectuosas y amigas y corazones que se comprendan y estrechen, acortando la distancia entre los hombres y estimulando la generosidad, el altruísmo, la sencillez y el amor.

Nadie ignora lo sugestivos que son los cuentos de bandoleros, que merodean por los caminos, atravesando á galope los llanos, se deslizan por los desfiladeros de la sierra, forman sus guaridas en lo más intrincado de los bosques, sin más ocupación que buscar y espiar la ocasión de asaltar á viajeros pacíficos ó robar las jóvenes de las aldeas. Sugestivos mucho también son los cuentos de habilidosos rateros de manos diestras y de pies rápidos que en las avenidas céntricas saben extraer las carteras sin ser sorprendidos y escabullirse por entre los transeuntes.

Y los cuentos de malvados geniales, que han creado una literatura policiaca ó criminalista, especialmente hecha para los alienistas, y que cae

con admirable frecuencia ante los ávidos ojos de los niños, que devoran las páginas con ansiedad y entusiasmo.

Para los niños todos los hombres temerarios que matan son iguales: Alejandro, Nerón, Bonaparte y el Tigre Fulano, que extingue su condena en un obscuro presidio por diez asesinatos, tienen el mismo aire heroico, el mismo aspecto de fuerte, sin que la conciencia infantil esté en posibilidad de calificarlos ni distinguirlos, porque los jefes que dirigen grandes matanzas de hombres llevan honrosos títulos, trajes galoneados y condecoraciones, mientras otros, culpables *de unas cuantas muertes solamente*, son encerrados en lúgubres calabozos ó privados de la vida como malhechores.

La sutil explicación que subsiste entre los hombres para fijar las fronteras imaginarias que limitan la extensión de los países, determinando que los pueblos tienen la obligación de destruirse cuando unos pasan al territorio de los otros, y sin que exista una razón bastante poderosa que justifique esa limitación de fronteras ante el criterio en formación de los niños.

Para la imaginación infantil, todos los que matan tienen una idéntica clasificación, llámense héroes ó asesinos.

Si hemos pedido la supresión de la enseñanza de la historia de guerras entre los niños, con mayor razón deseáramos ver abolidos de la literatura escolar los cuentos bélicos.

Cuentos humanos.—Si queremos hacer una literatura infantil, atrayente é instructiva, nada más fácil que documentarla en la propia vida.

Así como ha desaparecido la novela de capa y espada, el melodrama y toda la vieja literatura fantástica, para dar lugar á un género naturalista ó realista, que copia la vida, que entretiene y educa á los hombres sin recurrir á esfuerzos sobrehumanos, sino por la buena, sencilla y ecuánime vida que todos transcurrimos, que á todos atañe y que señala los desfallecimientos, las debilidades, los errores de los hombres, y su valor, su esfuerzo, su abnegación en todas las tareas humanas y en todas las contingencias que cada hora, cada día y cada año se presentan en la carrera de los hombres.

Mucho tiene la vida natural que enseñar en toda su armoniosa simplicidad: la historia de las hormigas laboriosas, de las abejas fecundas, de las mariposas rompiendo sus tenues envolturas de crisálidas y saliendo á volar sobre los perfumados rosales, que por el calor del sol brotan y florecen, y por el mismo calor del sol se marchitan y espiran.

Cada cuadrúpedo, cada ave, cada insecto tiene su interesante historia que, escrita para los niños, sería un delicioso entretenimiento, y escrita para los hombres, un extenso campo de observación.

La vida de los árboles, de las encinas venerables, de los robles gigantescos, de las esbeltas palmeras, de las cañas flexibles y de los lirios hu-

mildes, la vida puede describirse con todos sus singulares detalles, en tal forma, que no sería preciso inventarle maravillas para hacerla digna del amor de los hombres y de los niños; ¡es tan admirable la Naturaleza!

Y en fin, la historia de los propios niños, que ha dado material á ese gran literato con alma de maestro que se llamó Edmundo D'Amicis y que escribió un libro tan sencillo y tan notable á la vez, el cuento de los niños para los niños, el admirable conjunto de bellas ideas y de hermosas acciones que, con el título de *Corazón*, es ya ventajosamente conocido.

Escribanse libros así, hágase un estudio sereno, profundo, formal, de la literatura que ha de ponerse en manos de los niños, y habremos obtenido el deseo de que los cuentos llenen noblemente su misión en la educación infantil.

(*En la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.*)

La educación por el periódico

Todos comprenderán que no vamos á referirnos á las revistas pedagógicas, ya que éstas no contienen sino documentos de consulta para el profesorado.

Nuestro tema es otro.

Vamos á referirnos á los periódicos que van á las manos de muchos, á las manos de todos; que hablan á los hombres y á las mujeres, á los ancianos y á los niños, á los ricos y á los pobres, á los elegantes bulevarderos y á los sencillos campesinos.

El periódico es un combatiente activo, tiene sus heroísmos y sus miserias, es bueno y es malo, sabe despertar los más nobles impulsos y los sentimientos más altos y suele ayudar también á las más bajas pasiones y á los más perversos instintos; es ángel y vestiglo; su alma de gigante ó de pigmeo acaricia las nevadas cimas con soplos de vida ó ruge con estridores luzbelianos en el negro fondo de los abismos.

Amamos al periódico más que al libro. Los libros, leídos con recogimiento, casi con unción, tienen, como la palabra del maestro, una voz tranquila, reposada y persuasiva, se le cree ó se duda de él, pero sencillamente, fríamente, casi siempre con el pensamiento, casi nunca con el corazón.

Los periódicos nos traen ideas que son las nuestras, las que están viviendo dentro de nosotros mismos, ó ideas contrarias, las que se oponen á nuestro modo de pensar y de sentir. Por eso vivimos á gusto la vida del periódico: nos halaga ó nos irrita, nos acaricia ó nos azota, fortalece y conforta nuestras ideas ó las hiere y desquicia brutalmente; porque vive con pasión, porque vive más con el corazón que con el cerebro, porque trae los ardores de todas las concupiscencias callejeras y es el fiel retrato de las ambiciones y de los odios, de las envidias y de los egoísmos; trae el supremo desdén de los fuertes y la doliente quejumbre de los débiles.

El periódico, que todo lo investiga, que todo lo sabe y que lo que no conoce lo inventa; el periódico, que es paladín de la verdad ó de la mentira, de la virtud ó del deshonor, del bien ó del mal, es y tenía que ser el más grande educador de los hombres.

No pidáis para las nuevas generaciones al hipócrita maestro que teme á la verdad, que oculta sigilosamente las ideas y hasta suele sentir temor por las mismas palabras. La moral que esconde las

figuras de los cuerpos desnudos; la que prohíbe los cromos fisiológicos; la que falsea y miente hasta para hablar de las funciones genésicas de que la humanidad es producto, no es ni puede ser moral contemporánea.

La única forma moderna de educar á los hombres es ponerlos en directo contacto con la vida, en medio de todas las miserias y de todas las grandezas, para que el alma se temple y que el hombre sepa que no todo es perverso como la risa de Yago ó ensoñador y amante como la mirada de Julieta.

Es preciso que los hombres aprendan á amar y á odiar, que se instruyan en el uso del arma que destroza ó el bálsamo que cura.

Se ha dicho que no puede haber escuelas para periodistas, y esto es cierto; en cambio son los periodistas los que orientan á las escuelas.

Veamos por qué y cómo:

El editorialista.—Es la cabeza principal del periódico, es el que pretende dirigir la opinión del lector, es el encargado de llevar el convencimiento al público de que sus ideas, sus hombres ó sus empresas son las más nobles, las más altas, las más desinteresadas y hasta las más patrióticas.

Naturalmente, el escritor de editoriales es el más sospechoso de insinceridad, le está encomendada la misión de defender los intereses de un partido, que suelen ser sus propios intereses económicos, y que sirve á la vez de defensa á los accio-

nistas de la empresa editora, de los redactores y de los individuos que integran al partido.

La habilidad del editorialista debe consistir en hacer que penetren en el criterio de los lectores sus razones, sus ambiciones y sus conveniencias, pero sin apartarse de los tres grandes principios que en las sociedades modernas son la base eficiente y real de todo progreso: *Verdad, Justicia y Ley.*

La Verdad, como las estrellas, ilumina entre sombras.

La Verdad es puñal y es bálsamo; mata la hipocresía, pero cura las heridas del alma. La Verdad es implacable: hiere, deslumbra, incendia, destruye, y á la vez forma, organiza, crea.

La Verdad es iconoclasta, porque desmorona los falsos dioses y pulveriza mentidas grandezas.

La Verdad es artífice, porque esculpe monumentos para honrar al verdadero valer, al verdadero mérito, al verdadero genio.

La Verdad es de todos y puede con todos alternar y con todos vivir en el cortijo humilde y el señorial palacio.

La Verdad es buena, porque es equitativa, porque da á cada quien lo suyo, porque cuando todo ha sido falseado, alterado, mixtificado, ella rectifica, completa, naturaliza.

Nada resiste á la Verdad: es inútil que vistáis á la farándula con uniformes y blasones; siempre descubriremos la librea de los lacayos bajo los

trajes de guardarropía; es inútil que con ricos atavíos miréis llegar hasta vosotros á emisarios solemnes vestidos de caballeros, hinchado el vientre, rosadas las mejillas, cubiertos de pedrerías, de paños finos y lustrosas pieles; en sus fingidos gestos y sus hipócritas palabras descubriréis que mienten, que no son sino personajes bastardos, que no son sino esclavos con ropa de señores á quienes la Verdad azota, fustiga y mantiene á distancia, porque para la Verdad ni la doblez ni la simulación han tenido poderío.

La Verdad no es una; la Verdad es múltiple, poliforme y policroma; pero cada hombre lleva en su propia conciencia una sola gran Verdad como transparente cristal, á cuyo través debe contemplar al mundo, para reflejarlo en sus artículos.

Y es así como el editorialista ausculta las palpitations del gran corazón popular, traduciendo todos los sentimientos del pueblo en la expresión serena de las ideas buenas y nobles.

Pero no basta decir la Verdad, es preciso que ésta defienda, sustente y apoye enérgicamente á la Justicia.

La Justicia inspirada por la Verdad; la Justicia desnuda en medio de calles y de plazas; la Justicia con miradas terribles é inefables sonrisas. La Justicia es hermana de la Verdad, tienen un mismo altar, igual religión, idénticos sacerdotes.

Lo justo debe ser cierto, lo cierto debe ser justo.

La Justicia y la Verdad se encuentran enlaza-

das cuando se nace y cuando se muere; suelen separarse en el transcurso de la vida, pero en cada crisis, en cada esfuerzo, en cada conmoción surgen tomadas de la mano bajo el mismo dosel áureo, bajo el mismo cielo azul, con el mismo fuego en los ojos, con la misma sonrisa en los labios, con el mismo resplandor en la frente.

La intriga se resbala como sierpe, la envidia degradante se envuelve con su propia baba, el egoísmo se encierra en un caracol de acero, y todos en maquiavélica armonía laboran por la mentira y la injusticia.

Pero al primer soplo de aire libre, al primer rayo de sol, al primer fuego tempestuoso, intriga, envidia y egoísmo vuelan como hojas secas, haciendo ruido, pero huyendo siempre, porque la Verdad los descubre y la Justicia los condena.

La Ley está hecha por los hombres para regir á los hombres. La Ley es susceptible de todas las flaquezas y de todos los errores; es hija y madre del hombre; nació de él, pero para cuidar á él mismo; todas las virtudes y todos los vicios de la Ley salieron de la cabeza del hombre y esta misma cabeza se reclina confiada en el regazo de la Ley.

Porque era preciso que para la libertad de pensamiento y de acción hubiese un pentagrama, en el que pueda rimarse un vals cadencioso ó un himno guerrero las notas de un epitalamio ó el épico acento de batalla; pero siempre á compás, siempre

sujeto, como en razonamientos matemáticos, á medidas exactas.

Para que la Ley sea majestuosa y respetable, debe inspirarse en la Verdad y la Justicia. El hombre sólo será bueno y digno cuando pueda llevar una ley perfecta á los altares de la Verdad y la Justicia unidas.

La Verdad, la Justicia y la Ley forman un solo estandarte glorioso que, como pabellón tricolor, flota en las cumbres y se agita al soplo de las tormentas, pero conservándose siempre en las alturas como un supremo privilegio celeste.

Cuando los crímenes se asocian y los delitos se hacen solidarios es preciso que la Verdad, la Justicia y la Ley se encuentren estrechamente unidas.

El cronista.—Desde el punto de vista de las ideas en la labor periodística, después del editorial está la crónica; sólo que el cronista es menos doctrinario, menos ceremonioso y más fluido, más artístico.

El cronista es un narrador, sus ideas se subalternan á los hechos y hasta éstos suelen ser esclavizados á la dominadora belleza de la forma.

El cronista de arte tiene un amplísimo campo; otra vez hemos escrito que el arte ha nacido con el mundo (1); y vamos á la cima de los volcanes, y en la cima de los volcanes hay albos copos de

(1) *Por el Arte*, en honor de la artista mexicana Lucila Maldonado.

nieve; y vamos al seno de los mares, y en el seno de los mares hay oleajes bravíos, rojos corales, algas extrañas, ostras perlíferas; y vamos á la sombra de los bosques, y en la sombra de los bosques hay encinas imponentes, pájaros canoros, flores perfumantes; y así hallamos en los volcanes, en los mares, en los bosques, en los pájaros y en las flores, la manifestación espontánea del arte; y arte hay en la fulguración de los ojos, y en la sonrisa de los labios, y en los rizos rubios ó negros ó castaños, y en los acordes de las liras, y en los gorjeos de las gargantas, y en los colores de las paletas; es arte la alegría que se desborda como el bullicioso torrente de un arroyo cristalino; es arte la pena que se desliza por el alma como la punzante caricia de un cierzo frío; es arte la pasión con sus impulsos indomables y sus celos horribles como los del alma de Otelo; es arte el amor con sus plácidas dulzuras, como la adoración de la Virgen de Ávila á la imagen de Jesús; es arte la virtud en la diafanidad de su absoluta pureza, como el esplendor de una alborada; es arte el crimen en la tenebrosidad de sus designios, como un cielo cubierto de nubes negras; la humanidad marcha errante persiguiendo al ideal, y va por todos los mundanos senderos, cabalgando sobre las inquietas nubes de su ensueño, nostálgica ó alegre, desesperada ó escéptica; la humanidad goza en simular la inconsciencia, ama la fantasía, se desprende con gusto de la comodidad burguesa y as-

ciende encantada á la fragilidad lírica; amor, es decir, lágrimas, risas, esperanzas, sobresaltos, decepciones, se reúnen en el ánfora de oro, en el crisol mágico, para fundirse en moldes estéticos ó rítmicos; la vida, el eterno enigma, alentando como hálito misterioso á los seres, puede conducirlos á su veleidoso antojo hacia ignoradas etapas; es por vivir, es viviendo, como las sensaciones artísticas se conciben; así vemos en la sociedad actual el inaudito y anacrónico himeneo de Calipso y Jano resultar fundando una fecunda generación de hipócritas; la una era diosa de la simulación, el otro el de las dos caras; y el arte, en medio de esa familia luzbeliana, ha buscado la nota bella, la expresión hermosa; ha hecho panegiricos al vencedor épico, y cuando más cruel, más rudo, más fuerte, lo presenta más conmovedor y más fiero; ha cantado elegías á la víctima inerme, que cuando más oprimida, más expoliada, más sufriente, aparece más enternecedora y más buena; y es que el arte todo lo consagra; el Salvador es coronado, pero de espinas, en el Gólgota: sublimidad de abnegación; Nerón entona un mal cántico mientras contempla á su pueblo morir bajo los escombros y entre las llamas de Roma incendiada: sublimidad del crimen; lo humanamente factible es lo sencillamente vulgar; lo ecuánime está en la mayoría, en lo general, en lo equilibrado; en el aprisco las bestias obedecen sumisas, tranquilas, unánimes, á la voz de mando; pero en el humano rebaño hay

chispas divinas, anormales, sorprendentes, que surgen en el jardín de las frivolidades como flores exóticas, para deleite y admiración de los otros; así comprendemos el arte en su definición empírica, pero en sus manifestaciones reales es polífono y policromo, la inspiración lo guía y lo transforma y lo evoluciona, adaptándolo á la condición especial de formas diferentes y de genios distintos; es ético ó es amoral, cambia de tendencias ó de procedimientos, pero provoca sensaciones, y esa es para el arte toda su misión: servirse del dolor con tal que sea trágico; servirse del placer con tal que sea delirante; deformar á condición de que sea á proporción métrica; el arte puede revolucionar las sensaciones sin salirse del campo de la estética; escultura, arquitectura, pintura, poesía, música, son las manifestaciones clásicas del arte.

Por eso el campo del cronista es inmenso y su cultivo muy variado, y así como el editorialista educa la razón por la constante gimnasia á que la somete, el cronista puede ser un perfecto educador del gusto artístico.

El repórter.—Al reporterismo pocas gentes le dan toda la importancia que tiene, y sin embargo, puede influir de manera decisiva en las cuestiones más trascendentales.

El noticiero tiene en sus manos el honor de muchas familias, la solución de muchos conflictos políticos y hasta la gloria de muchos hombres.

La influencia del noticiero en la moral pública

es indiscutible. Hemos observado que si un día se anuncia el escandaloso raptó de una bella joven de diez y seis años por un audaz doncel de veinte, el caso suele repetirse varias veces durante una misma semana; si se trata de un suicidio romántico, durante varios días se pone en moda suicidarse; si ocurre un divorcio ruidoso, muchos otros van tras el primero, y hasta el robo y el asesinato, cuando han merecido los honores y las fantasías de las letras de molde, suelen ser contagiosos.

¡Cuántas veces las pequeñas noticias reiteradas sobre el discurso, la conferencia ó el libro de un escritor, forman el decisivo prestigio de éste, para ser tomado en consideración y hasta para cubrirlo de laureles y gloria!

En otras ocasiones, las constantes pequeñas notas malafamando á un funcionario ó á una persona cualquiera, acaban por hacer de él un ser despreciable ante el concepto de la sociedad en que vive.

El noticiario, humilde y con frecuencia ignorante, suele tener fuerza para empequeñecer á los grandes y agigantar á los pigmeos.

El noticierismo político no obedece generalmente sino á las pasiones de partido cuando no es á repugnantes odios personales.

La información de policía cuando no es interesada suele ser obscena, y aun á veces elemento utilísimo para el *chantage*.

Por lo tanto, la nota política como la crimina-

lista, pueden ser magníficos elementos para la educación de las masas, la primera ilustrándonos sobre la rectitud, la seriedad, el tacto y los conocimientos de un *leader* ó sobre sus flaquezas, sus desfallecimientos, sus ruindades, sus avaricias, haciéndonos así la semblanza real de los hombres á cuyas manos hemos confiado nuestros destinos; la segunda, penetrando en la mansión sombría de los presidios, puede descubrir con sus escrutadoras miradas el por qué de muchos delitos y hasta los remedios probables para prevenir oportunamente nefandos crímenes.

Cuando se ha hablado de una Escuela para periodistas, se nos ocurre que sólo podría utilizarse para instruir al noticiero, y pensamos que esta Escuela llegaría á ser una especie de Academia Normal, preparadora de maestros populares, de maestros cuyas lecciones serían recibidas por miles de discípulos desconocidos, que se instruirían sin sospecharlo siquiera.

Cada noticia puede tener su moraleja, y en la forma de presentar un escandaloso sucedido ó un crimen inaudito, puede ponerse una dosis asimilable de moral que modifique las malas costumbres, que popularice el conocimiento de las leyes penales ó civiles, que ponga los datos topográficos y aun geográficos al alcance de las inteligencias rudimentarias.

El noticiero puede ser un buen consejero ó un perverso corruptor; educarle sería tanto como do-

tar á la sociedad de un poderoso elemento de civilización y de progreso.

Solemos exigir la pureza de alimentos que dan vida á nuestro organismo, protestando contra las falsificaciones que pudieran envenenarlos, y solemos, sin embargo, llevar á nuestros hogares sin la menor precaución periódicos verdaderos portadores de gérmenes patógenos, que infectan los espíritus, malean la moral, corrompen las conciencias y debilitan el carácter.

Así como pedimos al comerciante que la leche y el pan, la manteca y el vino, no estén preparados con substancias nocivas, deberíamos exigir á los editores que sus periódicos no estuvieran redactados por seres inmorales ó por tontos, incapaces de medir las graves consecuencias de informaciones perversas, que afecten á la honra de los hombres, á la moral de la sociedad ó á la paz pública.

El informador gráfico.—Las ilustraciones de periódicos son tan atrayentes, que no hay publicación moderna que deje de emplearlas; cotidianos y hebdomadarios, pero especialmente revistas y magazines, distribuyen equitativamente sus páginas entre el texto y las ilustraciones, y aun algunos dando preferencia á estas últimas.

Este es un gran recurso para la instrucción popular: los datos geográficos en forma objetiva, la historia por medio de retratos, las ciencias naturales dándonos á conocer los ejemplares raros y hasta

las industrias, con la exhibición de modernas maquinarias ó inventos perfeccionados.

Las mismas instantáneas de actualidad son muy instructivas, porque fijan y precisan los hechos que la pluma suele alterar, y son así documentos vivos de actos y solemnidades que el interés bastardea en los escritos, pero no pueden modificarse en la vista tomada del natural.

El caricaturista. -- Las ideas que no pueden condensarse en un editorial por extenso que sea, las ideas que no pueden tener una clara traducción en palabras, adquieren en los perfiles del caricaturista vida completa.

El caricaturista, con una figura hace una biografía; con cuatro rasgos hábilmente combinados, copia un momento histórico sin la estudiada *pose* de la fotografía.

El caricaturista tiene el cargo de bufón en la corte periodística; pero como buen y fino bufón debe hacer sonreír no con simples banalidades, sino con gestos que seduzcan, con muecas que al mismo tiempo que causan hilaridad ahondan una idea ó formulan una crítica intensa, de las que penetran como afilado puñal y desgarran y sangran y matan sin ruido, sin escándalo.

El caricaturista no sólo debe ser un hábil dibujante, necesita ser hombre de ingenio, de instrucción y de pasiones; un trazador sin inteligencia, sin cultura y sin impulsos, haría el efecto de un payaso de feria gesticulando en el centro de una

plaza, sin que una sola de sus sandeces divierta á los noveleros campesinos, que le arrojan las monedas de cobre más bien por lástima que por recompensa, más como quien hace una limosna que como quien paga una labor.

Todo lo que es penetrante y sugestivo educa; la caricatura aguza al ingenio, despierta la perspicacia, pero sobre todo educa por medio de la sonrisa, que no es sino el reflejo del buen humor; alentar la alegría de vivir, hacer la vida dichosa debe ser el triunfo más grande de la educación.

* * *

Si se pudiera alejar del periódico la insania de pasiones viles, bastardas ambiciones y espíritus de bajo mercantilismo, que aplebeyan su categoría y hacen mezquina su labor, ningún otro agente sería más eficaz, más activo y más barato que el periódico para la educación popular.

Saluda todas las mañanas, fresco aún de tinta, á sus lectores, y lleva con los «buenos días» ideas nuevas, hechos nuevos, promesas nuevas ó tal vez todo viejo, pero estrenando formas distintas, y al cabo de repetir diez veces, cien veces, mil veces un consejo, éste forma opinión, hace escuela, conquista prosélitos, predicadores y maestros, hasta que domina, subyuga y vence.

Timón, el célebre crítico francés, dijo: «Desde el punto de vista de las ficciones constitucionales,

la prensa no es un poder, pero desde el punto de vista de la verdadera realidad, la prensa es el primero de los poderes. La civilización ha cambiado de rumbo: la espada ha dejado de ser la soberana y única señora de los imperios. La elocuencia y la prensa van sometiendo por momentos á Europa. Los oradores y los escritores son los reyes de la inteligencia, y la inteligencia concluirá por gobernar al mundo.»

¡Gobernantes y gobernados, dignificad al periódico, ennoblecedlo, respetadlo, cuidad de él!

El periódico puede ser para el pueblo un antro obscuro y vertiginoso ó una cima blanca y fulgente, donde los cóndores enamorados del cielo batan sus poderosas alas.

*(Conferencia en la Sociedad Mexicana
de Geografía y Estadística.)*

La educación por el juego y los juguetes

Nadie discute ya entre las gentes cultas la conveniencia de que los niños jueguen y el interés esencialísimo que el juego y los juguetes tienen en la educación infantil.

Naturalmente que nosotros nos rebelamos contra el uso de juguetes sistemados y de juegos artificialmente dispuestos para convertir el entretenimiento libre en una enseñanza disciplinada y hacer del recreo natural una prisión de métodos educativos.

Somos francos adversarios de los que han hecho de las ideas froebelianas una especie de culto que necesita para su función de sacerdotisas especialmente instruidas en las doctrinas y en los mecanismos del credo y que se están denominando profesoras de Kindergarten ó maestras para jardines de niños.

Creemos que cuando al juego se le quita la libertad, sus ventajas desaparecen inmediatamente.

La educación por los juguetes debe ser prepa-

rada por los padres, los maestros y hasta los gobernantes, pero no por el trillado camino de la legislación escolar, por el precepto ó fórmula doctrinal, sino indirectamente impulsando la vulgarización de juegos que eduquen y estimulando la construcción de juguetes bellos y baratos.

Si está comprobado que los juegos ejercen una poderosa influencia en la educación física de los niños, no debemos estar menos convencidos de que los juguetes favorecen eficazmente el desarrollo de la inteligencia.

Mirando jugar á los niños podemos cerciorarnos de que la previsión, la energía, la decisión, las concepciones rápidas, el carácter, en fin, son vivamente ejercitados en los recreos infantiles.

Es cierto que los juegos de los niños no suelen ser sino una imitación de los adultos con quienes viven; los juegos no son sino el reflejo de las costumbres domésticas, sociales y nacionales.

Paseando en las tardes por el jardín de las Tullerías de París, observamos á los niños franceses jugando á los soldados y haciendo desfilas bajo la fresca sombra de los árboles batallones de infantería, regimientos de caballería y escuadrones de artilleros; llevaban fusiles de madera, caballos de cartón y cañones de hojalata, pero el aspecto del conjunto era hermoso, marchaban los niños con aire marcial, rectos los cuerpos, las frentes levantadas; aquel pequeño ejército infantil se sentía con los bríos de la guardia napoleónica y añora-

ban las palmas inmarcesibles de Magenta y Austerlitz.

En el Central Park de Nueva York gustamos de muy diversos espectáculos viendo jugar á los niños yanquis: sobre rieles de latón marchaba una locomotora veloz; bajo un florido enramado, dos niños araban la tierra, mientras otros dos, con herramientas para madera, construían afanosos un palacio diminuto; en el lago, niñas y niños hacían evolucionar una verdadera escuadra de vaporcitos alegremente empavesados con banderas del país; sobre la carretera otros chicuelos rubios y fuertes impulsaban máquinas y automóviles y en las llanuras los jóvenes y las señoritas jugaban al *tennis* y *base-ball*.

En nuestro hermoso paseo de la Alameda hemos aprovechado momentos deliciosos mirando jugar á los niños de nuestro país: todos sabemos que el juego más divertido entre los niños mexicanos es el de corridas de toros; un mestizo mofletudo y brusco hace de toro y embiste con decisión y bazarria, fielmente copiadas á las bestias salvajes, mientras los toreros, ágiles y ligeros para la carrera, saben escaparse de los golpes brutales con giros y saltos propios de los veteranos del toreo; entre ellos hay banderilleros de arrojo y matadores de serenidad y destreza consumadas y hasta algunos que desempeñan el resignado papel de caballos para los picadores y de mulas para el arrastre de las reses muertas.

En los aparadores de las jugueterías francesas predominan los juguetes militares: cornetas, tambores, soldados de todos tamaños, espadas, rifles y cañones.

En las jugueterías norteamericanas hay mayor número de arados, palas, hoces, zapapicos, sierras, martillos, máquinas de vapor y un surtido enorme de motores.

Estos detalles bastarán para formarse un juicio exacto de que los juegos infantiles no son en realidad sino la copia ó la caricatura de las acciones de los grandes.

¿Quién discute que en México somos un pueblo de tristes?

Los que hemos viajado por el extranjero, hemos podido hacer observaciones en más grande escala sobre nuestra singular pobreza de diversiones; pero aquí mismo, en la República, contrastan nuestras monótonas aficiones ante la bulliciosa algarabía de los extranjeros celebrando sus fiestas peculiares, y solemos divertirnos, á pesar nuestro, en las espléndidas fiestas de Covadonga que los españoles organizan ó en los suntuosos festivales con que los franceses conmemoran anualmente la toma de la Bastilla el 14 de Julio.

En cambio es original la feria mexicana de Noviembre: en la extensión de un kilómetro instalamos una larga serie de mal construidas barracas, donde se venden por cientos y hasta por millares esqueletos de cartón, calaveras de jalea, «muerti-

tos» y «muertotes», carrozas fúnebres de tercera clase, mausoleos para difuntos ricos y ventrudos cadáveres de pasta de almendra rellenos de chocolate.

Es seguramente un gran progreso que ya podamos censurar estas cosas descaradamente sin temor de herir la susceptibilidad nacional.

Cuando en el mundo entero se persigue mejorar las costumbres y embellecer la vida, es oportuno que empecemos á hablar en voz alta de la urgente destrucción, á que es menester procedamos, de viejas costumbres, tradiciones ridículas y hábitos degradantes.

Enseñarles á los niños á comer muertos, aunque éstos sean de pasta de almendra azucarada, no es realmente una afición digna de estímulo.

No podemos suprimir á los niños taurómacos mientras los grandes empeñen su abrigo ó vendan su reloj para ver matar toros á Reverte y á Gaona.

Está bien, sepamos llevar ligeramente esta carga; pero ¿no podemos ir poniendo en las manos de los niños juguetes bien presentados, armoniosos y estéticos?

El escritor francés Marcel Braunschving escribe á este respecto: «No olvidamos que el juego tiene por misión desarrollar en el niño la fuerza corporal, la agilidad física y la destreza manual, así como cultivar su inteligencia, su sensibilidad general y su voluntad»; pero principalmente el señor Brunschving cree que los juguetes contribuyen ante

todo para la educación estética de los niños y exige que por la elegancia de sus formas inculquen la noción de la belleza, y por lo sugestivo de su aspecto despierten en la imaginación del niño un miraje poético.

Es claro, pues, que si la psicología del juguete persigue una educación artística, no deben ponerse en manos de los niños figuras de monstruos, de enanos, de jorobados, de chatos repugnantes ó de negros contrahechos, de mendigos cubiertos de llagas, de sacerdotes en actitud deshonesta sobre vasos de noche como nuestros alfareros de Guadalupe envían al mercado de las más concurridas ferias del país.

Habiendo tanto bello que imitar, copiar ó reproducir, es imperdonable el afán de cultivar el gusto por los objetos feos, ridículos ó repugnantes.

El canto y la música comienzan á ser en las escuelas poderosos elementos de educación, que pronto transformarán el gusto de nuestro pueblo perfeccionando sus sentimientos y encauzando diestramente su instinto hacia más elevados pensamientos y más cultas inclinaciones.

Fomentemos también el gusto por los juegos y los juguetes; que las muñecas no sean bizcas, ni tuertas, ni jorobadas, sino de cuerpos armoniosos, mejillas rosadas y ojos perfectos; que las «piñatas» no sean cabezas de fiera, sino maceteros de rosas; que nuestros dulces sean de figuras artísticas en lugar de lúgubres «muertitos».

Es bueno enseñar á nuestros niños la alegría de vivir, la sana y buena alegría que ya grandes les proporcione facilidad para encontrar en sí mismos fértiles recursos de bienestar.

La preparación técnica, para bastarse en la ruda competencia por el pan, es indispensable, pero no es menos interesante saber educar el espíritu para la conquista de la dicha, que no es otra cosa sino la habilidad bastante para saber ahuyentar de nosotros el temor, el deseo, la envidia, la malevolencia, la avaricia, la malicia, la intemperancia que se suman para formar la tristeza de los hombres.

La simplicidad en nuestros gustos nos excluye que sean delicados y finos, y una de las condiciones para ser feliz, no es precisamente la resignación, que es cualidad de débil, sino el embellecimiento de lo que se posee, que es aptitud de creador y de fuerte.

Epicuro dijo: «El hombre que no se contenta con poco, con nada está satisfecho», y Epicteto no quiere que empeoremos nuestras desgracias aflijiéndonos por ellas. «Debo morir—dice—; mas ¿debo morir en la tristeza? Debo ser reducido á prisión; mas ¿debo llorar por ello? Debo ser destruido; pero ¿se me puede impedir que vaya al destierro con alegría y satisfacción?» «Es que os aprehenderé.» «¿Qué decís? ¡Oh hombre! puedes aprehender mi cuerpo, mas no mi alma; ésta no la puede subyugar ni el mismo Júpiter.»

John Lubbok, en su amable libro *La dicha de la vida*, se expresa así: «Leemos y admiramos á los héroes de la antigüedad; pero cada uno de nosotros debe librar las batallas de Maratón y de las Termópilas; cada cual halla la esfinge sentada al borde del camino por que ha de pasar; á cada cual, como á Hércules, se le propone la elección entre la virtud y el vicio; somos libres, lo mismo que Paris, de dar la manzana de la vida á Venus, á Juno ó á Minerva.»

Pero es preciso dar á las almas de los niños, no sólo todas las fortalezas para resistir á las tentaciones, sino saber prepararles tan dulce optimismo, que les sepa menos desagradable lo amargo que se vean forzados á probar.

Mientras podamos proporcionar alegrías, evitaremos penas y nadie nos obliga á repicar las campanas de nuestra torre, con lentos y quejumbrosos sonos, si podemos hacer que la alegría cascabelee y la risa bienhechora brote y corra como arroyo cristalino.

Haced que rían y canten los niños, dejad que en los parques correteen libremente como las liebres en los bosques.

Cuando llevéis de la mano los niños al jardín, que no sea para contarles sus pasos, limitar sus saltos y cuidar melindrosamente la limpieza de sus trajecitos bordados ó el charol de sus botas nuevas.

Dejad que griten, que charlen y que rían, dejad que su vocerío aturda la pesada somnolencia de los

misántropos; tanto peor para éstos si no saben que la alegría de los niños es más digna de respeto que la nostalgia de los anacoretas.

Si queremos sanear la humanidad de muchos desfallecimientos incomprensibles, y de muchas debilidades dolorosas, y de muchas vacilaciones enfermizas, enseñemos á jugar á los niños; eduquemos en la edad infantil el gusto por los entretenimientos poco complicados que se improvisan junto á los floridos ramajes de los jardines, como bajo los faunos de bronce y los ennegrecidos pedestales de los monumentos que decoran jardines y plazas.

Que crezcan riendo los niños; así se habituarán á ver el camino fácil y color de rosa el porvenir.

En cada edad debe distribuirse el empleo del tiempo de manera que rinda el mayor provecho posible, y el organismo se encarga de exigirlo así.

En la edad escolar los juegos entretienen sobre todo las manos y los pies; en la juventud son los sentimientos, es el corazón el que predomina, y en la edad madura el pensamiento se sobrepone y absorbe la mayor parte del tiempo y la mayor cantidad de energía del hombre.

Es preciso, pues, permitir que los niños corran y rían, desarrollen sus músculos con movimientos sueltos y al aire libre; que los jóvenes dancen en los salones, canten al pie de las rejas, reciten versos eróticos, narren cuentos románticos y ocupen mucha parte de su tiempo en soñar y en amar; y que los hombres maduros hagan invadir su cavi-

loso espíritu con pensamientos profundos y embarquen, en la soledad de las bibliotecas, con la grata compañía de sus lecturas preferidas.

La historia de la humanidad está ahí: en el juego del niño, la canción del joven, la meditación del viejo; como las estaciones de la vida, tiene sus frutos peculiares: la infancia requiere el bullicio y la despreocupación, la juventud el entusiasmo y el amor, y la vejez la experiencia y la sabiduría.

Todos hemos lamentado cuando la infancia pasó no haberle dedicado todo el tiempo que imperiosamente nos exigía, y recordamos con tristeza aquellas reclusiones dentro de los muros de nuestra casa, cuando forzados á tener un libro entre las manos, nuestros ojos están fijos en la verde pradera, en el jardín lejano, en la riente algazara de los chicuelos del arroyo. Lamentamos esas horas robadas al goce infantil, como saboreamos la amargura distante por desdenes ya olvidados de nuestras novias pasadas.

El niño que no juega se siente pronto hombre y el joven que no se divierte se siente pronto viejo.

José Santos Chocano, en un íntimo y hondo lamento, ha escrito esta estrofa:

Yo no jugué de niño; por eso siempre escondo
ardores que estimulo con paternal cariño;
nadie comprende, nadie, lo viejo que en el fondo
tiene que ser un hombre que no jugó de niño.

*
* *

Si los padres y los maestros tienen el deber, y saben frecuentemente cumplirlo, de procurar entretenimiento y diversión á los niños, los gobiernos, por su parte, deberían preocuparse por que estos esparcimientos infantiles se faciliten.

En París hace algunos años se estableció la costumbre de celebrar anualmente concursos entre los fabricantes de juguetes con premios para los autores de las más ingeniosas invenciones, lo que además de fomentar el buen gusto entre los niños impulsa la pequeña industria.

Digna de imitación es esa idea, y en repetidas ocasiones hemos iniciado la conveniencia de que en las escuelas primarias los profesores de Trabajos Manuales establezcan concursos entre sus discípulos, y es seguro que, discretamente dirigidos, los ingeniosos niños serían habilísimos fabricantes de juguetes; tal vez así se sabría cuál es la verdadera afición de los niños; quizá se descubriesen aptitudes no sospechadas, talentos ignorados.

Nuestro pueblo tiene que principiar por aprender á divertirse, para llegar á la conquista del título de culto, pues la afición por el juego es justamente la demostración de que un pueblo salvaje ha dejado de serlo.

Fomentemos el gusto por los juegos y por que los juegos sean de buen gusto.

Extensión universitaria

Los pantalones.—El señor gobernador del distrito acaba de realizar dos obras meritísimas de educación.

Se ha hecho obligatorio el uso de pantalones en la ciudad de México y se han establecido cinematógrafos populares en los suburbios de la capital.

No cabe duda que para el uso de los pantalones no faltaba sino la exigencia administrativa, la vigilancia policiaca; ya es una prenda barata, fácil de obtener, y no hay un solo ciudadano que carezca de los recursos necesarios para la adquisición de esta indispensable prenda de vestir.

Y eleva mucho la cultura general la exigencia gubernativa de vestir decorosamente; se hace comprender así al pueblo que la mejor presentación y el mejor aspecto dignifican al hombre, y es claro que cuando los hombres necesitan pantalones para circular por las elegantes y transitadas avenidas de nuestra metrópoli, las mujeres indias, envueltas en su *chincuetle*, que van mostrando el busto hasta cerca de la cintura y las piernas hasta

arriba de los tobillos, serán obligadas igualmente á no exhibir sus carnes desnudas por las calles y hasta por los paseos de la ciudad.

Los pantalones son, pues, un principio de redención obligatoria, y casi todas las redenciones necesitan hacerse por fuerza, y á pesar de los mismos redimidos. Es sabido que son los mismos hombres los que han crucificado á sus redentores, quemado á sus profetas, vapuleado y herido á sus maestros.

Reciba el señor gobernador todas las punzantes sátiras y todas las murmuraciones burlescas del momento; si su propósito es redentor, mañana habrá de estimar la sociedad debidamente los esfuerzos de obligada cultura que está imponiendo al pueblo.

Los iniciadores de la Extensión universitaria en Europa persiguen, naturalmente, el aumento de la cultura general, la difusión de los buenos sentimientos, pero el nivel de su programa parte de una base más elevada; ya no se hace menester vestir á los desnudos ni bañar á los astrosos; otra es su misión, y por ende otros también son sus programas; la Extensión universitaria entre nosotros tiene que arrancar desde muy abajo, tiene que comenzar de un nivel muy inferior, y el primer paso lo ha dado el señor gobernador del distrito.

¿Cómo vamos á cultivar la inteligencia y el sentimiento? ¿Cómo vamos á enseñar los derechos del ciudadano, los derechos del obrero, las leyes

de defensa social á ciudadanos que todavía no han aprendido la más elemental obligación de cubrir sus cuerpos desnudos?

Sean bien venidos los pantalones, que ellos signifiquen el comienzo de nuestra tarea de Extensión universitaria.

Los cinematógrafos populares.—En todas las grandes plazas de la ciudad, el señor gobernador del distrito ha dispuesto que se instalen cinematógrafos populares.

La iniciativa, se ha dicho, es magnífica por el entretenimiento del pueblo en sus ratos de ocio, contemplando las variadas y pintorescas escenas cinematográficas, que los quita de otras más perjudiciales diversiones, los aleja de vicios y malas artes. Es claro que los explotadores de cines de barrio claman contra los perjuicios que el gobierno ocasiona á su comercio, porque ya no podrán disponer de la contribución que esos hombres dan á su establecimiento. El gobernador ha querido que los centavos destinados á los pantalones queden compensados con las diversiones populares gratuitas.

Pero todo eso es la parte vulgar, la parte plebeya del asunto; hay algo de mayor intensidad, de mayor fuerza; hay algo en esta iniciativa del señor gobernador más trascendental que pueden distinguir bien los que á cuestiones escolares dediquen alguna atención.

El cinematógrafo muestra hermosos paisajes de abruptas serranías, de enhiestos volcanes, de ríos

caudalosos, de mares agitados, de ciudades pobladas, donde circulan carruajes y automóviles y potentados y obreros. Lo bello de la Naturaleza y lo hermoso de la cultura moderna aprenden á gozar con los paisajes notables del suelo y con los prodigiosos adelantos humanos; aprenden á estimar la atractiva belleza de la tierra y del espacio, contemplando el espectáculo de los hombres que en otros países han sabido crear comodidades para la vida culta de las modernas ciudades.

Hasta la circulación por las avenidas puede aprenderse en las vistas del cinematógrafo; todos hemos protestado muchas veces contra el sistema de circulación que hay entre nosotros, pues en nuestras calles todos van y vienen como quieren, sin que nadie tome la derecha ó la ceda, según la dirección del tránsito.

Entre las proyecciones luminosas hay con frecuencia lecciones objetivas que popularizan industrias: la fabricación del papel, la de tejidos, las plantas de los grandes periódicos con sus modernas máquinas rotativas y sus maravillosos linotipos; los paseos por las negras galerías de las minas; los viajes submarinos; las atrevidas excursiones aéreas, y tantos y tantos espectáculos cultos, industriales, deportivos y amenos que se exhiben en estas vistas amplian los horizontes del hombre, dilatando el alcance de sus miradas alejándolo de sus obscuras habitaciones, de sus tristes cuartos, de sus pobres viviendas, y allí gozan mi-

rando salir el sol tras montes lejanos y agitarse la vida en distantes y exóticas poblaciones.

Es claro que hay «vistas» nocivas: las habilidades de rateros, por ejemplo, la destreza de los criminales audaces que escalan los palacios, sustraen la vajilla y roban las alhajas casi delante de los interesados, sin que amos, ni criados, ni policías los sorprendan, y cuando son descubiertos no pueden ser aprehendidos por los más hábiles guardianes del orden público ni los más inteligentes detectives; nocivas son igualmente las «vistas» de ladrones de niños y los espectáculos de criminales, y hasta pueden considerarse también nocivas las «vistas» de amor cuando elevan y estimulan el adulterio.

Pero los cuentos amorosos de los cines suelen ser muy educativos y sus películas sugestivas enseñan á los hombres del pueblo finos modales y gestos correctos, á tratar con finura á las damas, á respetar el pudor de las mujeres, á tener gestos nobles de hombres civilizados ante las delicadezas femeniles.

El señor gobernador del distrito ha puesto dos grandes piedras angulares en nuestra tarea todavía rudimentaria de cultura social; ambas pueden comprenderse en un amplio y eficaz programa de Extensión universitaria, y por esto debemos celebrar la iniciativa del gobernador del distrito, anunciándole, sin embargo, que cuando ha comenzado á dar, vamos á mantenerlo en una constante fatiga

por nuestras innumerables solicitudes en favor de la cultura general.

La conferencia ilustrada.—La tarea debe completarse entrando francamente de lleno en la organización de conferencias populares, atrayentes é instructivas. Es preciso que en nuestros teatros de barrio se den funciones gratis ó á muy bajo precio, donde se asocie la diversión á la enseñanza, salones públicos donde se den conferencias á las madres de familia sobre el cuidado, la higiene y educación de los niños; á los hombres sobre sus deberes y sus derechos de ciudadano; sobre los campos fértiles de trabajo; sobre el progreso de las industrias, asociando estas pláticas educativas á números de música, de canto ó de baile; á muchos parecerá absurdo asociar conferencias de higiene doméstica con los *couplets* ó los tangos de la bailarina *Fulanita*, pero es indudable que si atraemos á los hombres del pueblo, á las familias obreras á estas diversiones que les son gratas, para aprovechar su presencia dándoles lecciones adecuadas para el desarrollo de su instrucción y para fomentar su cultura, habremos realizado una obra de ya urgente conveniencia.

Algo de esto han hecho las asociaciones anti-alcohólicas, pero su programa ha sido muy limitado por falta de elementos; la conferencia ilustrada hace falta, no sólo á las clases humildes, donde la Extensión universitaria muestra su eficacia, sino que es necesaria también en la clase me-

dia intelectual, que para poder concurrir á lecciones serias, á veladas científicas, necesita números de concierto que le hagan ameno el instante dedicado á la inteligencia. La instrucción cívica está muy descuidada entre nosotros; la mayoría de los habitantes ignoran nuestra organización política, achacando con frecuencia todas las injusticias sociales de la vida económica á los gobernantes; los pobres atribuyen sus penas, todas las aficciones de su triste situación, á los hombres que gobiernan, y muchas veces, ignorando la organización de los poderes, la legislación democrática que establece tres fuerzas gubernamentales armónicamente combinadas, legislativo, judicial y ejecutivo, atribuyen las tristezas y las penas de su malestar social á un solo hombre, al que representa el poder ejecutivo; es necesario ir acostumbrando á los habitantes de un país con régimen democrático á vigilar la elección de sus mandatarios. Muchas de las cosas que pueden corregirse en la vida de los hombres dependen del municipio: por ejemplo, la limpieza de las calles, la seguridad y la higiene de las habitaciones pobres, la escasez del agua, suelen ser únicamente de los resortes del ayuntamiento. Entonces convendrá explicar al pueblo que debe estudiar con atención y esmero á las personas que se elijan para municipales; después viene la elección de diputados, y de ellos puede depender en mucho la distribución de los impuestos que abaraten la vida y faciliten la adquisición de los

artículos de primera necesidad, procurando una equitativa distribución de las cargas públicas, que el Estado cobre más sobre los artículos de lujo y menos sobre las cosas de inmediata aplicación para la subsistencia. Así es como conocerán sus derechos y la manera de ejercitarlos, la dignidad de nuestros hombres del pueblo humilde habrá de levantarse, y es así como el desarrollo de su cultura social comenzará elevándose paralela á su educación política, hasta que llegue el día en que la cultura y la acción de nuestro pueblo estén á la altura de nuestras leyes, hechas, como todo el mundo sabe, para una vida política de un gran nivel moral. Estas conferencias contribuirán mucho para la educación de los ciudadanos, pues sin la verdadera existencia de ésta, la democracia es imposible.

El folleto.—Mucho se ha hablado de la prensa periódica, de la prensa popular, de los periódicos de *á centavo*, y todos hemos convenido en que contribuye mucho para la cultura general y para fomentar el gusto por la letra impresa; pero el periódico es principalmente buscado por la noticia del momento, por el suceso del día que se lee y pasa; rara vez perdura algo del periódico; en general muere el mismo día en que nace todo concepto que por el periódico se adquiere.

Si el libro es caro y por su naturaleza poco atractivo para los más, el folleto, en cambio, puede llenar esa ingente necesidad de propagar y conservar doctrinas. El célebre Cormenin escribía á

este respecto estas pintorescas frases: «Adonde el libro no penetra nunca, llega el periódico, y adonde el periódico no llega, circula el folleto. Corre, sube la escalera de los palacios, se encarama en las buhardillas; entra sin oposición por debajo de las puertas de las chozas y de las cabañas ahumadas. Tiendas portátiles, talleres, puertas, hogares, veladores, taburetes, por dondequiera se encuentra. Soldados, aldeanos, ricos, pobres, señores, artesanos, letrados y no letrados, viejos, jóvenes, hombres y mujeres de cualquier opinión y estado, lo pasan de mano en mano y lo devoran. En menos de una semana, hojeado, roto, ennegrecido, gastado por el dedo pulgar, ha dado vuelta entera á la patria como un buen artífice.»

Si fomentamos la circulación de folletos escritos en forma amena y sugestiva sobre temas siempre de interés general y que se vendan á precios ínfimos para que puedan comprarlos hasta los más humildes, las ideas buenas se harán populares y el gusto por las ciencias y las artes se extenderá.

El aviso ilustrado.—Los carteles con avisos comerciales educan tanto el gusto como lo malean y perjudican, según que sean bellos ó deformes, artísticos ó ridículos.

Hace tiempo que el público comenta la existencia de letreros comerciales de nombres de tiendas con disparates ortográficos; pero los dibujos y pinturas de algunos establecimientos son aún de peor efecto. Los bellos carteles ilustrados que se fijan en

las esquinas, son, sin embargo, un gran elemento de educación colectiva y simultánea que conviene estimular.

Los profesores de dibujo y de composición decorativa de París nos han dicho: «París es un libro abierto; enseña por todas partes.»

En efecto, las fachadas de los almacenes, los rótulos de los cafés, los avisos de teatros, carreras y exposiciones, lucen bellezas artísticas por las figuras escogidas y los delicados coloridos, que proporcionan á los habitantes modelos capaces de educar las aficiones y aun de orientarlas y renovarlas á medida que el progreso hace evolucionar el arte.

Persigamos á los rótulos deformes, á las muestras ridículas, y alentemos á los dibujantes y pintores para producir anuncios industriales artísticos.

Á los comerciantes y á los industriales debemos facilitarles la obra de propaganda de sus artículos cuando la hagan en forma de carteles ilustrados, de vistas hermosas, de bellas figuras.

La principal ambición de los hombres es hacer buena la existencia; fomentemos todo aquello que favorezca esta justa aspiración social.

La Extensión universitaria no debe perseguir solamente instruir y educar, sino llevar al espíritu el convencimiento de que la cultura hace más grata la existencia.

La influencia francesa en la educación nacional

La Asociación Internacional de Hombres de Ciencia, cuyo V aniversario mexicano celebramos hoy, surgió á la vida como una natural aspiración de las generaciones cultas hacia la solidaridad universal, establecida por los estrechos vínculos que á través de los mares y los continentes ligan á los hombres que á las especulaciones intelectuales han dedicado su existencia.

Entre los pueblos todos de la tierra ha habido siempre inevitables conflictos, la eterna lucha de los fuertes contra los débiles, las conquistas territoriales, el expansionismo, la colonización forzada, todo lo que podía ejercitarse por medio de las armas en la cruel lucha de hombres contra hombres.

Cuando la plaga de la guerra llegó á ser temida por todos, porque á todos perjudicaba, empezó igualmente para los pueblos una nueva forma de competencia, un nuevo motivo de rivalidades: la guerra económica, la producción. Empezaron las naciones por mejorar sus cultivos ó perfeccionar

las industrias, y la formación de obreros competentes preocupa tanto á los gobiernos como tener soldados aguerridos, porque para las guerras modernas se necesita, ante todo, dinero, y éste es solamente obtenido por las industrias y el comercio.

Pero siempre se trata de luchas, de combates, ya sea por medio de las balas mortíferas ó de las tarifas ruinosas, el interés y la ambición, el egoísmo y el lucro, imponiéndose en el ánimo de las colectividades, separando á los pueblos, sembrando odio en los hombres.

Entonces aquellos que abnegadamente se dedican á las ciencias, se sienten asociados en sus bibliotecas, en sus laboratorios, en sus cátedras. El naturalista, analizando y observando todo lo que vive sobre el planeta, sobre todo el planeta, sin distinción de países ni de razas, en el caliginoso desierto africano, la glacial zona polar ó el enhies-to volcán americano.

El matemático desarrolla sus fórmulas, aplica sus tablas y sus ecuaciones son útiles para todos los pueblos, y así los sabios cosmólogos, biólogos ó sociólogos, los que estudian en su conjunto á los mundos solares, los que investigan la vida de los seres, los que sintetizan las relaciones colectivas de las humanidades, se encuentran juntos á pesar de la distancia y de los idiomas. Entonces aparece la Alianza Científica Universal en su preciso y oportuno momento.

Preguntaban á Diógenes ciudadano de qué país

era, y el célebre filósofo respondió: «Soy ciudadano del mundo.»

Los hombres de ciencia son, como el filósofo de Lacedemonia, ciudadanos del mundo.

Los hombres de ciencia no pueden sujetar la extensión de sus miradas escrutadoras á horizontes limitados, á fronteras estrechas; las minúsculas partículas del radio, fulgurando en el laboratorio de la Sorbona, se desprendieron de las manos de los esposos Curie para irradiar por todo el orbe.

Las ciencias no pueden desarrollarse aisladamente, unas y otras se completan; está dicho que no existe una ciencia social, sino las ciencias sociales, y es así como el historiador y el geógrafo se unen; el matemático y el mecánico van juntos, y antropólogos y fisiólogos y biólogos no se separan; cada uno labora en una ciencia social y todos juntos hacen la sociología de un pueblo; pero unidos los hombres de ciencia de todos los pueblos formarán la sociología universal.

La Asociación Internacional de Hombres de Ciencia persigue este propósito: unir por la fecunda tarea del estudio á los hombres de todo el Universo. En Europa, la obra ha sido cumplida; en México se han venido haciendo esfuerzos cada vez más enérgicos, cada vez más continuados, cada vez más intensos, para establecer un núcleo laborante, una especie de celdilla científica que dará origen, debemos esperarlo así, á un cuerpo fuerte y armónico, capaz de extender sus brazos abiertos

como dos alas poderosas, para que teniendo aquí su hogar, vuele satisfecho por todos los ámbitos de la tierra.

Ciudadanos del mundo, los socios de la Alianza Científica Universal, no conocen fronteras ni distinguen razas, ni agitan banderines: viven para la vida en el país de la ciencia.

Es por eso por lo que este Comité Mexicano dedica su solemne sesión de aniversario á honrar la memoria de un sabio extranjero, que siendo gloria de otro país, el Comité Mexicano le conceptúa también gloria suya.

Sólo que para el Comité Mexicano, además de ser sabio, Henry Poincaré era francés, y decir francés para los intelectuales mexicanos es lo mismo que decir inspirador y maestro; toda nuestra tradición intelectual, toda nuestra cultura literaria, toda nuestra iniciación filosófica viene de Francia.

La madre España hizo en el nativo pueblo americano un nuevo pueblo, que ni es indígena ni es español y que tiene la paciente tenacidad del indio y el impulsivismo del ibero; así se formaron el criollo y el mestizo, que determinaron al pueblo mexicano; el pueblo mexicano, que había aprendido á sufrir estoicamente con su padre el indio; que había aprendido á luchar y á sentir y hablar con su padre español, aprendió á pensar con su padre francés.

Este fenómeno social fué la primera manifestación de intercambio científico entre un país euro-

peo y uno americano; ¿qué mucho, pues, que hoy, cuando el intercambio es universal, tengamos una natural preferencia y una justificada inclinación hacia el pensamiento francés, hacia la ciencia francesa, hacia el ideal francés?

Ley de atracciones, ley de afinidades, es la que decreta en el concepto del Comité Mexicano esta «noche de Poincaré».

Aunque Poincaré no fué hombre de reclamos y de carteles, y en esto vivió fuera de su época, todos saben la colosal obra realizada en tan breve espacio de tiempo por un hombre que no llegó á los cincuenta y ocho años y que á esa edad había ya asombrado al mundo con sus ecuaciones de la dinámica, la teoría de los torbellinos, las oscilaciones eléctricas, etc.; todos los problemas matemáticos en física general ó en mecánica celeste fueron comprendidos, descubiertos y explicados por este sabio francés, que en la soledad de su gabinete de trabajo «había realizado el milagro—dice un biógrafo—de reconciliar la ciencia y la filosofía».

No es la hora de hacer su panegírico: el que se ha hecho conocer, respetar y admirar por el mundo científico, no ha menester seguramente de alabanzas insignificantes hechas por voces humildes.

Ocasión es esta, sí, de hacer constar una vez más que la escuela francesa sigue siendo nuestra escuela predilecta; de allí que esta «noche de Poincaré» nos sirva para disertar sobre la influencia

de la intelectualidad francesa en nuestra educación nacional.

Desde luego, por las facilidades del idioma, que nos han hecho más asequibles los libros franceses que los de otras naciones.

Así como de Francia aprendimos á formular los derechos del ciudadano, en la pedagogía francesa hemos aprendido los derechos del niño; esos sagrados derechos de la infancia á un sistema mejor, á un sistema nuevo de enseñanza; los derechos del niño á la higiene de su cuerpo y la conservación de su cerebro, los derechos del niño á un pleno desarrollo físico y á una adecuada educación moral, los derechos del niño á tener opinión propia, libre voluntad y libre acción.

Aunque suizo de origen, Juan Jacobo Rousseau era un perfecto francés, y su novela, célebre tratado de educación, *El Emilio*, fué nuestro silabario pedagógico, y tenía que serlo para los que nacíamos apenas á la vida libre, quien escribía en su *Contrato Social*: «El hombre ha nacido libre y en todas partes está entre cadenas», y que el único hábito que quería para su Emilio era el de no contraer hábito ninguno; «más me gustaría—exclamaba—que un niño tuviese cinco pies de altura, que juicio á los ocho años». Fué Rousseau el que nos enseñó á tener contacto con la Naturaleza y á comprender la vida tal cual es, sin mixtificaciones y sin farsas. Esa gloria que quieren para ellos los pedagogos ingleses, alemanes y suecos, de haber

iniciado el utilitarismo en el desarrollo físico é intelectual de los niños, ya había sido recomendado por Rousseau antes del Lloyd de Otto Salomón, maestro de la escuela de Naas. La novedad pedagógica moderna de las escuelas al aire libre ya había sido prevista por Rousseau, para quien la mejor escuela era la que estaba debajo de un árbol. El combate actual contra la instrucción libresca ya lo había iniciado Rousseau, que no quería poner en manos de los niños nada que no fuese real; el procedimiento intuitivo, la enseñanza objetiva son previsiones de Rousseau: «Para los niños las cosas, solamente las cosas», y hasta lo que hoy día empieza á ser una modernísima iniciativa, la supresión de la enseñanza de la Historia en las escuelas, la había iniciado Rousseau, que no quería dar á los niños ni cuentos, ni fábulas, ni historias.

Para la educación del niño, desde remotos tiempos hasta la fecha, mucho hemos aprendido de los pedagogos franceses, al grado de serenos familiares Bossuet, Fenelón, Mad. Maintenón, Fleury, del siglo XVII, y Diderot, Rousseau, Condorcet, Lepeletier, del XVIII, y Guizot, Cochin, Barhelemy, Gaultier, Jacotot, Paúl Bert, Ferry, que fué el creador del proyecto de escuela obligatoria, gratuita y laica; Pécaut, Compayre y Compté. Fué también de Francia de donde nos vino la idea de la justicia para el magisterio; desde luego que la educación se convertía en ciencia, ya necesitaba de hombres preparados para aplicarla, y entonces

era urgente dignificar á estos hombres; Guizot, dirigiéndose á los prefectos de Francia, escribía: «Aunque la carrera de la instrucción primaria sea sin esplendor, sus trabajos interesan á la sociedad entera y su profesión participa de la importancia de las funciones públicas. La instrucción primaria universal será en adelante una de las garantías del orden y de la estabilidad social.

«La sociedad—dice más adelante—no puede pagar á aquel que se consagra á ella todo lo que hace en su beneficio... Destinado el maestro á ver pasar su vida en un trabajo monótono, y hasta á encontrar alrededor de él la injusticia ó la ingratitud, se entristecería y sucumbiría tal vez si no pusiese su fuerza y su valor más que en la perspectiva de su interés personal. Es preciso que un sentimiento profundo de la importancia moral de su trabajo le sostenga y le anime; que el austero placer de haber servido á los hombres y contribuido al bien público venga á ser el digno salario que le dé su conciencia sola...»

Fué Julio Simón el que afirmó en el criterio oficial del mundo este definido pensamiento, que como sabio apotegma debían tener presente los gobernantes: «El pueblo que tiene las mejores escuelas es el primero del mundo; si no lo es hoy lo será mañana.»

Y aparte de las calurosas discusiones sobre la doctrina filosófica de Comte, el hecho es que su aplicación á la enseñanza combate la tradición

que en la escuela europea basaba toda educación en la teología y la metafísica; Comte nos dejó también este apotegma célebre: «La educación individual no puede ser suficientemente apreciada si no va de acuerdo con la evolución colectiva.»

Así fué como llevados de la mano por la intelectualidad francesa, hemos seguido sus pasos, viendo que las suaves y aparentemente soñadoras teorías de Rousseau, que proscribía las disertaciones huecas, que recomendaba el conocimiento de las cosas, la vida real, son desarrolladas y aplicadas en forma de doctrina filosófica por el fuerte cerebro de Comte, creador del positivismo.

Si tanto debemos á la influencia intelectual de Francia, justo es que sus penas las hagamos propias y lamentemos fraternalmente la eterna ausencia de sus sabios eminentes; la Asociación Internacional de Hombres de Ciencia es una gran familia; seamos «ciudadanos del mundo».

FIN

OPINIONES DE LA PRENSA

sobre los capítulos de este libro

En los Estados Unidos existió el problema indio y presentaba caracteres gravísimos, pues no se trataba allá de civilizar á grupos sedentarios, sino á nómadas cazadores que con facilidad se transformaban en temibles bandoleros. Los Estados Unidos resolvieron, sin embargo, ese problema, por la Escuela, estableciendo las llamadas reservaciones, en las que se educa á los indios para la vida agrícola é industrial, empleando sumas cuantiosísimas y una perseverancia ejemplar.

El señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes presidió la sesión de clausura, que no estuvo por cierto más concurrida que las anteriores, aun cuando prometía ser muy interesante, como en realidad lo fué.

Tratóse, en primer lugar, de la centralización de la Escuela, lo que ha dado en llamarse federalización, cuestión que hace tiempo se discute de una manera intermitente, pero intensa, comprendiéndose que el debate está informado por una voluntad tenaz, aunque temerosa de herir de frente grandes intereses sociales, políticos y económicos; se discute así, repetimos, la idea de centralizar la instrucción pública del país, de ponerla toda bajo la dirección única de un centro metropolitano. El señor Palavicini, comisionado que fué por el gobierno para estudiar la organización escolar de los Estados Unidos, Francia, Suiza y Bélgica, que tuvo además ocasión

de estudiar la organización escolar del Japón, por la magnífica exhibición y documentación que presentó este país en la Exposición Universal de Lieja, y que también recorrió estudiando sus escuelas el Norte de Italia, es enteramente contrario á la centralización escolar, y en la sesión de clausura del Congreso de Indianistas expuso, en síntesis, las siguientes ideas, considerando el asunto desde el punto de vista exclusivamente pedagógico.

(Hace luego una larga reseña del trabajo.)

El Heraldó Mexicano (Noviembre 7 de 1910).

*
* *

En la sesión de anoche en la Sociedad de Geografía y Estadística fué cubierta con la segunda lectura del dictamen presentado por el señor ingeniero Félix F. Palavicini, sobre la invitación que este cuerpo recibió de la Sociedad Científica Argentina para coadyuvar con sus trabajos á la introducción de palabras netamente españolas en el tecnicismo científico en general y en el lenguaje de la Geografía de modo muy especial.

Las razones fundamentales del dictamen reflejan la conveniencia de que la lengua hablada por setenta millones de hombres en el mundo bien merece los esfuerzos de los sabios de la misma habla para no permitir que se la sustituya en la ciencia por términos procedentes de otros idiomas.

La Sociedad aprobó la publicación del trabajo á que nos referimos en el *Boletín* de la misma, y acepta la invitación para trabajar en el sentido que desea la Sociedad Científica Argentina.

En la misma sesión el señor Palavicini leyó un estudio fogoso, en el que abogó por que la enseñanza de la Geografía en las escuelas elementales se hiciese por la observación directa de la Naturaleza misma; por el método que la Pedagogía llama intuitivo, utilizando lo menos posible los textos, la en-

enseñanza libresca, con la cual sólo se obtiene recargar la memoria de los niños sin sugerirles ideas netas, claras, respecto á las mismas cosas que estudian.

Manifestó el orador que la persistencia de la enseñanza por textos en las escuelas elementales, se debía, entre otros factores, todos funestos para el desarrollo mental de los niños y de las patrias en general, á la pereza de los maestros, en complicidad en el afán de lucro de los mercaderes en libros.

La enseñanza objetiva tiene ilustres sostenedores y propagandistas, desde Rousseau en un pasado no muy remoto hasta los grandes psicólogos actuales como Ribot y Lebón.

Al terminarse la lectura de este discurso se suscitó un vivo debate sobre si debería ó no publicarse en el *Boletín* de la Sociedad, en el que tomaron parte los señores Oliva, Brioso y Candiani, Barrera, Lavallo, Arriola y los licenciados don Félix y don José Romero.

Algunos de estos caballeros se manifestaron inconformes con las ideas vertidas en el discurso, dando por ello su voto en contra de la publicación del mismo, aun cuando el señor licenciado don Félix Romero, que presidía la sesión, les hizo notar que no estaba aún al debate el fondo del estudio, sino únicamente si debería ó no publicarse.

El señor Barrera Lavallo manifestó que su voto negativo se fundaba en que el orador había hablado de mercachifles de libros, de combinaciones entre libreros y maestros ó funcionarios, y esto podría dar origen á que varias personas pudieran darse por aludidas. También creyó el mismo caballero inconveniente que se hiriese en la pieza oratoria, con términos demasiado vivos en su concepto, la rutina y la ignorancia de los maestros.

El señor Palavicini sostuvo que en su discurso no hacía alusión personal de ningún género, pues se refería á la enseñanza mundial de la Geografía, y que si había censurado con acritud á los mercachifles libreros, las combinaciones originadas por el interés pecuniario de libreros y directores de la enseñanza, así como de la pereza, rutina é ignorancia de cier-

tos maestros, consistía en que todo ello era censurable, funesto, perjudicial hasta lo inaudito para el niño, para el ciudadano de mañana, para la patria, ó si se quiere para la humanidad, pues no se había referido ni aun siquiera á la patria de un modo exclusivo.

El señor presidente manifestó que, en efecto, no veía alusiones personales en el discurso en cuestión, aun cuando en él se hablara de los hombres corrompidos que obstruyen la enseñanza, que la malean, que la corrompen entregándose á especulaciones vergonzosas, ó siendo rutinarios y perezosos; que en su concepto, omitido el exordio del discurso en el que se citaba un nombre propio, aunque sin la menor ofensa, y se hablaba con poca seriedad de quijotismo, del Manchego, etcétera, el discurso era publicable y él daría su voto en tal sentido.

El orador convino en suprimir dicho exordio, dando al señor Romero las gracias por su inteligente apreciación, y cerrado el debate fué aprobada por mayoría la publicación del trabajo.

El Heraldó Mexicano.

* *
* *

Anoche se efectuó en el salón de sesiones del callejón de Santa Inés una sesión solemne con que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística celebró el LVII aniversario de su reorganización.

El señor presidente de la República había ofrecido presidir este acto, pero debido á la reciente muerte del señor general don Martín González, nombró al señor Ramón Corral, vicepresidente y ministro de Gobernación, para que lo representase en esta velada.

Minutos después de las siete y media se presentó el señor vicepresidente de la República, acompañado del señor Federico Gamboa, subsecretario de Relaciones. Una guardia compuesta de cuarenta hombres del décimosexto batallón, al

mando del capitán segundo Manuel M. Solís, hizo los honores correspondientes al alto puesto del señor Corral.

Dió principio la velada con la lectura de la reseña de los trabajos de la Sociedad por el señor ingeniero Manuel Velázquez Cadena, segundo prosecretario, y en la que dió cuenta de los importantes estudios presentados por los socios durante el año.

Abordó la tribuna el señor ingeniero Félix F. Palavicini, quien leyó un estudio intitulado *La unión para la vida* sobre la enseñanza de la Geografía, que presentará como delegado de esta Sociedad al IX Congreso Internacional de Geografía, que se reunirá en Ginebra el próximo mes de Julio.

Con fácil y brillante palabra comenzó por describir á la Suiza de Guillermo Tell, á quien compara como un nido donde el águila de la Verdad empolla los hijos que serán sus mensajeros futuros, y formula el deseo de que en ese Congreso se inicie una obra de propaganda: «hacer más intensa la enseñanza de la Geografía en el mundo». Dijo que la Historia y la Geografía son dos ciencias similares, estrechamente unidas, pues al hablar de un punto geográfico, no puede hacerse abstracción de su historia.

Expresó el deseo de que la Geografía, además de ser una ciencia de gabinete, de especulación teórica, sea un agente de vulgarización científica. «La historia de batallas y reyes —dijo— se ha sustituido por la historia de los pueblos y de la civilización; al despotismo se le ha desarmado con la democracia, á la esclavitud se le han opuesto los derechos del hombre y la inconsciencia.

»Conocer el territorio patrio, con la elevación de las montañas y el caudal de los ríos, con la riqueza de las minas y la abundancia de las cosechas, no es suficiente; precisa agregar como indispensable complemento la historia de las generaciones que han vivido en el ambiente de todo eso.»

Prosiguió el orador refiriéndose á que cuando los congresos pacifistas fracasan y las convenciones sociales son deleznable, sería ingenuo sostener una tesis de solidaridad entre las na-

ciones, como no fuese convirtiéndose en profeta socialista, que ofrece para un lejano mañana la felicidad, el bienestar para todos, suprimiendo gobiernos, propiedades y valores, estableciendo la bandera del comunismo en todos los ámbitos de la tierra, pues mientras estas utopías se desarrollan y perfeccionan ó se desprestigian y perecen, no hay que encerrarse en el estrecho campo de uno mismo, sino que hay que mirar más allá del campo vecino, pues á medida que los pueblos unifican sus conocimientos científicos, se van armonizando sus ideales morales.

Terminó el señor ingeniero Palavicini diciendo que á medida que se van perdiendo las religiones, desapareciendo tradiciones y dioses, la razón, buscando nuevos principios en que basar la sociedad, ha ido destruyendo tan aprisa, que no se ha tomado el tiempo necesario para edificar algo sólido y duradero y hay que animar á los pueblos á que alimenten con su vida rica y nueva el único amor que se sobrepone á los egotismos asfixiantes: el amor á la humanidad.

Fué muy aplaudido este discurso que, como acabamos de decir, será el que se presente al Congreso de Geografía en Ginebra.

El Diario (Abril 29 de 1908).

*
* *

La ciencia nueva, preciosa arenga del socio ingeniero Félix F. Palavicini, fué dicha magistralmente por su joven autor, abundando toda ella en rasgos muy felices, en toques verdaderamente levantados, en hermosas figuras de gran mérito. Al terminar su brillante y bella alocución, fué premiado el orador con muchos y repetidos aplausos.

La espléndida velada terminó á las diez de la noche, dejando gratos recuerdos en los ánimos.

Justo es hacer notar que recibió el digno y respetable vicepresidente de la Sociedad, magistrado Lic. D. Félix Romero, entusiastas felicitaciones de distinguidas y altas persona-

lidades por el magnífico éxito que tuvo la fiesta, pues debido á sus laudables esfuerzos, constancia, laboriosidad y acertada dirección, mantiene la Sociedad el fuego sagrado, cumple los altos fines que se impuso cuando fué constituida, y se ha colocado en prominente lugar en las de su género, y particularmente porque en la relación hecha por la secretaría, de los sucesos del año, se dió á saber que el señor Romero había sido invitado por siete sociedades científicas de Madrid, encabezadas por el eminente académico don Segismundo Moret y Prendergast, para formar en México una sucursal de Derecho Comparado y de otras materias, y por la Universidad Hispanoamericana de Bogotá para establecer una delegación en México.

Asistieron á la fiesta el vicepresidente de la República, el subsecretario de Fomento, el embajador de los Estados Unidos y los representantes en México de Francia, Alemania, Rusia, Italia, España, Bélgica, el Japón y Cuba, el teniente coronel Samuel García Cuéllar, el mayor de ingenieros Armando Santacruz y el capitán Carlos Frank, del Estado Mayor del señor general Díaz, quien se retiró sumamente complacido, un gran número de socios de la ilustre corporación y muchísimas personas de nuestra culta sociedad.

El Tiempo (Abril 30 de 1909).

*
* *

Realmente, si los problemas planteados en la sesión clausural celebrada ayer tarde por el Congreso de Indianistas son llevados al terreno de la práctica, serán de resultados magníficos y trascendentales.

La regeneración de la raza indígena, de la que sufrió tan resignadamente los azotes impíos de los españoles durante tres centurias, que después siguió al venerable cura para conseguir la realización de sus íntimos anhelos de libertad, regenerar á esa raza, decíamos, es abrir un nuevo cauce de

engrandecimiento para la patria y salvar los intereses nacionales.

El señor licenciado don Justo Sierra, secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, presidió la sesión, y el primer trabajo presentado fué el del señor ingeniero Félix F. Palavicini, sobre el siguiente asunto: «La iniciativa particular dentro del programa general. Expansión y unidad de las ideas. Variedades de métodos.»

Muy oportunamente disertó el señor Palavicini sobre su tema, y llamó la atención por la libertad que campeó en sus ideas.

Se refirió á los planes de estudio en algunos países europeos y de los Estados Unidos, y en seguida de nuestro estado en cuestiones de instrucción.

Hablando de la centralización de la enseñanza, se mostró poco simpatizador, en vista—dijo—de las peculiaridades de cada entidad federativa, y de que, por otra parte, tal vez daría lugar á susceptibilidades hasta cierto punto justificables.

Fué muy aplaudido el señor Palavicini.

El Diario (Noviembre 6 de 1910).

*
* *

El señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, licenciado don Justo Sierra, presidió la sesión de clausura del Congreso Indianista verificada ayer.

Los trabajos presentados en esta sesión fueron muy interesantes. El primero lo leyó su autor, el ingeniero Félix Palavicini, quien habló de la centralización de la enseñanza, atacándola con argumentos sólidos.

Una ovación saludó al conferencista cuando descendió de la tribuna.

El Imparcial (Noviembre 6 de 1910).

INDICE

| | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| PREFACIO. | v |
| Los atractivos del Magisterio. | 9 |
| El abandono infantil. | 14 |
| La Federación y la Escuela. | 22 |
| La educación del indio. | 41 |
| El ideal femenino en el mundo moderno. | 59 |
| La enseñanza industrial. | 71 |
| Debemos formar técnicos. | 79 |
| El profesionismo y la clase obrera. | 85 |
| La unión para la vida. | 103 |
| La ciencia nueva. | 117 |
| Una escuela nueva. | 126 |
| Una prensa nueva. | 133 |
| Cuadros nuevos en marcos viejos. | 138 |
| La Geografía de los textos. | 144 |
| El culto por la Historia y la vida actual. | 153 |
| El Alfabeto y la Filosofía. | 162 |
| La educación por la leyenda. | 171 |
| Los cuentos en la educación infantil. | 188 |
| La educación por el periódico. | 208 |
| La educación por el juego y los juguetes. | 220 |
| Extensión universitaria. | 231 |
| La influencia francesa en la educación nacional. | 241 |

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

- En el país del arte** (Tres meses en Italia). — *1'50 ptas.*
Cuentos valencianos. — *Una peseta.*
La Condenada (cuentos). — *Una peseta.*
Arroz y tartana (novela). — *Tres pesetas.*
Flor de Mayo (novela). — *Tres pesetas.*
La Barraca (novela). — *Tres pesetas.*
Entre naranjos (novela). — *Tres pesetas.*
Sónnica la cortesana (novela). — *Tres pesetas.*
Cañas y barro (novela). — *Tres pesetas.*
La Catedral (novela). — *Tres pesetas.*
El Intruso (novela). — *Tres pesetas.*
La Bodega (novela). — *Tres pesetas.*
La Horda (novela). — *Tres pesetas.*
La maja desnuda (novela). — *Tres pesetas.*
Oriente (viajes). — *Tres pesetas.*
Sangre y arena (novela). — *Tres pesetas.*
Los muertos mandan (novela). — *Tres pesetas.*
Luna Benamor (novela). — *Tres pesetas.*

ARGENTINA Y SUS GRANDEZAS

(SEGUNDA EDICIÓN)

Precio: 25 pesetas

C. O. BUNGE

Profesor en las Universidades de Buenos Aires y La Plata

LA EDUCACIÓN

Forma un abultado volumen en 4.º de cerca de 600 páginas, y es un acabado estudio de todos los sistemas de educación conocidos desde los tiempos primitivos hasta nuestros días.

Precio: 6 pesetas

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

OBRAS PUBLICADAS

- Ernesto HÆCKEL.**—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con grabados.—Dos tomos en 4.º
- P. LANFREY.**—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por J. Ferrándiz.—Un tomo en 4.º
- A. RENDA.**—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.º
- J. FOLA IGÚRBIDE.**—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.º
- David-Federico STRAUSS.**—*Nueva vida de Jesús.*—Traducción de J. Ferrándiz.—Dos tomos en 4.º
- P. J. PROUDHON.**—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.º
- José INGEGNIEROS.**—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica.)—Un tomo en 4.º
- José INGEGNIEROS.**—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.º
- Luis BUCHNER.**—*La vida psíquica de las bestias.*—Un tomo en 4.º
- Augusto DIDE.**—*El fin de las religiones.*—Un tomo en 4.º
- Rafael ALTAMIRA.**—*España en América.*—Un tomo en 4.º
- C. O. BUNGE.**—*La Educación.*—Un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas: Seis pesetas.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Arreglada por CARMEN DE BURGOS

- Modelos de cartas.*—UNA PESETA.
La cocina moderna.—UNA PESETA.
Arte de saber vivir.—UNA PESETA.
Salud y belleza.—UNA PESETA.
Las artes de la mujer.—UNA PESETA.
La mujer en el hogar.—UNA PESETA.
El arte de ser amada.—UNA PESETA.
Vademécum femenino.—UNA PESETA.
Arte de la elegancia.—UNA PESETA.
El tocador práctico.—UNA PESETA.
La mujer jardinero.—UNA PESETA.

OBRAS DE CARMEN DE BURGOS

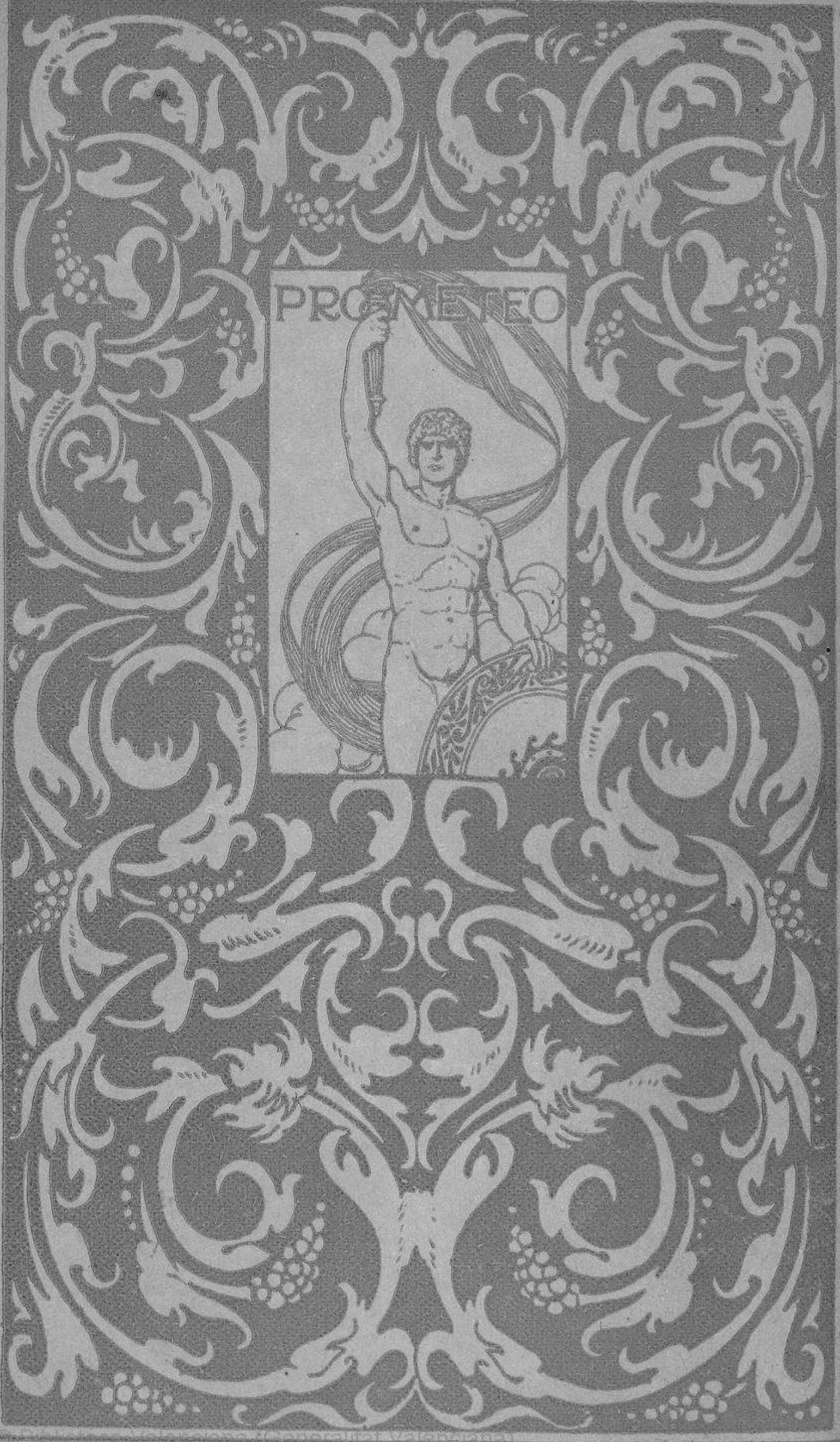
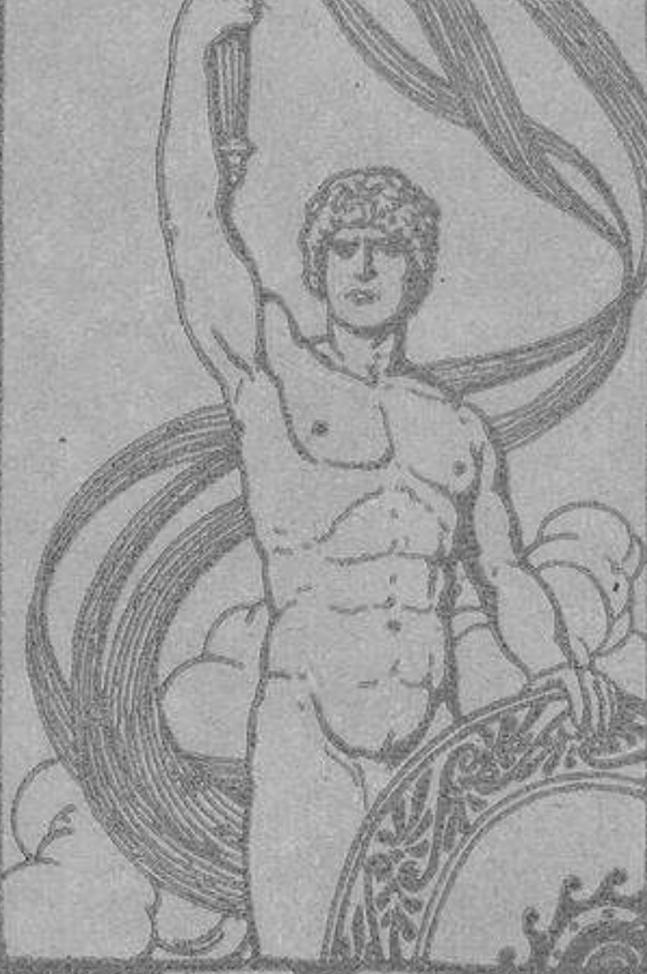
- La mujer en España* (Conferencia).—UNA PESETA.
La voz de los muertos.—UNA PESETA.
Cartas sin destinatario (impresiones de viaje).—
UNA PESETA.
Cuentos de Colombine (novelas cortas).—TRES PE-
SETAS.
Los inadaptados (novela).—TRES PESETAS.

GIACOMO LEOPARDI

(SU VIDA Y SUS OBRAS)

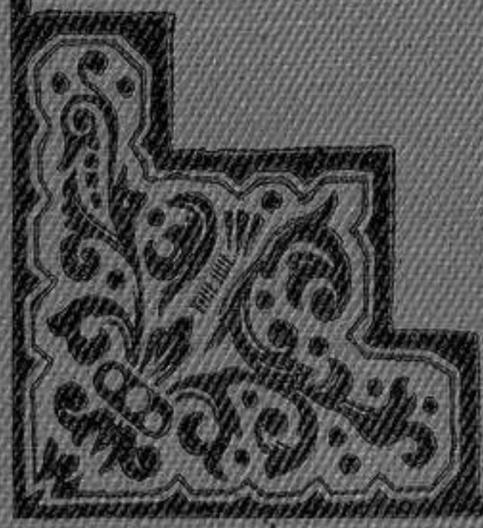
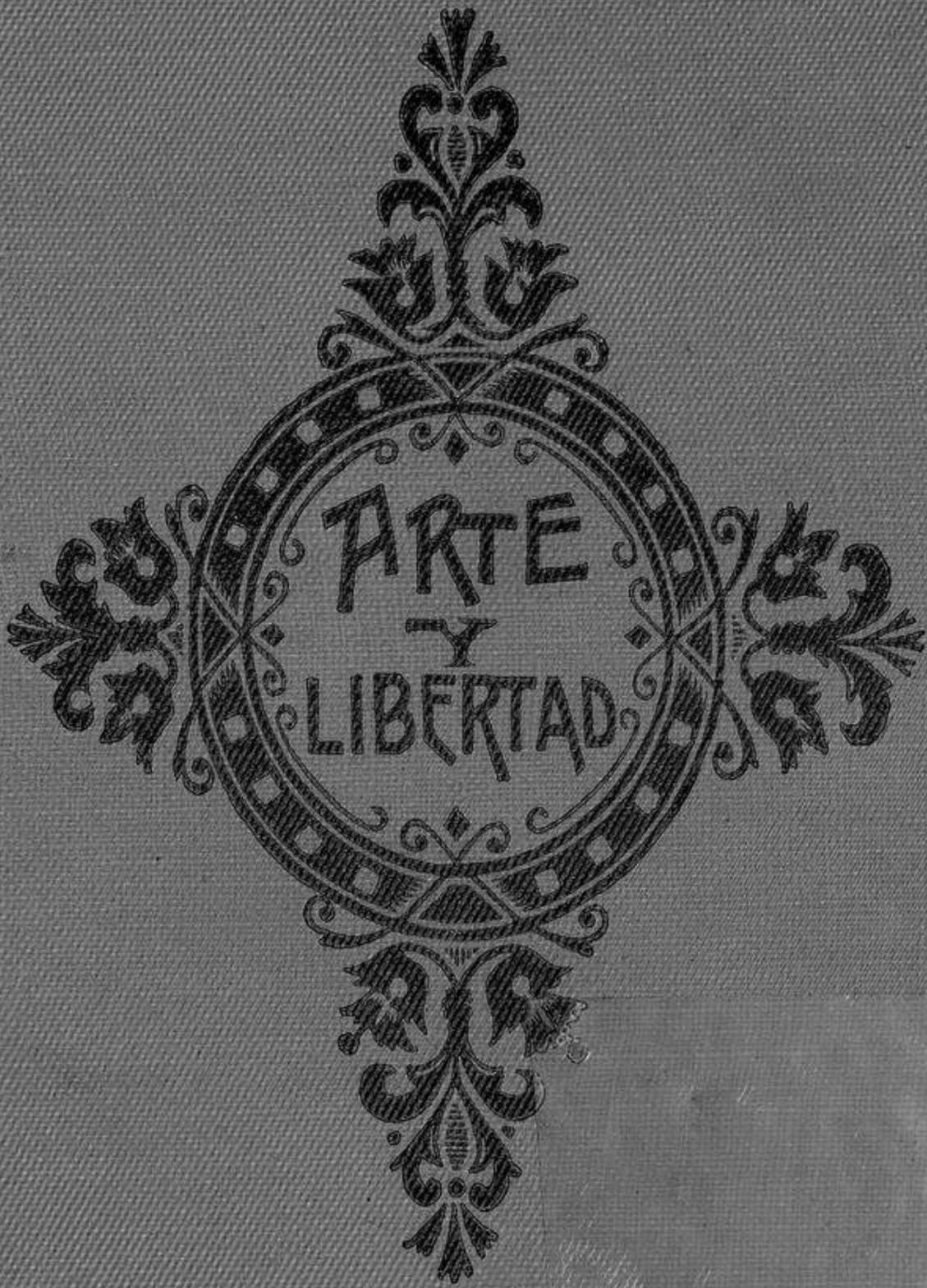
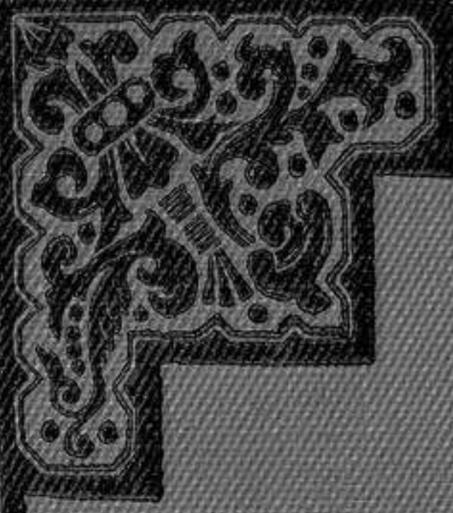
Dos tomos: Seis pesetas.

PROMETEO



PROMETEO







Palau i Obiol

PROBLEMAS
DE
EDUCACION



C. V.

1823

